



Filip Florian
Dedos meñiques

Lectulandia

En un pueblecito de los Cárpatos, se descubre una fosa en una fortaleza romana. ¿Fueron víctimas de un pelotón de fusilamiento comunista? Y, ¿por qué cada noche desaparecen de la tumba huesos de los dedos de la mano? Los lugareños esperan que un equipo de cinco antropólogos forenses, especializados en analizar «desaparecidos» de la Junta argentina, solucione el enigma. Mientras tanto, Petrus, un joven arqueólogo, pasa los días de lluvia escuchando a su tía evocar viejas batallas y a sus amigos cotillear y adivinar el destino en el poso del café: el amor y el dinero aparecen de manera milagrosa; el jefe de policía hace declaraciones a los periódicos; el coronel Spiru, jefe investigador militar, merodea por los alrededores de la fosa y, en las montañas, la mano del destino conduce de nuevo a un humilde sacerdote por los caminos de la historia. «La escritura de Florian es exuberante, circular, iterativa y concentrada. Quien acepte la propuesta del autor obtendrá como compensación una poderosa recompensa sensitiva y una notable cantidad de información sobre el alma rumana, tan tremenda y trágica, tan llamativa».

Filip Florian

Dedos meñiques

ePub r1.0

Titivillus 28-10-2021

Título original: *Degete mici*
Filip Florian, 2011
Traducción: Joan Llinàs Suau

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



DEDOS MEÑIQUES

Filip Florian

*A Mirela, que hace el mejor café del mundo. Su risa me
derrite.*

CAPÍTULO I

I

Todas aquellas personas que no habían resistido la tentación de redactar una monografía de su ciudad —un maestro, un abogado, dos monjes, un veterinario y un jefe de estación— habían vivido con la convicción de que, después de que el castro romano hubo sido abandonado (o incendiado o azotado por una plaga exterminadora o castigado por Dios), la tierra se lo había tragado para siempre. Creían que estratos de arena, arcillas, sedimentos de todo tipo y mantillo se habían asentado a lo largo de la historia, gruesos, densos, sobre *Principia*, sobre *thermae*, *canabae* y *horreum*, se decían a sí mismos que una vegetación carnal, agresiva, había ocupado las colinas. Al mismo tiempo que fijaban los orígenes de la urbe y de los primeros testimonios documentales, los autores de aquellas enternecedoras crónicas dejaban los vestigios de lado, hasta 1932, cuando, anotaban ellos, un equipo entusiasta de arqueólogos había sacado a la luz unos cuantos muros derrumbados. El momento quedaba consignado de manera sucinta, pero lo que parecía impresionarlos no era la aparición de las ruinas, que salieron a la luz después de dos milenios de oscuridad, sino la presencia en el grupo de profesores y de estudiantes de un cierto personaje. Había referencias hostiles o admirativas (en ningún caso neutras) a aquel personaje y en la obra del abogado Stratulat, junto a un retrato al carbón, dabas con una descripción detallada de una mujer de pelo muy corto, que llevaba siempre pantalones de montar y botas de caña, posesora de una pitillera de ámbar de veinte centímetros de largo. Hablaba un inigualable francés, informaban unas líneas del maestro, se movía despacio, rolliza, templaba autoritaria a los jornaleros contratados para las excavaciones, mientras que sus blusas vaporosas destilaban un perfume de higos. Gavrilesco, el veterinario, la comparaba con una gallinita copetuda de monte, de plumas erizadas, capaz de provocar durante la época de celo crudelísimas luchas entre los gallos; el ferroviario la había visto circulando únicamente en las cuchetas de lujo del expreso, siempre acompañada por señores elegantes (entre ellos, a menudo, un ministro y un general) cuyos restos de pasión se consumían en las mesas de

ruleta y de bacará del casino. Los textos del maestro y del abad desprendían, en cambio, irritación y lamentaban el hecho de que, en el verano y el otoño de aquel año, la joven generación o, en un sentido más amplio, el rebaño de creyentes, estaba predispuesto a extraviarse. El maestro estaba contrariado porque en la Escuela de señoritas se había extendido la moda de cortarse el flequillo y de recortarse las coletas, los alumnos de instituto y los de liceo se apiñaban para participar como voluntarios, no solo durante las clases, en el descubrimiento de construcciones antiguas y el archimandrita Macarie constataba con malicia que el número de cabezas de familia en la iglesia, en la santa misa, disminuía de manera preocupante y que la tranquilidad de muchas parejas, según el contenido de las confesiones, estaba en peligro. El único que ignoraba completamente a aquella criatura exótica y los sucesos que provocaba, el único de cuyos escritos no podías deducir ni siquiera que la encantadora amazona hubiera nacido nunca, era el otro fraile, el padre Ioanichie. Como promotor que era de una teoría de pura descendencia bíblica, veterotestamentaria, no dudaba de que sobre la ciudadela habían caído en algún momento, a la vez, la ira del Padre y la del Hijo, unidas en una fuerza devastadora y purificadora, capaz de cubrir con flores, matas y árboles, a lo largo de diecisiete siglos, un lugar de lascivia humana. Y este servidor de Dios cuya tumba se hallaba entre las de los hermanos ordinarios, en el patio del monasterio, había estado seguro de que el desenterramiento de la primera piedra del viejo castro romano había significado el revivir del mal, del vicio, que él, por su parte, descifraba en la conducta de la gente, en sus arrebatos.

Yo había encontrado las seis monografías en un oscuro escondrijo de la biblioteca pública, al cabo de una semana de búsqueda. La fortuna del descubrimiento vino acompañada de un ataque de úlcera tal que, tras vanos intentos, finalmente pudo el gris de mis doloridas facciones, fruto de la agria tristeza, enternecer a la dama que regentaba la institución. La señora Mia (así se presentó) había sacado con una expresión cómplice la cadena de llaves que se balanceaba entre sus senos gigantescos y, torturada por la obesidad, había abierto la puerta de una habitación pequeña que también estaba, como todas las otras, bajo la influencia del clima sin estaciones de tales espacios: un aire oxidado, mezcla de polvo, papel macerado y veneno para cucarachas. Era un trastero estrecho destinado a escobas, trapos para el suelo y bombonas de butano que no cumplía su cometido. Lo que tenía delante, bajo la cortina de telarañas y las cacas de ratón, constituía una antigua donación del ayuntamiento (memoria viva de la localidad, me había susurrado la gordinflona), compuesta por órdenes del día del regimiento de guardia,

esbozos de monumentos, libros de honor del sanatorio, del casino y de los hoteles, carteles de los bailes de caridad, cartas de dotes, expedientes académicos y testamentos de próceres, programas de carreras automovilísticas por la costa, himnos de los *boy scouts* y de los centinelas, decisiones del consejo referentes a la denominación de las calles principales, proyectos de edificios nunca construidos, como el teatro, el patinadero y la ermita de la gruta de Santa Verónica. Me llevó toda una mañana y medio blíster de ranitidina extraer los manuscritos, de los cuales esperaba tanto, del montón de documentos amarillentos, planos, registros y carpetas. Al final de aquella operación, mi camisa a cuadros se había vuelto de un gris uniforme, la boca y las ventanas de la nariz se me habían llenado de un polvo asfixiante, insípido, y las nociones de jabón y de baño caliente me parecían más tentadoras que nunca. Mi ingenuidad me había hecho suponer que estudiaría los cientos de páginas con calma, con infusiones de orégano y pan tostado al lado, con las melodías de los hermanos Mills fluyendo a la sordina, con una botella de agua caliente en la barriga, estirado en la cama blanda, reconfortante, de la habitación que había alquilado en casa de la tía Paulina. Pero mientras revolvía las pilas de registros, horas y horas, la bruma de buena voluntad de la bibliotecaria había desaparecido, la amargura avinagrada había cubierto de nuevo sus rasgos. Me clavaba la vista con sus ojos pequeños, hundidos entre los hinchados párpados, respiraba jadeando, casi asmáticamente y afirmaba que las piezas raras, del fondo de reserva, no se podían consultar más que en la sala de lectura.

Había escogido el lugar más iluminado al lado de una de las ventanas que daban al sur y, cada vez que conseguía irme del asentamiento arqueológico, recorría atentamente aquellos textos olvidados. Entre una compañía habitualmente desagradable, formada por las amigas de la señora Mia y jubilados que rellenaban boletos de lotería, esperaba descubrir un suceso antiguo o por lo menos un indicio referente a las osamentas de las ruinas. Tenía que tratar con caligrafías muy diversas, desde la excesivamente cuidada del antiguo abad hasta la rebelde, difícil de descifrar, del veterinario. La sintaxis y la ortografía también diferían, así como el estilo narrativo, pero, por encima de todo, había un molesto tono común, una especie de acuerdo secreto entre los cronistas para tratar polémicamente los mismos acontecimientos. El jefe de estación, por ejemplo, achacaba la anulación de la visita de Francisco José a un complot de principios de siglo de los ferroviarios magiares, el maestro veía en aquel brusco cambio del programa imperial una lección dada a Carol I, el doctor Gavrilescu explicaba el incidente por el desajuste entre la

fecha del viaje y la temporada de caza del zorro y el abogado Stratulat suponía que la decisión de la corte de Viena era consecuencia de unas razones galantes, imposibles de incluir en el comunicado oficial. En este punto, a pesar de encontrarse en grados tan alejados de la jerarquía eclesiástica, Macarie y Ioanichie coincidían sin embargo en sus convicciones, al interpretar el gesto del último Habsburgo-Lotharingia como una infamia arrojada por el catolicismo a la cara de la ortodoxia. En lo que se refiere a los hechos que me interesaban, de los cuales dependía la continuidad de las investigaciones en el castro romano, estaba claro que, si no encontraba información en alguna de las obras, no la encontraría en ninguna otra. Sin embargo, entre las cubiertas de color marrón que protegían la variante del jurista no se hallaba nada capaz de explicar la presencia de decenas de esqueletos en el perímetro de la ciudadela. Había llegado al final de aquel relato un día miércoles (lo recuerdo con precisión ya que la gente volvía del estadio, de un partido de Copa), eran cerca de las seis, la hora de cerrar, y, como en la comida había ignorado las galletas y el requesón, el estómago me estaba atormentando terriblemente. Las convulsiones de la úlcera y mi decepción habían amansado de nuevo a la bibliotecaria, quien había sentido la necesidad, en la desierta sala, de sentarse a mi lado y parlotear algo sobre cómo la gente huía de los libros. El sol se había vuelto diminuto y estaba a punto de desaparecer detrás de una cumbre frondosa cuando sentí sus dedos húmedos entre mis piernas.

No podía renunciar a leer el resto de los manuscritos, me iba demasiado en ello, pero, en las nuevas circunstancias, dependía del horario de los demás. Cada vez que la sala de lectura estaba vacía, evitaba entrar, y cuando las últimas personas se marchaban, me apresuraba a acompañarlas. La gordinflona, aunque llevaba a menudo gafas —romboidales con un cordón dorado— se comportaba después de aquel engorroso episodio como si yo fuera transparente, imposible de distinguir. Su falsa indiferencia tenía algo de amenazador, aunque, en comparación con la terquedad del jefe de policía o con la firmeza de los antiguos detenidos políticos y de los periodistas llegados de Bucarest, parecía cosa de niños. Aquellos señores mayores, atormentados y a la vez fascinados por el pasado como los jóvenes periodistas, anticomunistas tardíos, no aceptaban que el sinfín de restos mortales fuera más que la consecuencia de una ejecución sumaria, consumada al borde de una fosa común, en los años cincuenta. La opinión de los historiadores no les interesaba, las dudas del médico forense les parecían sospechosas, fruto de la cobardía, y el hecho de que los fiscales no hubieran identificado ni una bala

era considerado un signo de complicidad durante decenios con los autores de la masacre. Eran creyentes de su propia teoría, que originaba comentarios y artículos de prensa categóricos. La ausencia de algunos dientes probaba, en su concepción, las torturas previas al fusilamiento, las fracturas de los cráneos eran una prueba del uso de la pistola y de la porra, la colocación de los miembros a una cierta distancia de las clavículas y de las pelvis demostraba que no se había tratado de un entierro cristiano, sino que habían sido arrojados en grupo, desde una cierta altura, los cuerpos sin vida. El personaje del momento era sin embargo Maxim, que había ordenado la suspensión de las excavaciones arqueológicas hasta el esclarecimiento del caso y no se cansaba de conceder entrevistas a periódicos, semanarios, agencias de noticias, emisoras de radio y televisión. Su olfato de policía, un sentido profesional aparte (afirmaba él sin cesar) le decía que se hallaba ante un crimen odioso que no quedaría sin castigo. A fin de convencer a las cámaras, pero también a micrófonos y magnetófonos, el mayor se pasaba continuamente los dedos por el bigote negruzco, apretaba los maxilares y, con voz grave, pedía comprensión por la discreción que le exigían las pesquisas. En cuanto a las monografías, posible fuente de desaparición de las controversias, ignoraban las necrópolis medievales, no mostraban ningún interés por los lugares en que los antepasados habían encontrado su descanso eterno. El veterinario aludía a una incierta enfermedad de los caballos que habría matado ejemplares de entre los más esbeltos antes de la primera lugartenencia principesca, pero no tenía noticia del asentamiento temporal de un cementerio entre los muros de la ciudadela.

Aquella mañana en que el estruendo de bocinas y de la charanga había invadido la ciudad, estaba releendo las páginas del monje Ioanichie. Dejé la historia de los lobos que rodeaban en invierno el monasterio (una descripción de esas bestias como esbirros del diablo: corrían alocadamente siguiendo sus mismas huellas, muchos, como piojos, hacían no un sendero, sino una zanja profunda en los cimientos de los muros, al querer derrumbarlos, caían extenuados después, recogían fina nieve con sus lenguas largas como serpientes, se recobraban y se lanzaban a roer y arañar las puertas con sus colmillos puntiagudos como agujas de sastre y con sus garras cortantes como navajas, algunos golpeaban las vigas de encina claveteadas con la testuz porque precisamente ahí, bajo la piel erizada, les habían crecido cuernos) y, desde el primer piso, desde una de las ventanas de la biblioteca pública, seguí la extraña procesión de la calle mayor. El individuo con sombrero de fieltro a quien llevaban como solista en el capó de un coche parecía ser Luci, el mismo

que acababa de cortar la hierba del patio de la señora Embury. ¿Qué tenía que ver él con la música?

2

En uno de aquellos lugares ocultos desde donde los ángeles vigilan el mundo para que Dios Nuestro Señor todo lo sepa (palcos acolchados con musgo, colgados de las estrellas como las barquillas de los globos, atalayas de madera de acacia con cimientos en lo alto de los cielos y agujas hacia la tierra superpuestas al cuerpo del Sol de manera que los ojos de los mortales, cegados, no sientan ni presientan su presencia) no es posible que hubiera pasado desapercibida la perseverancia de tantas bocinas ni tampoco el alboroto de tambores, platillos y trompetas. Y el ruido venía del valle, de la zona de la estación o de más lejos, del sanatorio tuberculoso, y, en el aire tibio de antes del mediodía, hacía que ocurrieran muchas cosas... Se interrumpían plácidos paseos, los balcones de los hoteles se habían animado, había desaparecido el sopor de los taxistas y de los camareros de las terrazas de verano, los vendedores salían a los umbrales de las tiendas, los puestos de dulces y *souvenirs*, los puestos de helados y los catalejos de delante del cine, los viejos dispositivos ópticos que apuntaban a las montañas, eran abandonados por los niños que estaban de vacaciones. En la entrada del parque, al lado del dromedario lleno de adornos orientales, el fotógrafo escrutaba a través de las gafas ahumadas el horizonte, intentaba distinguir algo en la curva de delante de correos, ahí donde tendría que haber aparecido el ruidoso convoy. Para las chicas de liceo que esperaban en un banco el autobús de la línea 3, el que llega a la cascada, el señor Saša había lanzado la hipótesis de que, en el sanatorio, para desayunar, habían echado gas en lugar de bromuro en el té de los enfermos de pulmón.

Después, en la parte de abajo del bulevar, había aparecido un insólito tiro: un Mercedes blanco, reluciente, que tiraba de una carroza fúnebre de la época en que los caballos valían su peso en oro. Seguían coches con los faros encendidos, con cintas de duelo atadas a los retrovisores. Avanzaban despacio, con una especie de devoción vial, pero era difícil adivinar hacia dónde se dirigían, ya que habían dejado atrás la iglesia y el cementerio. Ningún sacerdote acompañaba el cortejo, en cambio el chófer de la limusina

de delante, usando un megáfono, cantaba *Eterna memoria* en un falsete atormentado. La primera en advertirlo fue la señora Fotiade, la farmacéutica, que había rogado a la Santísima Virgen por la paz de todos. También ella había reconocido al hombre al volante y, afectada de palidez, mordiéndose los labios con los dientes pequeños, de gato, se retiró al laboratorio entre tubos de ensayo y sustancias curativas.

Repartidos por las ventanas de los automóviles, los cobres y los tambores brillaban a la luz de finales de junio como láminas de oro mientras sus músicos los manejaban con pasión, como negros seducidos por el *boogie-woogie*. Lo que se elevaba por encima de la columna no era sin embargo una marcha fúnebre, los sonidos se estorbaban unos a otros, cogían un berrinche, chocaban y rebotaban quién sabe dónde, entrechocaban las cabezas como los carneros en un alboroto ensordecedor. De entre la tropa de intérpretes de ocasión (estafadores, chulos, tíos con puños de hierro), Luci, que se encontraba en posesión del bombo, era el único que buscaba el compás de la delicadeza. Cuando el Mercedes blanco se paró delante del ayuntamiento y toda aquella larga fila como una lombriz corpulenta, infinita, quedó inmóvil, fue él quien confirió nobleza al minuto de silencio. Las alarmas y las bocinas se habían calmado, la orquesta había callado y Luci, sentado con las piernas cruzadas en el capó de un *jeep*, con uno de sus elegantes sombreros calado hasta las cejas, con el pendiente plateado brillando en el lóbulo de la oreja izquierda, se esforzaba por reencontrar algo que es posible que fuera, en ausencia del oboe, un pequeño fragmento del concierto en re menor de Marcello. A su alrededor se había hecho el silencio, incluso demasiado silencio, solo el dromedario del fotógrafo, Aladin, bramaba sin cesar.

De la carroza fúnebre se podía decir que había sido una carroza hermosa. Con rollizos ángeles grabados en el frontispicio, con escenas bíblicas pintadas en los laterales, con las cortinillas de terciopelo carmesí sujetas con cañutillos. La habían afectado las lluvias y los demasiados trayectos al cementerio, la pintura se había desprendido, pájaros, ratones e insectos habían dejado su marca mediante un sinfín de agujeros y fisuras. Olía a pipí porque dentro había encontrado refugio hasta hacía poco una perra con cachorros. Delante del triste vehículo, unos cuantos hombres encendieron puros (uno fumaba en pipa), bajaron el ataúd, lo llevaron a pasos lentos, sugiriendo devoción, y lo depositaron sobre un pedestal metálico, justo en la entrada principal del ayuntamiento. Ajustaron en la parte de arriba un objeto voluminoso, cubierto con una sábana y dos coronas pequeñas de flores amarillas de diente de león.

El chófer del Mercedes (que llevaba chanclas, pantalones cortos ajustados y una camiseta de los Chicago Bulls abombada por la barriga) dirigía atentamente el ritual funerario, gritando sin cesar «Señor, ten piedad». A su señal, sin que desconsideraran su relación con el tabaco, los tipos se apresuraron a descubrir la cruz y a levantar la tapa del ataúd. Se había extendido un murmullo entre los espectadores, como ocurre cuando el alivio de una multitud se confunde con el asombro o con vivencias muy intensas. Entre las tablas de abeto, con las manos juntas y torcidas sobre el pecho, con las piernas giradas y despatarradas, yacía un títere del tamaño de una persona, hecho de trapos y paja, con un vestido de mendigo. Tenía la cara anchota, sofocada por la barba. En la cruz de al lado de la cabeza había pegado un cartel electoral que representaba a un candidato solar, seguro de sus poderes, y debajo, en una placa, estaba escrito «Aquí descansa Victor Lazu, un mierda que quiso llegar a alcalde».

3

¿Qué habría hecho yo, Dios mío, de verdad, si no me hubiera contado la tía Paulina sus sueños cada mañana? Vía de escape en cualquier caso no había, quizás solo si me hubiera escondido en el armario o me hubiera encerrado en el baño, pero no habría tenido ningún sentido, lo prefería así, con infusiones y rebanadas de bizcocho con nuez, en la veranda, con la diminuta lluvia que no paraba de caer, con la radio a la sordina, la tía Paulina y yo repantigados en las mecedoras de mimbre. Se estaba bien, sopor, solo que hacía un poco de frío, la infusión de orégano no llevaba nunca azúcar, suerte que tenía bizcocho de sobras, por lo demás sus historias no me molestaban en absoluto, yo no formaba parte de los personajes, escuchaba solamente, como un testigo de los sucesos imaginados o vividos por otros. El reloj lo había perdido adrede entre la ropa sucia, me llevaba las manos a los oídos cuando algún locutor anunciaba la hora exacta, qué importaba el tiempo cuando a la tía Paulina la visitaba a menudo, casi regularmente, un señor de frac, con camisa de seda blanca y pajarita granate, un señor de mediana edad, de pelo ligeramente gris, con las mejillas recién rasuradas, bastante alto, sin rastros de debilidad en el cuerpo, un señor en el verdadero sentido de la palabra. Me bastaba para entenderlo todo pensar en el siempre frágil ramo de acianos silvestres, a juego con los ojos de ella, que le ofrecía galantemente, oliéndolo antes de depositarlo en su regazo. Lamentablemente también hacía tictac un reloj en el estómago, quién sabe cuándo me lo había tragado, uno que no podía parar, me entraba hambre (¡ah, cómo lo odiaba!), me mordía la lengua, aplazaba el momento de decirlo en voz alta, me quemaba por dentro. La úlcera ha sido siempre acérrimo enemigo del diálogo, me aguantaba no obstante un rato, y el señor la invitaba ceremonioso, según todas las reglas de las buenas maneras, a un paseo en la limusina Plymouth del treinta y dos, nunca otra marca ni otro año de fabricación, un paseo por el bulevar. De dónde salía la idea de bulevar solo el buen Dios debía de saberlo, en la ciudad no había habido nunca nada parecido, ni siquiera un sitio que llevara tal nombre, en fin, es posible que él conociera alguno, no lo pongo en duda, por

tanto un paseo por el bulevar, con el motor en primera, lento, ligero, cerca de la acera, no por espíritu de previsión sino para que vieran todos quién era la tía Paulina y en qué compañía andaba. Decía que iba al lavabo, un momento solo, disculpe, me precipitaba en la cocina y masticaba dos o tres trozos de pan tostado, ni siquiera la mitad de una rebanada, todo volvía a ser de color de rosa, el coche aparcaba a la entrada del parque. El chófer abría grave las puertas, creo que era imprescindible que fuera un chico joven, rubio, con uniforme gris con faldones, y la pareja bajaba estudiadamente, lanzando miradas con naturalidad a su alrededor, se dirigía después despacito, por el paseo, pisando hojas marchitas de castaño (el otoño era la única estación), hacia el quiosco donde tocaba la banda. El señor repartía dinero a los mendigos, preocupado permanentemente por la conversación, no dirigía la mirada ni un instante a las manos que se extendían a izquierda y derecha, y ella parpadeaba, con los labios ligeramente en punta, lo suficiente para quedar bien, susurraba palabras románticas sobre aves migratorias, de vez en cuando se colaba un discreto apretón del brazo, naturalmente casual, la música se acercaba más y más, como ligada a los saludos mecánicos, movimientos oblicuos de cabeza, cada vez más frecuentes alrededor del quiosco. Figuras desconocidas, respetables y a la vez llenas de respeto, y por entre las pobres de los bordes, las harapientas sin lavar, ¡lo último!, ¿quién crees? Mioara, la farmacéutica, Paraschiva con su bastón y mi querida Jeni, mis vecinas, querido, ay de ellas. Gente buena, elegante, una hilera de extranjeros, siempre más y más, y alrededor, al lado de ella, conocidos de su juventud y de después salían en uniformes de guardias, de vigilantes, de pobres soldados o, incluso peor, ¡gente hecha y derecha!, de pelo blanco, aparecían vestidos con uniformes de colegio. Y de nuevo decía que quería ir al lavabo, seguramente un resfriado, tía Paulina, es lo que ocurre con estas lluvias, vuelvo enseguida. Otra vez en la cocina, una lonchita transparente de queso, un mordisco a un huevo duro. En el quiosco, el director de la banda se inclinaba reverencioso, la música no se detenía, y las dos sillas del centro esperaban libres a que la pareja se sentara cuanto antes, nadie habría osado nunca ocuparlas, se aplaudía entre melodías, el señor tocaba por un inocente error el zapato de piel de serpiente, con tacón de aguja, y retiraba en el acto su propio zapato de charol. El incidente, llamémoslo afortunado, se extinguía con un vago rubor de mejillas, se aplaudía, aplaudían ellos también, los zapatos volvían a encontrarse, a veces también los codos y los hombros, se encendían las farolas, el cielo se volvía amoratado, el director de la banda buscaba sus miradas y no olvidaba inclinarse una vez más (el otoño era la única estación)

y por encima de la música descendía el fresco. Soñaba con la sopa de pollo, la úlcera acaba consiguiendo alterar el carácter de las personas, soñaba también con tallarines, ellos volvían a estar en la limusina, ella con un chal de mohair azul marino por encima del vestido azul celeste, se multiplicaban las luces en la ciudad, brillaban, el asiento de atrás estaba a oscuras, el chófer miraba al frente, impenetrable, el señor, que estaba con las manos quietas sobre las rodillas, narraba la vida de un ilustre tenor italiano. Me ardía terriblemente el estómago, insoportablemente, tengo hambre, tía, tengo hambre, ah, vaya, qué bien que lo diga, me he dejado llevar por las historias, el resto se desvanecía.

Por las tardes salía de casa, lloviznaba, recorría el camino hacia el castro romano, el agua chorreaba a cada paso, antes o después levantaba el cuello de la gabardina, el paraguas era una especie de medicamento. Hombre inspirado fue aquel que había esparcido gravilla por el sendero, ¿de qué le había servido? A mí me iba muy bien, me guardaba por lo menos en parte del barro. La senda parecía olvidada desde la interrupción de las excavaciones arqueológicas, soplaban siempre un viento seco entre los muros de la ciudadela, lo sentía en los huesos.

En la mecedora de mimbre había escuchado una vez cómo una mujer pelirroja desencantaba a Virgil, el sobrino de Paulina, le sacaba la alianza sin que se diera cuenta, él parecía una estatua, después la mujer anudaba en el anillo una mecha del cabello de ella, cortada de la sien derecha, lo hacía girar siete veces delante del corazón del hombre y dejaba la alianza en su palma. Desparecía un rato, Virgil avanzaba por un puente alto, en algún lugar muy alto, por encima de un río, miraba siempre a los lados, nunca hacia el tumulto de las aguas. El té amargo, las nueces del bizcocho bañadas en caramelo. La mujer pelirroja surgía de la nada, bailaba con los brazos arqueados como si estrechara contra su pecho a su pareja, Virgil, inmóvil, miraba en dirección contraria, se distinguía solo su perfil, el baile le evitaba, de la mujer no quedaba más que un aire de ajeno. Y no obstante el té tenía un aroma extraordinario, pocas plantas esconden una tal virtud. El puente se balanceaba, bailaba también el puente, el río se teñía de un rojo cada vez más acentuado, hasta que adquiría el matiz de la melena de la mujer, finalmente Virgil pisaba tierra firme, entre flores, miles de flores, el sol salía de muchos sitios a la vez, había seis, contados, seis soles en el cielo. Pasados unos días, el cartero había traído la carta de la madre de Virgil, Lucica, la hermana pequeña de la tía, la leí yo, con mi voz imposible, mi padre me decía cuando era niño que hablo como si estuviera comiendo grosellas, ella había perdido las gafas, ahora escuchaba. Virgil se había quedado dormido en la bañera con

el grifo abierto, el agua se había escurrido hasta el aerotermo que calentaba la habitación, habían saltado los fusibles, qué casualidad, ¡de verdad! Virgil se había quemado donde la piel es más fina, o sea ¿dónde?, espera un segundo, tía Paulina, está escrito aquí, mira, entre las piernas y en las axilas, creo que el pobre chico habría preferido una úlcera, deja, hijo, suerte que ha salido con vida, estos sueños...

Salía a menudo hacia las ruinas cubiertas de musgo y líquenes, de hierbas diminutas y hojas mohosas. Y me daban lástima. La gabardina y el paraguas me defendían de la lluvia interminable, el caminito se perdía entre colinas y mis botas cada vez eran derrotadas por los charcos, estaban empapadas como una esponja.

El señor surgía de nuevo, el frac, el ramo de acianos, la limusina, la banda, solos, ellos dos, en el asiento trasero del automóvil. Un chasquido de dedos, el chófer abría una botella de champán francés, vasos de cristal, el traqueteo monótono del motor, semáforos, el señor tiraba tranquilamente la pajarita por la ventana, se desabrochaba los dos primeros botones de la camisa, tarareaba una cancioncilla, ella se derretía como una vela de la que no deja de gotear cera, el joven del volante miraba perseverante al frente: según todas las apariencias su cuello era inmóvil. Dos pastillas de ranitidina, daría lo que fuera para que no me operaran. Fuera de la ciudad, bosque, bajo las luces de los faros se extiende un claro de un amarillo trémulo, el chófer toca un violín escondido hasta entonces en el maletero, tango, flotan juntos, las suelas de los zapatos aplastan las hojas secas, a ella se le antoja que se oyen graznidos de grulla (el otoño es la única estación), la vela se ha consumido más de la mitad. Se apagan los faros, las estrellas están completamente ausentes, el violín llora, lástima que el señor no renuncie por nada del mundo a las buenas maneras. Orinas a menudo, querido, me reprendía tía Paulina, y yo comía a duras penas, en la cocina, una galleta o una manzana madura. El chófer abandonado en el campo, noche, casas a uno y otro lado del camino, el coche, un Plymouth del treinta y dos, nunca otra marca ni otro año de fabricación, trepida, vuela, el señor observa impasible que se han quedado sin frenos, baja una calle interminable, en pendiente, qué bueno que habría sido tener alas. Para hoy, cocido de vaca, ¿no? Y no era otoño, sino finales de junio.

4

El profesor Lazu enseña biología. Y es el candidato cuyo entierro simbólico (de chabacano lo había caracterizado la bibliotecaria) se había oficiado no hacía mucho. He aquí su aspecto una tarde de martes: la tez, como la de todos los fumadores compulsivos, tiene un matiz cenizo, las ojeras no son como las provocadas por el insomnio o la gripe, los mechones largos, que salen de las sienes, caen casi siempre a ambos lados exponiendo la coronilla pelada, la escasa barba le ha robado el aire de exaltado y valeroso oficial del ejército blanco anticomunista (es la opinión de una señora, una farmacéutica que muchos años después de su separación todavía sigue soltera). No han cambiado las cejas tupidas, la nariz ligeramente aguileña, los labios carnosos y los mofletes rollizos (rasgos por los que la farmacéutica todavía guarda en un cajón de la cómoda, debajo de su lencería íntima, un disco rayado de Tom Jones, cuyas melodías bailaron en otros tiempos).

En compañía del fotógrafo (el dromedario está fuera, delante del café, atado a un poste metálico) el profesor bebe bitter, vaso tras vaso, y habla sobre el jefe de policía. El señor Saşa tiene delante una botella de cerveza y una bolsa de patatas, escucha. Ambos están con la barbilla apoyada en la palma de la mano, con el codo en la mesa, uno con el izquierdo, el otro con el derecho, flota la música por encima de ellos, hay grupos e intérpretes de los que Puşa sigue esperando que ahuyenten su dolor de muelas. En las pausas entre cedés, se oyen bastantes cosas. En primer lugar: «¡... que hubieran enviado un sargento mayor y se solucionaba, qué puñetas! Se los llevaba por alteración del orden público, por estacionamiento prohibido, por cualquier cosa, les ponía unas cuantas multas, aquí están los baños termales, hay enfermos, viene gente a descansar, no a que les suba la tensión. Tendrías que ver cómo se tranquilizaban esos perros si Maxim se ponía a maquinar algo, pero no ha querido, no señor, no ha querido, ¡está claro!». A continuación (y en la frente del señor Lazu late un vaso sanguíneo, finito, azulado, es como un río poco importante de un mapa): «... y me contaba una tontería tras otra, sobre las osamentas esas, sobre el peritaje. Grande como es él, con la barriga,

se inclinó en un momento dado por encima del escritorio, me cogió el brazo y, con un aliento a cebolla oxidada, este engulle una cebolla hasta con el café, señor mío, estoy seguro, bien, me susurró que ya no puede dormir de ninguna de las maneras, ni con somníferos. Según dice, después de acostarse su mujer, baja de la cama, se desliza hasta el salón, descalzo, que no le oiga esa, aparta todas las figuras de encima del televisor, una bailarina, un cisne, un torero, algo así, y coloca en su lugar un cráneo de niño, pequeño, grisáceo, que encontró ahí, en la fosa, y que de día tiene escondido en el balcón. Dice que lo guarda en una bolsa detrás de los botes de encurtidos para que no lo encuentre nadie. Tal cual. Y se pasa la noche delante de la cabecita esa y observa durante horas la brecha de la frente, una especie de florecita con nueve o diez pétalos, te lo imaginas, ¿no? Él la ve como una margarita... (tose) y por la mañana, cuando clarea un poco, coge la cabecita en brazos, la acaricia, palpa los ojos, el agujero de la nariz, la boca, las orejas y dice que, poco a poco, entiende todo lo que... (aquí ha intervenido ABBA, con *Lay All Your Love On Me*). —Después—: ... para decirme a la cara, o sea para jurar, así, como delante de un tribunal, que a causa de los esqueletos de la ciudadela no tiene tiempo ni para respirar, menos todavía para prestar atención a bocinas y trompetas, aunque... (tos aguda, seguida de Vaya con Dios, *Time Flies*)». El fotógrafo se ha ausentado un rato de la mesa, no está en el baño, sino enfrente del café, le ha llevado al dromedario una bolsa de patatas deshidratadas. Cuando vuelve, encuentra al profesor apoyado en una pared, adormilado. Puşa encoge los hombros y sigue vaciando vasos.

El forense se agacha y coge de la hierba un pedacito de papel. Es rojo y está húmedo. Le da la vuelta por un lado y por otro, parece ser el envoltorio de un caramelo. Lo tira.

—¿Es cierto que le tuvieron allí de rodillas, solo con la camisa puesta? —le pregunta al mayor.

—¿Qué? —masculla el otro.

—Había helado, ¿no? O, bueno, hacía mucho frío. Sea como sea, estar en camisa tanto tiempo, con la cabeza destapada...

—¿Qué quiere decir? ¿Dónde...?

—Le decía de los escalones de la milicia. ¿De qué están hechos? ¿Piedra? ¿Mosaico? ¿Qué tiene usted ahí? Tiene que haber habido nieve. O hielo. Solo una hora, una hora y media de estar en el suelo puede significar reumatismo. O una afección renal.

—¡Señor! ¡Señor! Yo no... O sea, ¿tú qué...?

—¡Tranquilícese, señor mayor! ¿Está temblando o qué demonios? Se ha quedado blanco...

—¿Tú qué quieres, eh, en realidad? ¿De qué va esto?

—De verdad, no hay ningún problema. Han pasado tantos años, caía enfermo en el acto si eso era lo que tenía que pasar, ahora ya no hay ningún riesgo, todo está en regla. O por los puñetazos, o por las patadas... Lo mismo. Si entonces no aparecieron síntomas de...

—¡¿Tú no lo entiendes, eh?! —sisea Maxim (no grita porque a su alrededor, a ocho, a diez, a catorce metros, nadie tiene una cinta métrica que lo mida con precisión, pero en cualquier caso cerca, hay muchos conocidos, dos fiscales, soldados, unos periodistas, un antiguo detenido político y uno de los arqueólogos).

—No hablo de fracturas o de hemorragias internas, se habrían visto enseguida, se habría notado. Existía el riesgo, no obstante, por tantos golpes, de que apareciera algún coágulo, ya sabe cómo va, cuestiones que dependen de la neurocirugía, es más delicado.

—¡Dilo, hombre, de una vez! ¿Qué pasa? —suelta entre dientes el jefe de policía y se coloca justo delante del forense, con las piernas separadas, las manos en jarras, sus narices a punto de tocarse.

—¡¿Qué suerte, no!? ¡Con tantos choques! Térmico, mecánico, puede que también emocional. O sea, pienso, es posible que haya habido también un choque emocional, ¿no? No es fácil ser miliciano y andar a cuatro patas, que te tiren de la corbata y que te saquen fuera como a un perrito, para hacer pipí... ¡Eh, es desagradable! ¿Y quién te lo hace? Unos vagabundos, así, porque es la revolución... ¡No, es desagradable! He visto al tipo aquel, era el del Mercedes blanco, ¿no?, ¿ese con chancas y camiseta?

(Los ojos del mayor se han hecho pequeños, fulminan, el color de las mejillas es carmesí).

—Tiene un organismo sano. Come cebolla, mucha cebolla, ¿verdad? Se nota. A lo mejor le ha ayudado la cebolla, quién sabe... Pero utilice en lo sucesivo un enjuague bucal, con el aroma que le guste, ¡no hace daño! Yo prefiero el jazmín.

—¡Ma-ri-cón! ¡Ma-ri-cón!

Vista desde arriba, digamos desde el grueso muro de la puerta del castro (un lugar desde el que también los centinelas romanos habían mirado en otro tiempo, aunque más hacia el exterior de la fortificación y demasiado poco hacia el recinto), la escena era la siguiente: dos hombres, uno de caderas anchas, vestido con un traje *beige*, y el otro fuerte, con bigote, con el

uniforme de Asuntos Internos, se paseaban tranquilamente al lado de la fosa común, al lado de las personas preocupadas por las osamentas. Se pararon en un momento dado, cuando el policía le cortó el paso al otro para decirle algo confidencial o no exactamente adecuado para decirlo a viva voz, a lo mejor un chiste verde. El hombre del traje *beige* reía con ganas, su cuerpo se sacudía a causa de las carcajadas. Se dirigió después, solo, a otros, seguramente para contarles también a ellos lo que había oído. El oficial debió de acordarse de una cita o de algo importante, porque se marchó apresuradamente.

x, periódico de información, opinión y análisis, núm. 1712, 3 de julio de y, 16 páginas, z *lei*, página. Descubrimientos-Investigaciones, artículo «Las víctimas se multiplican, los fiscales callan»:

El último día ha llevado al registro cuatro nuevas víctimas de la masacre de las afueras del balneario w. Según el ritmo a que se exhuman y clasifican los restos humanos, queda claro que el balance de la ejecución ordenada en el pasado por los líderes del partido superará la cifra de 100 o incluso 150. La fosa común —descubierta por casualidad el primer día de vacaciones por aquellos niños a quienes presentamos en una de las crónicas anteriores— parece un abismo sin fondo.

Sigue siendo sospechosa la actitud de los fiscales militares, quienes se niegan a aceptar la evidencia. Si es tolerable el método para establecer el número de los asesinados, según los cráneos, es incomprensible por qué no se reconoce públicamente que se trató de muertes por fusilamiento. Existen, sin embargo, algunos indicios de que los fiscales y, junto con ellos, el forense que participa en la investigación estarían reconsiderando su posición. Ayer, por primera vez, por orden del coronel-magistrado Spiru, los responsables oficiales de las investigaciones dejaron de hacer declaraciones a la prensa. En comparación con el intento de antedatar la escalofriante fosa común de w e, implícitamente, absolver a la Policía Secreta de cualquier culpa, el silencio —este *silenzio stampa* que los criminalistas se han impuesto del mismo modo que los futbolistas de la selección nacional— podría ser un paso hacia adelante. Es posible que, a partir de ahora, a los asesinos, a sus comandantes y a los cómplices, que todavía ocupan cargos-clave ya no se les proteja con tanto celo.

Por ahora, el único representante de una institución importante que confirma el crimen político sigue siendo el comandante de la policía local, el mayor Maxim, entrevistado repetidamente por nuestro periódico. Este hombre hace esfuerzos solitarios para ir hacia atrás en el tiempo, a los años cincuenta y sesenta, para buscar a los asesinos. A los que apretaron el gatillo y a los que dieron la orden. La última declaración, que el mayor nos ofreció en exclusiva, es la siguiente: «Se ejercen presiones sobre mi persona, grandes, muy grandes, para que renuncie. No voy a renunciar. Independientemente de los riesgos. Hay tantas vidas humanas, también hay niños...».

Nota explicativa: Si ha descubierto en el texto las letras X, Y, Z y W, sepa que no se trata de las incógnitas de un sistema de ecuaciones (es decir de una cuestión algebraica) sino de símbolos gráficos inofensivos que revelan una cierta reserva en lo que se refiere a identidades, cronologías y localizaciones exactas.

Una comida en Casa Matilda: el coronel-magistrado desmigaja rebanadas de pan en la sopa de ternera, uno de los fiscales jóvenes, el capitán, lágrima a causa de la guindilla, el otro, el teniente mayor, no se defiende en absoluto con los cubiertos ante una trucha a la parrilla, el teniente de gendarmes, ni mucho menos en su salsa, estornuda a menudo y se limpia la nariz con las servilletas del establecimiento, que luego amontona en su bolsillo. El local no es como un comedor, en las paredes hay dibujos al carbón y acuarelas que representan a una señora de entreguerras, seguramente la abuela o la tía del propietario, Matilda, sobre las mesas hay lamparillas que imitan quinqués, en un rincón una chimenea, ahora sin fuego, con azulejos de Kutý. Ellos cuatro son los únicos clientes.

Desde la puerta de la cocina, de detrás de una cortina de pana verde, la camarera oye la conversación, reconoce las voces. Sabe que el viejo malhumorado que come ruidosamente la sopa y todavía espera una ración de higadillos de pollo ha contradicho al del pescado y le ha dicho que el jefe de policía no es idiota sino un espabilado que juega sus cartas. ¿Qué cartas, señor coronel? Este es tonto de remate, ha intervenido el calvo de las albóndigas y la guindilla, pero el viejo mismo les ha explicado que Maxim (ella había captado desde el principio de quién estaban hablando) justamente iba a ser

destituido y por eso se ha agarrado con uñas y dientes a la fosa común, para parecer un héroe y que no le puedan echar. El pobre teniente (al oficial de gendarmes le conoce de verse por la ciudad) estaba resfriadísimo y ha abierto la boca solo para pedir la sal y un poco de pan. El tipo de la trucha, que se había saltado el primer plato pero había pedido dos postres, *papanași* y manzanas en caramelo, decía que a las artimañas hay que responder con artimañas y ha propuesto que al mayor se le garantice la jefatura de la policía local si renuncia a sus chifladas historias, con las que los ha vuelto locos a todos. Después, ha añadido sorbiendo el vino seco, ya se las verá con los jefes del inspectorado.

La chica entra con los otros platos (higadillos, codillo con judías, salchichas con col dorada y *papanași*) y se le engancha el *panty* en la punta de una silla. ¡Ah, qué tontería! ¡Y cómo es la piel donde han saltado los hilos, blanca como la cal! Los cuatro oficiales, tres vestidos de civil y uno de uniforme, la observan. La chica les sonríe y piensa que por la tarde, cuando quede con él, Maxim le va a dar dinero para cinco pares de medias nuevas, no para uno solo.

CAPÍTULO II

I

Sentía, así, a veces, sin que tuviera ninguna relación con las letras «I. F. Kissling, Ploesci, Foto-Glob», una especie de lástima por la joven novia Paulina, la muchacha aquella perdida entre velos y encajes, con los ojos vidriosos como los de un animalito de peluche, con las pestañas exageradamente largas (aquí, a diferencia de la chapeta de las mejillas y del arqueado de los labios, la mano que había hecho los retoques no había parado las pinzas a tiempo), con una aguda incompreensión de la situación y del futuro visible en el rostro, llevada hasta el extremo de pegar la sien al hombro del que precisamente se estaba convirtiendo en su marido (un hombre rechoncho, calvo, con bigote untado con pomada, satisfecho no tanto por las circunstancias como por la vida en general, un tío de hecho, en ningún caso un señor fino, tal como llamaba la tía a aquel que acaparaba sus sueños entonces). Estos eran ellos, con un fondo de estudio destinado a sugerir la alegría del momento y la felicidad futura (un huerto florido o quizás con nieve fresca), enmarcados en un fondo gris, ellos, los de entonces, delante de quienes la tía Paulina suspiraba hoy, tanto si me encontraba yo en la habitación como si no. ¡Qué tiempos, querido, qué tiempos!, decía ella, omitiendo mencionar el nombre de Iorgu y hablando muy despacio, eh, y el difunto, el pobre, pero su fotografía nupcial —de ahí mi asombro, de ahí la compasión— no conseguía dominar la pared blanca ni bajo la fresca luz de las mañanas, ni más tarde, hacia el mediodía, cuando el sol tocaba la ventana, ni siquiera al caer la noche, al encender la luz del techo o la lámpara. Había algo inexpresivo en aquel objeto, una incapacidad sin remedio de destacar, aunque se le habían ofrecido y se le seguían ofreciendo oportunidades para resplandecer. A lo largo de la extensión de cal, allí, justo delante de mi cama, dominaban las sombras de las frondas, de las cortinas hinchadas por el viento, de los mirlos y arrendajos, de los libros y de los frascos de medicamentos de la mesita. Con trapos limpios y alcohol, con religiosidad y perseverancia, Paulina siempre se aseguraba de que en el marco dorado y en el cristal que protegía su fotografía de novia no hubiera ni una mota de polvo, ni una

mancha, pero no era capaz de dar vida a los rostros de cera. Cuando leía, cuando holgazaneaba, cuando comía pan tostado, cuando bebía la infusión de orégano y tomaba las pastillas de ranitidina, al levantarme y al acostarme, veía únicamente contornos cenizos, fijos u ondulantes, borrosos o claros, remolones o ágiles, delante de mí se sucedían formas y criaturas con una vida extraordinariamente corta, sombras como todas las sombras, fascinantes, elípticas, corteses. Era un problema de percepción, quizás la úlcera afecta también a los sentidos, no solo a la digestión, en fin, habría sido un atropello romperle el corazón a la tía, hacer que dejara de tararear cuando afloraba la nostalgia. Oye, tú, qué pone detrás, me gritó una vez, cuando ni siquiera me encontraba en la habitación, sino en el baño, con la puerta abierta, preparándome para afeitarme, «El cristal se guardará para pedidos ulteriores, que serán honrados incluso al cabo de muchos años», y cuando me giré estaba en la punta de una silla, cabizbaja, con la fotografía en su regazo, reía de una manera distinta de la que ríe ella, me evitó, me fijé no obstante en el destello de sus lágrimas.

Tu problema, hijito, proclamó un miércoles algo frío, es que no bebes café a causa del régimen alimentario y eso te impide conocer tu futuro. Estábamos los dos en la veranda, en las mecedoras de mimbre, pastelitos no había esta vez, yo me enteraba fastidiado por un semanario, creo que además me mordía las uñas, de que un escritor importante trataba también de manera patético-justiciera la cuestión de las osamentas del castro romano y Paulina estudiaba minuciosamente, con una lupa no precisamente pequeña, las líneas de los posos de café de la taza. A mi edad ya no tengo ganas de salir ni de paseo, ni de compras y anda, mira (se leía su futuro), me espera un viaje largo, muy largo, a lo mejor al extranjero, este barquito corta con demasiado ímpetu las olas; el pobre escritor, poseído como tantos otros por el espejismo de la fosa común, convencido de que el nuevo régimen encubría un asesinato cometido por el régimen anterior, ni siquiera se imaginaba que estaba sirviendo a la causa de un policía imbécil. Había algo turbio, un corazoncito un poco torcido, un perro con malas pulgas y un payaso rodeaban la embarcación, parecían querer subir a bordo o acompañar su marcha sobre las aguas, alguien tenía pensado unirse a la tía, autoinvitarse al viaje o aprovecharse de él. Hum, ¡tampoco aquí me deja en paz!, si por lo menos fuera una persona soportable, la compañía no hace daño. Pero el destino no se entreveía de ninguna manera, puede que un triste circulito se hubiera podido parecer a la letra O^[1], pero la tía Paulina rechazaba categóricamente ir a Holanda, tulipanes, querido, ya tengo en el patio, un montón, amarillos y rojos, ¿y qué si no tengo de esos de

color violeta? ¡No me hacen falta! No me muero por ver molinos de viento y además se ve claramente que es una o minúscula, qué demonios, ni siquiera es mayúscula. Mientras yo pelaba el huevo duro, el huevo de las cuatro, pensaba que estaría bien enviar al novelista una carta, no tanto para iluminarle, para explicarle cómo veo yo, como arqueólogo, las cosas, como para rescatarlo de la solidaridad con un miliciano; no te he confesado hasta ahora que me mareo (se mueve en el sillón, se ruboriza un poco), una sola vez en la vida he ido en barca, a Slănic, de luna de miel, también estaba la hermana de Iorgu con las niñas, esas pequeñas arpías me salpicaban y me hacían muecas, yo me sentía desfallecer. La barquita era obligatoriamente un símbolo, solo eso, no podía ser nada más, ella ni siquiera concebía navegar, querido, que quede claro, si se trata de un crucero, yo renuncio desde el principio, mejor en casa, con mis cacerolas, con mis gallinas, que en el barco más lujoso del mundo. Y qué horror de país que es la Holanda esta, por todas partes nada más que canales, solo agua, ¡solo en Venecia creo que es peor! En los posos secos se leía indiscutiblemente que llegaría un dinero, una cantidad considerable, no una nadería, no obstante las preguntas se sucedían a montones: ¿sería la miserable pensión? («Ah, no, no lo creo, nunca me ha salido en el café que tenga que venir el cartero»), ¿un regalo? («Ja, ja, ja, todavía no ha nacido una persona tan gentil»), ¿sería una herencia? («Puf, qué tontería»), ¿ganar un concurso? («Hijito, tú me conoces, ¿tú me has visto alguna vez jugar a la lotería o al bingo?, ¿me has visto recortar los cupones de las cajas de detergente o coleccionar chapas de cerveza?»), ¿sería el alquiler? («Pues sería el colmo, o sea, tú estás aquí a mi lado, a dos metros, tú no me dices nada de pagarme y me sale eso leyendo el futuro...»). Siguieron minutos de silencio, la tía Paulina se separó de la taza y de la lupa, se arrebujó mejor en su manta color ladrillo, miró hacia fuera, no hacia las nubes inmóviles, ni hacia el grupo de hayas de enfrente, puede que mirara al vacío; el escritor era libre para vivir su indignación hasta el final, la condena de un crimen político (incluso inexistente) debió de hacer que se creyera mejor.

Un milagro es un milagro, tú, no tiene sentido buscar explicaciones, el dinero este pondrá muchas cosas en su sitio. Y la tía, en aquel gris del anochecer, húmedo, viéndose rica de la noche a la mañana, había dedicado una lección para cada una de sus amigas. Paraschiva, por ejemplo, habría de saber —¡mejor a los noventa años que nunca!— qué significa magnanimidad verdadera, no mediante obras como las de su exaltada juventud, cuando proyectaba la construcción de una ermita en la gruta de Santa Verónica y cuando dirigía las procesiones de montaña de la Asociación «Jesús luz del

mundo», ni por las obras de entonces, cuando alojaba a teólogos famosos y seminaristas demasiado poco lisiados o pálidos o cargados de espaldas. Año tras año, incluso durante decenios, la tía Paulina había oído de boca de la vecina cientos de historias sobre la caridad, una verdadera teoría de la generosidad cristiana, pero había conocido ardientes negativas a sus contadas e ínfimas solicitudes de préstamo; había decidido regalarle entonces a su amiga —porque, en fin, de sorbetes, pastas, *brioche* y jarabes no ha entendido gran cosa— una crucecita cara, carísima, algo de oro del más puro, con acabados árabes si fuera posible y, sin falta, con una piedra negra, de alma afligida. Y a continuación («Así, querido mío, que le quede claro a Paraschiva qué fácil es hacer feliz al prójimo») había pensado hablar para que en las cuatro pequeñas tascas del barrio, durante una noche entera, se bebiera a su cargo. En el caso de Mioara, la farmacéutica, el duelo de símbolos iba a tener lugar en el ámbito de la coquetería femenina, ya que mi muy buena anfitriona, por razones solo de ella conocidas, no tenía la intención de rivalizar con la otra, ni en el arte del ganchillo ni en el fervor de las lecturas de las *Vidas de santos*. Yo no sabía qué había molestado más a Paulina, si mi apetito súbito por las galletas y el requesón o la afirmación de que su amiga era mucho más joven que ella, pero, además de decirme que era muy bobo, me dijo también que la señora Fotiade, ya en sus cuarenta y tres años («Escúchame, tú, ¡qué edad!, una niña...»), quería a toda costa parecer de treinta. A todas aquellas cremas y máscaras faciales de la farmacéutica, de melocotón, de pepino, de yema y polen, de lo que fueran, preparadas minuciosamente en casa o en el laboratorio, la tía quería replicar con los servicios de una esteticista de élite, en un salón capaz de obrar milagros; a las uñas no muy largas, pero hábilmente redondeadas, siempre pintadas, se proponía contraponerles unos guantes deportivos o elegantes, según las circunstancias («Esmalte de uñas, lo reconozco, no puede ser con unos dedos tan toscos»), y a aquellas atrevidas lentes de contacto («Verdes, hum, verdes, ella espera, la pobre, dar un aire soñador a sus ojos de gallina») había de oponer resistencia con unas cuantas monturas delicadas de gafas, una plateada, a tono con su pelo a partir de entonces peinado, pero nunca teñido, otra negra, para las cada vez más frecuentes participaciones en entierros («Cada generación con sus etapas, lo entiendes...»), y una tercera color mostaza, así, para tenerla. No solo las lecciones a Mioara, sino también el viaje anunciado en los posos de café obligaban a Paulina a completar el ropero, sin excesos, sentía la necesidad de tener una mantilla, unos pantalones de franela, unos zapatos ligeros de verano y unos botines, un jersey de cuello alto. Naturalmente también era necesaria

(«Y mira, así, querido, mato otro pájaro, Jeni, de un tiro, a sus idas y venidas a la embajada inglesa») una maleta grande de viaje, algo realmente especial, de paño a cuadros, quizás una maleta de retales de cuero. Pero no era con una maleta, aunque no tuviera parangón, como se había propuesto Paulina transmitir mensajes a la tercera amiga, por otra parte la viuda de lord Embury, personaje a quien nadie, jamás, había conocido, sino por medio de una nueva actitud hacia los animales domésticos. La señora Eugenia, Jeni, criaba seis gatos, pero su pasado en este aspecto era ilustre puesto que cuando abandonó la casa vieja para mudarse aquí al lado tenía no menos de cincuenta y dos, gatos normales («Europeos, tú, no de la calle, me oyes...»), a los cuales, durante el transporte, se había esforzado por encerrar en una jaula encargada a propósito, pero que habían huido cada uno adonde pudo, por el camino, cuando uno de los mozos había aflojado algunos de los barrotes. Habían maullado horriblemente hasta su liberación, algo inimaginable, la gente los miraba como en una feria, después habían saltado enloquecidos del camión, en marcha, a toda velocidad y habían desaparecido por alguna parte, por patios, tejados, alcantarillas, la mayoría por el bosque. Su propietaria había zurrado con el paraguas a dos o tres de los mozos, se había negado a pagar al que había facilitado la evasión, había dejado todos los bultos en manos de una sobrina enclenque, una alumna afectada por el acné, y, lívida, temblando, se había puesto a buscar los gatos por las calles que el camión había recorrido. Casi durante una semana, desde temprano por la mañana hasta que anochecía, había hecho y rehecho decenas de veces el camino de cuatro o cinco kilómetros («Tendrías que haberla visto, Señor, Señor, con un chal fino sobre los hombros, cargada de espaldas como es ella, a pasos pequeños, con bastón, gritando sin parar “¡Venga, chicas!, ¡venga, chicos!, ¡venid con mamá, pequeños!”, ya no tenía voz, querido, se había quedado afónica del todo, “¡Tıřica! ¡Rozi, Lenuř, Pufa, venga, pequeños!”, los niños le tomaban el pelo y no la dejaban en paz ni un segundo, también algún borracho»), había conseguido recuperar solamente once ejemplares y coger, después de una lluvia fría de octubre, una pulmonía. En lo que respectaba a la tía Paulina, entre la idea de que un gato en brazos regula el pulso y la de que el pelo felino provoca quistes hidatídicos, prefería la última; había tomado la decisión, por otra parte, cuando todavía hacía girar entre las manos la taza de café, escrutándola, de comprar un perro, si no un schnauzer gigante, por lo menos un caniche o un basset.

Convendría, querido, que cuidaras tu salud de otra manera más que solo con pan tostado y puñados de medicamentos, me dijo más tarde, cuando los

signos de la revelación (las pupilas se dilataban como invadidas por atropina, los labios se hacían más pequeños, las suaves mejillas adquirían tintes de vigor) se le habían impreso como tantas otras veces en la cara. Mi insoportable úlcera sería vencida o, en cualquier caso, calmada si seguía sus consejos porque, de pronto, sin tener necesidad de sueños reveladores ni de misas redentoras, había descubierto la clave, el secreto, el remedio. La terapia era sencilla (¿cómo, por Dios, no me he dado cuenta hasta ahora? ¡Ah, qué estúpido!), tenía solamente que llamar a la puerta de la señora Embury (¡la querida Eugenia!) y escuchar dócil cómo desfilaban criados, damas y popes («Es magnífica echando las cartas, así sabrás tú, muchacho, qué va a pasar con el problema este que te corroe el alma, con los esqueletos de la ciudadela»). Ella estaba convencida de que, después de una visita a Jeni o, bueno, después de dos o tres, encontraría la tranquilidad y, aunque no iba a perdonar al jefe de policía, por lo menos dejaría de desear romperle la nariz. Tienes los nervios a flor de piel, entérate de una vez de que ellos son el mal, y no el estómago, deja de aguantar a tanto doctor, tú necesitas saber algo exacto, sea lo que sea, solo que sepas que esta angustia te está matando... El desenlace del caso del asentamiento arqueológico, que yo deseaba lo más pronto posible y, por lo menos por honestidad profesional, sino también por otros motivos, lo más correcto posible, es decir vinculado al inicio del siglo xx, podía ser descifrado por tanto en la cansada baraja de cartas de la señora Embury, objeto casi sagrado que no faltaba nunca en la mesa de su cuarto de estar. El hecho de que yo no creyera en aquella teoría contaba realmente poco, lo importante era sin embargo que la mirada o la posición del cuerpo o cualquier otro detalle revelaban mi escepticismo y la tía me amenazó con que ya no vería por los siglos de los siglos las frutas de sartén ni la sopa de albóndigas. Me sugirió después, en un tono del cual había desaparecido el entusiasmo, que no olvidara a las personas más ancianas de la ciudad («Evita solo a Paraschiva, que por ella no oirás más que historias sobre monjes y recetas de ayuno monástico») y, quién sabe por qué, fue entonces cuando concluyó el relato sobre Slănic, de su luna de miel. La joven Paulina, no perdida entre velos y encajes como la de la fotografía, sino con un vestido ceñido de verano, naranja, no había resistido lo suficiente el balanceo de la barca ni tampoco había soportado hasta el infinito las bromas de las sobrinas. Y había vomitado.

2

Marsupial de tamaño pequeño, emparentado con el koala, seis letras, con una B en medio. Seguro que es una B, porque aquí, la cosa esta, la capital de Australia, es Canberra. Por lo demás, nada... ¿Qué iba allí? ¡A ver, a lo mejor pilló el principio por la horizontal! Pájaro..., símbolo nacional de Nueva Zelanda. Hum, ¡no tengo ni idea! ¡Y son las tres menos veinte de la madrugada! ¡Dios mío! Se quita las gafas y las abandona en la mesita, se friega la frente con las manos, pasa unas cuantas veces los dedos por el pelo blanco y escaso, peinado hacia atrás, abre una caja de diazepam e ingiere una tercera pastilla. Antes de bajar de la cama, Titu Maeriu, ingeniero jubilado, autor de una tesis doctoral sobre la resistencia de los túneles en estratos de rocas sedimentarias, miembro distinguido de la asociación de antiguos detenidos políticos, descendiente de una larga saga de sacerdotes católicos de rito oriental, padre de dos niñas, abuelo de cinco nietos y bisabuelo de un angelito de niño, se inclina una vez más sobre la revista y subraya con dos líneas gruesas el título de aquel crucigrama obstinado, «En las Antípodas». En el espejo del baño se fija en una mancha rojiza, grande, en una de las mejillas, la examina atentamente, no es una irritación, ni un eccema, se da cuenta enseguida de que es una marca de la almohada, ha estado apoyado demasiado tiempo en la misma posición. Aclara después la dentadura postiza y la suelta en el vaso con infusión de manzanilla que está en el lavabo, orina tranquilo, ¡gracias a Dios que la operación de próstata salió bastante bien!, y después de tirar de la cadena se percata una vez más de lo plácida que puede ser la habitación del hotel cuando el depósito del inodoro deja de susurrar sin parar. Volviendo a la cama, el señor Maeriu piensa en que, si se va a quedar un tiempo más ahí, y parece que se va a quedar más (le es imposible creer que, en unos cuantos días, se vaya a determinar con exactitud qué ocurre con aquellas osamentas), se verá obligado a reparar, después de la molesta válvula de flotador, también la cerradura de la puerta de entrada; la llave no solo entraba muy mal en la cerradura sino que, para hacerla girar en un sentido u otro, eran necesarios bastantes esfuerzos. Por otra parte, le es imposible

dormir. Con la manta hace demasiado calor, solo con la sábana hace frío, con la ventana cerrada se sofoca, no tiene aire, y con la ventana abierta no soporta la corriente ni el ruido lejano, pero frecuente, de los trenes, en su cabeza se amontonan demasiadas cosas, ninguna atractiva. Reír, su hija pequeña sigue riendo, ni menos ni más a menudo, igual que siempre, aunque ha cambiado algo en la escala aquella entre la sonrisa y la carcajada, no en intensidad, no en sonoridad, en otra parte, la risa está llena o vacía, así como una avellana silvestre tiene o no carne, en ella es risa en toda regla, sin fingir, sin complacencia, pero desde hace sus buenos años el fruto está seco, bajo la cáscara ya no hay alegría. Ve correr a una niñita de ocho o nueve años, con colitas largas y finas bailando sobre los hombros, tiene los ojos extrañamente grandes, arden, la risa no para de producir olas, ondulan una detrás de otra y se dan alcance y acarician a los corderillos que ella no consigue atrapar. Debía de ser marzo o abril, pero a Titu, a las cuatro menos cinco de la madrugada, le parece mediados de julio, ya que la silueta de la niñita y las de los corderillos se superponen al mar de flores de la época de siega. Le parece por un instante que siente el olor del heno fresco, está sudando, echa a un lado la manta, le entra frío en el acto y de nuevo se envuelve en el momento en que las colitas de la niña desaparecen y son sustituidas por un peinado pretendidamente joven pero que, a pesar de las buenas intenciones de la plancha y del tinte, no consigue esconder la edad. Los ojos también se transforman, eran y son castaños, pero ya no arden, las más de las veces congelan. La niñita ya no persigue corderos, y no porque a los cincuenta y tres años no tuviera condición física, la tiene, hace aeróbic unas cuantas veces por semana, la niñita ha vivido demasiadas cosas: el amor, las matemáticas, el mondejo de cordero de Pascua, los tacones de aguja y los cuadrados, los dolores del parto, el trabajo de chófer, el divorcio. El señor Maeriu distingue una línea pálida de luz sobre la cumbre de más allá del valle, de momento es clara, tímida, la mira sin sentimientos, esta vez sabe, no supone, que la risa puede existir también allí donde ha anidado para siempre la tristeza. La habitación del hotel es insípida, aparte de un número, 419, no podrías recordar nada más, tiene no obstante una ventaja, no está infestada de ratas ni invadida por nubes de mosquitos, la humedad enmohecida de las paredes también está ausente, aquella habitación demuestra de forma inmejorable que, en comparación con la calamidad, la mediocridad es oro. Es una afirmación tónica porque, desde que asistía a las pesquisas sobre la fosa común, Titu se había preguntado a veces, en contadas ocasiones, si en cierto modo los desgraciados que habían encontrado allí su reposo habían salido más

beneficiados que él. Había llegado a la pequeña ciudad de montaña como representante oficial de los antiguos detenidos políticos, como una señal de que los supervivientes de las prisiones veneran a los muertos y, sobre todo, para mostrar la enorme desconfianza de la asociación ante una investigación dirigida por fiscales instruidos por antiguos verdugos. No dudaba de que muchas de aquellas costillas y vértebras, entre tibias, fémures y peronés, cuatro, siete, quince clavículas, quién sabe cuántas rótulas, un cúbito aquí, un radio y un húmero allá, un esternón encima de la pila, un hueso sacro más hacia abajo, huesos y huesecillos, polvo, amarillo cenizo, como de cera y como de moho, impersonales, y los cráneos, los cráneos en primer lugar, habían pertenecido antes, hacia mediados de siglo, a unos jóvenes rebeldes como tantos otros, unos jóvenes que no habían llegado a descubrir el gusto empalagoso de la domesticación, del hastío, incluso de la traición. ¿Qué valía más, de parte de quién había estado la suerte? Más allá del valle, del río y de la vía férrea, el cielo se vuelve rosado, el alba vuelve a poner fin a una noche en blanco y oprime el corazón en algún sitio, con todo el peso, fuerte, tal como la laya había apretado las venas de la muñeca de la mano izquierda, hacía mucho, en el Cabo Midia, bajo un amanecer descolorido de febrero mientras los guardianes se habían reunido alrededor de un fuego y él había querido poner fin a sus días. El señor Maeriu se toca un poco la cicatriz, pasa las yemas de los dedos por encima del pliegue de la piel, se levanta de la cama, prepara el cazo y el calentador para un café, sin cafeína, y no entiende por qué Petrus, el arqueólogo, por otra parte un chico muy educado y de buen corazón, está de parte de unos individuos sospechosos como son los tres fiscales y el forense. Tampoco entiende por qué Răzvănel, un niño tan dulce, un pequeño príncipe, no quiere por nada del mundo, a sus casi tres años, hacer pipí y caca en el orinal.

¡Ah, qué desodorante más malo, dulce, demasiado dulce, desvaído! Caterina tiene los ojos cerrados, la cabeza a un lado, logra detenerle antes de que le toque la cara y el pecho, ya se ve la piel invadida por una infinidad de granitos rojo blanquecinos, se imagina que sus labios parecerán harapos si caen presa de aquella boca ávida. Siente las poderosas manos que se pasean por sus piernas, su cuerpo sigue hostil, piensa que no basta con llevar en el bolso preservativos, convendría llevar también agua de colonia para hombre, fina, y sin falta una maquinilla, con suficientes cuchillas de reserva. Pone fin a las caricias con un movimiento firme, se gira y da un par de sorbos al vaso de vino de la mesita, se apoya en la tabla de la cama y enciende un cigarrillo,

ve por la ventana abierta un trozo de la luna, ni siquiera se da cuenta de cuán rápidamente la esconden las nubes, examina la etiqueta de *pinot noir* y se pregunta si 1992 fue año de sequía o lluvioso. Los dedos de él han llegado por debajo de las rodillas, han renunciado al frenesí, parecen descansar, se abren y se cierran despacio, de vez en cuando dan un rodeo por la pierna pero regresan cada vez y recuperan su lentitud. La botella se inclina y el vino negruzco llena el vaso de Caterina, el vaso se acerca a la boca de Caterina y el vino negruzco le hace cosquillas en la lengua, la lengua de Caterina se encoge como un caracol en su concha y el vino negruzco desaparece, dejando que surja, al principio vagamente, después cada vez más clara, la imagen del terciopelo. Una mano se detiene en el pelo muy corto de él, el albornoz, sobre el cuerpo desnudo, cae a los lados, el aire frío de la noche, que entra por la ventana abierta, no le recuerda la nieve ni el agua de un lago de montaña, sino una extensión infinita, amarillenta, de terciopelo. Se deja caer por la almohada, la otra mano baja hasta uno de los senos, del cenicero viene olor a filtro quemado, el pecho y los brazos que la envuelven esparcen aquel aroma dulzón y uno nuevo, agrio, picante, su sentido olfativo ha perdido vigilancia, le ha prestado al táctil todas sus virtudes. Caterina chilla como un ratoncito. Los labios se le han abierto, han florecido, suben sin prisa por el hombro, después el cuello, la mejilla que pica, encuentran el lóbulo de la oreja y ya no lo sueltan hasta que unos sonidos agudos (se les podría llamar sollozos, pero no lo son), se sobreponen al traqueteo entrecortado de un tren por el valle. Le invade el frío poco a poco, cada vez más cortante, mientras el pendiente plateado de Luci, todavía húmedo, pierde su brillo, se vuelve mate a medida que se seca. Se levanta por la esquina de la cama, el albornoz yace hecho un ovillo entre las sábanas, el *pinot noir* le parece ahora demasiado áspero, difícil de beber, mira el reloj, ¡son las tres menos veinte de la madrugada!, ¡Dios mío!, y, sin demasiados miramientos, pide que la deje sola. Habría querido que un chorro de agua caliente le azotara la espalda, pero la ducha del hotel no le ofrece más que algo tibio, sin encanto, una especie de llovizna templada de la que tiene que huir lo más rápidamente posible. Ya está delante del espejo, las gotas destellan por la piel blanca amoratada, tiembla, la toalla no puede esconder lo que conoce al detalle y odia crónicamente, un cuerpo rechoncho, sin tobillos ni cintura, con latitudes y longitudes desbordadas, un rostro cansado, con el maquillaje marchito. Bajo la manta se está un poco mejor, la cama del hotel no es gran cosa, pero es una cama, a la luz de la lamparita hojea el periódico del día anterior, el periódico en el que trabaja, tiene la certidumbre de que el nuevo número ha salido hace poco de la

imprensa, seguro que se encuentra camino de quioscos y tenderetes, lee por tercera vez su propio artículo y finalmente tiene calor, el cuerpo aquel bajo y regordete ya no la preocupa, el vino negruzco no rivaliza con el terciopelo, pero ya no le parece peleón. ¡Qué bien le ha salido esta caracterización!: «Los tres fiscales enviados con la orden de enterrar la fosa común, —¡y qué claro lo ha dicho!—: Nunca aceptarán los antiguos detenidos políticos la transformación de un crimen en un circo». En algún lugar en el centro de la habitación 306, en una mesita, también Caterina lo mira fugazmente, está el ramo de nomeolvides que le había regalado la víspera Titu Maeriu, el viejecito aquel venido como ella para asistir a toda la historia, un hombre que, con toda su prótesis castañeteante, ha entendido que una mujer no se reduce a unas piernas esbeltas y a unas curvas incitantes. Le pesan los párpados, pero no está lista para cerrarlos, da un sorbo otra vez al vaso y pasa a la última crónica, escrita a mano, la que aparecerá publicada en el periódico de la mañana. Se trata del forense, de su prisa por confirmar todas las hipótesis de los tres fiscales, su breve texto, de veintiuna líneas, tanto le pidieron en redacción, sigue la idea de que solamente un individuo chantajeable, con manchas serias en su viejo expediente, por otra parte especialista, puede afirmar hoy día que no identifica en tantos restos humanos (huesos sobre huesos, ¡qué digo!, ¡montones, pilas!) ningún rastro de muerte violenta. Si estuviera con los ojos hacia la ventana, Caterina vería una franja lechosa surgiendo por encima del bosque, vería cómo palidecen las estrellas, pero ella está con los ojos clavados en el techo y distingue claramente, por detrás, la silueta del forense, con un trasero inusualmente grande para un hombre, con las caderas más anchas que los hombros, una silueta *beige*, como su sempiterno traje. Tira al suelo el pequeño manuscrito, es lo que le pidieron en redacción, veintiuna líneas, apaga la lamparita, se hace un ovillo debajo de la manta, la mano derecha toca por casualidad el seno izquierdo, se detiene allí, ¡qué lástima que los falos no sean de hueso! ¡Entonces esta fosa común ya no sería tan insoportable! También sigue despierto un pensamiento: en tres días cumplirá treinta y tres años y justo entonces, no por casualidad, el jefe de la sección socioeconómica del periódico llegará también en comisión de servicios allí. Por primera vez, ella y Pati, ajenos a colegas, lectores, su mujer, sus hijos y nietos, harán el amor en una cama. No en mesas, no entre máquinas de escribir, no con la puerta cerrada con llave.

El viento es fresquito y parece tener gusto de zarzamora, la barca pasa al lado de un chopo blanco, por encima del agua hay dispersas franjas de bruma,

cachorros de niebla, ¡qué noche negruzco azulada, como la tinta china! La barca avanza por un decorado oscuro de hierbas y matas descoloridas, ¡ah, qué hábil es su barquita de doce baos! Ni la corriente se le resiste, está todo tan tranquilo, pero se oyen bastantes cosas desde las riberas, sonidos que no todos los oídos oyen, un silbido flojo, crujidos, un aleteo, muchos, chasquidos de broza, Andriuşa los descifra por turno, un mochuelo, una rata almizclera, una pareja de gallinas de agua, un cerdo, el aire de la laguna le llena el pecho, se escurre fresco y dulzón hacia la barriga, brazos y pantorrillas, es como si respirara con todo el cuerpo, se vuelve ligero, muy ligero, él mismo vuela por encima del canal Kaţavaia, junto con las telarañas. Más tarde está de nuevo en la barca, atraviesa un cañaveral, está de pie y empuja con la pértiga el fondo pantanoso, tiene el lucero del alba justo delante de los ojos, le grita en ruso: ¿*Kak sebe, krasaviţa!*? ¡*Liubimaia!* [¿Cómo va todo, preciosa!? ¡Querida!]
y, mientras bebe sin parar de una botella de aguardiente, una botella que no sabe cómo ha llegado a sus manos, siente como aquella estrella maravillosa arrastra el bote de pesca por el pantano, le da fuerzas para avanzar como y por donde él quiere. Ha llegado a la boca de un lago pequeño, en absoluto profundo, hace un bochorno justamente bueno en primavera para el desove de las carpas, delante de él hay una nansa, una sola, una de sus nansas nuevas, la reconoce en el acto por la muesca de cuchillo hecha en los círculos de madera de cornejo y por los nudos de la relinga. Se apresura a recogerla y a sacudirla en la barca pero, en cuanto la toca, la siente vibrar, la red se resiste, pesada, tensa, está a punto de escapársele de entre los dedos. Respira jadeante, tiene la cabeza mojada, empapada, como si le salieran gotas de lluvia por los poros de la piel y por las raíces de los cabellos, intenta tomar unos tragos más de aguardiente pero la botella ha desaparecido sin dejar rastro, mira hacia el lucero del alba, ya no lo encuentra en el cielo, en su lugar ha aparecido el rostro preocupado de la abuela Liuba, ¡*babuška!*, ¡*babuška!* [¡abuela!, ¡abuela!], el viento ha cogido ahora gusto a torta de mora, Andriuşa está seguro de que ha cogido un pez grande, escupe y empieza a cantar en voz baja, con voz temblorosa, *Oi, Moroz, Moroz* [*Oh, frío, frío*]. Cogida con cuidado, la red le va obedeciendo poco a poco, se estrecha, viene, los círculos de madera se acercan, aquella criatura de debajo del agua lucha con todas sus fuerzas, podría ser un lucio gigante, rebelde, o un salmón anciano, más largo que su hermana mayor, Verocika. La nansa le desaparece de golpe de delante de la vista y él se queda con el esparavel en la mano, lo ha conseguido, ha cogido el pez, pero lo que hay allí no es un pez, es quizás una nutria, una nutria que habrá entrado en la red buscando alevines, pero tampoco es una

nutria, es algo blanquecino, inerte, no es un ser vivo porque no forcejea, es una cosa o un montón de cosas, el peso le rompe los brazos, en su red se han reunido, ahora lo ve bien, claramente, una pila de huesos humanos, solo cráneos y hay cinco o seis. Andriuşa ya no canta, se ha quedado mudo, el silencio es breve, después grita, grita agudo, y el que se despierta en el pasillo del hotel, en el segundo piso, el soldado Andrei Butîlchin, en su puesto en la puerta de la habitación 211, ha sudado mucho, como si alguien le hubiera mojado con una regadera. Mira a su alrededor confuso, el pasillo está vacío, un fluorescente zumba sin parar, en la ventana de la boca de incendios alguien ha pegado un chicle, mariposas nocturnas intentan entrar por la ventana de su derecha, la que da a las montañas. Se seca la frente con la manga de la chaqueta, se levanta de la moqueta sucia, está entumecido, le duele la espalda por la parte de abajo, enciende un cigarrillo. De detrás de la puerta, dentro de aquella habitación que tiene que vigilar, se oyen pasos, la llave gira en la cerradura, el picaporte se mueve y aparece la silueta enjuta del fiscal militar Spîru, dos ojos nebulosos, pómulos afilados y una boca grande, encima de un pijama marrón, con el botón de la solapa roto. El soldado Butîlchin oye ¿qué?, ¿qué?, ¿qué ha pasado?, responde que estaba soñando, oye alguna palabrota, no responde nada, ve cómo le dan con la puerta en las narices. Mira el reloj, ¡son las tres menos veinte de la madrugada! ¡Dios mío!, cómo ha pasado el tiempo, un poco más y llegará el último plantón. Se pasea por el largo y mal iluminado pasillo, una y otra vez, ocho vueltas, catorce, veintiséis, después ya no sabe cuántas, ha perdido la cuenta, caminar le hace bien, el dolor de espalda le ha abandonado y la imagen de la nansa ya no le asusta. Huesos humanos ha visto suficientes últimamente y volverá a ver al día siguiente y al otro y así sucesivamente, cuando será conducido a aquella desgraciada fosa un pelotón entero de gendarmes. Al fin y al cabo está bien así, eso no es trabajo, con una espátula en lugar de pala, con bolsitas de plástico en lugar de sacos o de carretillas, con todo tipo de descansos, cuando los fiscales se ponen a pelear o cuando al forense le viene alguna idea o cuando aparece el jefe de policía, el gordo aquel rojo como un cangrejo hervido. ¡Oh, y qué buenos que son los muros, las ruinas! Te escabulles hacia la ciudad en el acto, a por bebida, a por tabaco, a por pan, te escurres hacia la entrada del bosque y dormitas un poco, por lo menos te tumbas en la hierba, a la sombra, después de que el teniente se ponga las gafas en la nariz y empiece a leer los periódicos. Que la instrucción y las alarmas de cuartel, que las semanas de guardia, seis horas en el puesto, seis en vela, seis de dormir o, peor, seis y seis y punto, sin dormir, cuando ocurre no se sabe qué, mejor

soportar a Spiru. Está lisiado, es un fantasma, es un canalla, grita, mueve los brazos como un poseso, le chisporrotean los ojos, una vez cada diez noches estás de plantón en su puerta, ha convencido a su comandante, de los gendarmes, de que está en peligro y necesita protección, no te vas nunca sin lustrarle los zapatos y sin cepillar el uniforme de coronel-magistrado. Le insultas en tus adentros, después se te pasa. Vale la pena que se te pase por lo menos por aquel viejo que siempre está entre ellos y anota algo en una libreta azul, pero no nada malo, como creyeron al principio, porque el teniente no castigó a nadie después de que hubieran hablado con él, con aquel viejo que consigue sacar de sus casillas a los fiscales, sobre todo a Spiru, aquel viejecito, el detenido político, ese que da tabaco a cualquiera que se lo pida y el que una vez, un día de difuntos, puso delante del pelotón al toque de las doce, con el teniente presente, una caja entera de vino. Butîlchin se apoya con las costillas en el alféizar de la ventana, en algún lugar arriba, lejos, centellea una lucecita, ha oído que es una cabaña, se ha jurado que no llegará nunca allí, no puede soportar estas montañas, ninguna montaña, ¿qué habrá pasado con la estrella del sueño? Era el lucero del alba, que se convirtió en la abuela Liuba, ¡babuška!, ¡babuška!, comería ahora mismo cinco bandejas de torta de moras.

No es necesario congelar la imagen porque en la habitación 211, a excepción de una araña diminuta, no se mueve nada. La ventana está cerrada, la tapan las cortinas, la corriente de aire es débil, no puede ni mover la servilleta arrugada de encima de la mesa, una servilleta blanca, con abetitos lilas, sucia de la cobertura de chocolate de un pastelillo. La imagen está fija, al margen del tiempo: un cuerpo en una posición de sueño profundo, con el brazo izquierdo siguiendo la diagonal de la cama, con el derecho caído hacia el suelo, con las piernas ligeramente dobladas, separadas, en una actitud ecuestre, con una mejilla hundida en la almohada y la otra dejada a voluntad de la noche, a fin de que las sombras se instalen sin reparo en el afilado pómulo, haciendo que parezca, en el espacio arrugado de la piel, ya una topera, ya un peñón saliendo del mar, ya una pila de brasas. Este cuadro podría llamarse *Sueño sin sueños de un coronel-magistrado* o *Jurista durmiendo*. Su sustancia es profundamente estática, y engloba el término convencional de naturaleza muerta, porque el fiscal militar Spiru, en aquel estado nocturno, reúne antes las propiedades de un objeto que las de un ser vivo. El espectro cromático pertenece al gris cenizo, al fin y al cabo todo se encuentra en las inmediaciones de las tinieblas y las únicas fuentes de luz son

la franja amarillenta de debajo de la puerta y el despertador ruso, dotado de una minúscula bombilla. También hay otros detalles. Dos de los dedos de la mano izquierda, el corazón y el anular, tocan la mesita, están extendidos por su superficie brillante, otros dos, el índice y el pulgar, cuelgan en el vacío, como la fruta madura, y el quinto, el meñique, sencillamente no está, solo el muñón de la base de la falange prueba que existió alguna vez. Sin embargo, el dedo está presente en el cuadro bajo la forma de un huesecillo amarillento, idéntico a los huesos y huesecillos que llenan la fosa común del recinto del castro romano, pero un huesecillo privilegiado, convertido en amuleto o *porte-bonheur* para su poseedor de toda la vida, colgado de su cuello por una cadenita de plata. En algún lugar del armario (el cuadro deja también ver algo de lo que, normalmente, no se ve), escondidos en un saquito detrás de las once camisas blancas del coronel, hay muchos, muchísimos dedos meñiques, recogidos con una abnegación sin límite de aquella tumba colectiva. Cada uno de ellos, allí, en el saquito, tiene atado un trocito de papel, donde están escritas la longitud y el grosor, medidas con exactitud (bajo la pila de las once camisas blancas centellea un compás de vara), y en los cuales se pueden leer pensamientos espontáneos del magistrado militar, anotados al añadir cada pieza nueva a la colección. Son textos breves, difícilmente legibles, de los que se puede descifrar alguna cosa: «¿Qué es eso de la prisión?, ¿o trabajos forzados? ¡Tenían que ejecutarlos a todos!, ¡todos!, ¡apestosos!», «¡Me duele la cabeza! ¡Me duele horriblemente la cabeza!», «... y ahora viene un preso y me explica lo que tengo que hacer...», «¿Y qué si te he pegado un tiro en la frente, rata?! Te has hecho el desmayado después de la paliza, ¿no? Me has mordido y me has robado el dedo..., también yo les robo a estos los dedos, rata», «¡La vida es una mierda! ¡Me duele la cabeza!». Otro detalle se refiere a la araña (el cuadro no detiene su movimiento, no deforma su ritmo ni tampoco sus espacios). Es un insecto temerario, más pequeño que un guisante, que se ha aventurado a cruzar el techo, desde los rieles de las cortinas de encima de la ventana hacia la fotografía que representa la presa hidráulica de las Puertas de Hierro I^[2], con la misma audacia con que los antiguos navegantes ibéricos surcaban los océanos. Tiene dieciséis patas pero parece encontrar apoyo y fuerza sobre todo en el par de delante y en el dorsal. El vestido rayado, líneas color café sobre un fondo marrón, se parece también en parte, aunque no en los colores, al uniforme típico de los marineros. La araña no tiene pensado tejer una tela, ni el hambre ni la caza, por lo menos como instintos, parecen preocuparla. Todo es una cuestión de esfuerzo, de orientación, de tenacidad. Su desplazamiento va acompañado desde abajo,

desde la zona de la cama (el cuadro no reprime los ruidos, no los atenúa), por un ronquido extraño. La nariz chata del fiscal, con ventanas grandes, abiertas, tiene demasiado poco que ver con aquellos sonidos, más bien la boca es la que deja que inunden la habitación. Lo que se oye, si las referencias fueran zoológicas, por muy ricas que fueran (animales exóticos o autóctonos, salvajes o domésticos, terrestres o acuáticos, voladores o no), no se parece, como suele suceder, a la lengua de los cerdos, no se parece de hecho a nada conocido. Cuando la araña llega finalmente al extremo oeste del techo y desaparece cansada detrás de la fotografía de la presa de las Puertas de Hierro I, el ronquido se para, justo después del grito de detrás de la puerta. El coronel salta de la cama, enciende la luz (el cuadro se descompone) y sale a toda prisa en su pijama con el botón de la solapa roto al pasillo del hotel. Descubre allí a un soldado enclenque, con los ojos hinchados, echando bocanadas de un cigarrillo, un jovencito que le explica asustado que ha tenido un sueño feo. Le insulta y desaparece. El despertador, ¡oh!, ¡cuánto tiempo ha pasado desde que lo compró! ¡En Leningrado, cuando era estudiante!, marca las tres menos veinte de la madrugada. ¡Vaya mierda!

3

¡Qué fastidioso era el silencio de la tía Paulina! Sus suspiros eran más largos que de costumbre, como silbidos, levantaba ofuscada la barbilla y miraba al techo cada vez que yo estaba cerca, cocinaba únicamente mis platos preferidos, que compartía, todavía humeantes, con vecinos y perros callejeros. No tuve otra opción y, después de bastantes aplazamientos, un día lluvioso, un jueves para ser exactos, tuve que visitar a Eugenia Embury. Llamé mucho a la puerta, fuerte, llamé también a una de las ventanas, no porque deseara a toda costa que me abriera, sino para ahorrarle a Paulina un arrebató de indignación cuando le hubiera explicado que el timbre estaba roto y que su amiga no había oído mis gentiles golpes. En los días feos pasan no obstante cosas bonitas. Me recibió una chica despeinada a la que seguro que había despertado de su sueño: la nieta de la señora Embury que, tantos años después de la evasión del camión de los cincuenta y dos gatos, se había librado de los granos y ya no parecía en absoluto enclenque. Su camisón era solo una camisita, no ropa de cuando era niña, pequeña, deshilachada, que todavía llevara entonces, la escena no tenía nada que ver con las películas norcoreanas, era lencería de satén. Contestó dormida a mi hola y al dirigirse al comedor para avisar a su abuela se agachó para acariciar sin prisa un gato. Tenía el trasero como una fresa.

Las cartas estaban extendidas por la mesa formando todo tipo de columnas y mazos, unas boca arriba, otras boca abajo, no comprendía nada de su distribución, de las tazas de té salía humo, las manos de la tía Jeni, blanco amoratadas, manchadas, temblaban un poco y su voz se mezclaba con la voz de un jurisconsulto que sonaba en la radio. La parte contratante tiene la obligación de comunicar cada trimestre a la inspección provincial de trabajo..., alguien de diamantes, un hombre, habla mal de ti a unos amigos o parientes, sabe que estás lejos y que no te puedes defender, lo hace por algo, no lo hace porque sí..., punto be, párrafo tres, queda previsto expresamente que..., tenemos que aclarar qué pasa con este enigma, porque, mira, unas mujeres y un jovencito, un jovencito, sí, no para de salir la sota de copas,

¡hum!, ¡hum!, y tienen buenas intenciones, quieren reunirse y tomar una decisión importante..., depositando una solicitud en el órgano territorial..., ¡por donde quieras!, venga, ¡por donde quieras!, once cartas, no ahora, ¡primero corta!, veremos enseguida qué busca el individuo este..., al problema planteado en la carta de un grupo de jubilados de la localidad..., cinco copas seguidas, la sota y cuatro más, la sota siempre sale, ¿lo ves?, es algo que tiene que ver con una casa, el jovencito puede que le siga el juego al hombre de diamantes y que intente poner a las mujeres en tu contra. El jurisconsulto se había despedido de los oyentes justo cuando yo había terminado el segundo hojaldre con requesón y cuando acababa de saber que tendría que enfrentarme a una indisposición, seguramente un resfriado. En cuanto a la cuestión de la casa, las cosas se habían aclarado antes: el hombre de diamantes intentaba por todos los medios, aprovechándose de la credulidad del jovencito de copas y de la influencia de este sobre el grupo de mujeres, detenerme antes de que la empezara a construir. Para mí, el desenlace era previsible, pero no le dije nada a la vieja, ni una palabra. El hombre de diamantes iba a salirse con la suya ya que no me preocupaban en absoluto los proyectos inmobiliarios. Las zapatillas de la chica eran chinelas de tacón un poco alto, de lino. Cuando se arrimó a la mesa a coger unas cuantas pasas del hojaldre, dobló mucho la pierna izquierda, como al correr. Su talón parecía una manzana.

¡¿Esto son maneras, tú?!, la increpó la tía Jeni, cubrió el plato con una mano y movió amenazante en el aire su bastón de bambú. A continuación nos presentó. Después de decir mi nombre, entero, con la inicial del padre y con los tres nombres, se puso de repente a ladear la cabeza, con los ojos grandes, gigantescos, con la boca torcida, con una lágrima o dos que corrían mejilla abajo. Oírse, no se oía gran cosa: algo así como un sollozo contenido de vez en cuando. Primero me asusté, pero no se trataba de un ataque de corazón ni de nada malo, sencillamente así reía la señora Embury. Nos dijo que, en lugar de como arqueólogo, me iba a presentar como archimandrita. La chica, la nieta, se llamaba Josephina, escrito con *ph* y abreviado por la familia a Jojo. Se fue a otra habitación a estudiar, sin ningunas ganas, como si la hubieran enviado a cortar leña. La vieja golpeó, detrás de ella, el suelo con el bastón y después, jovial, empezó de nuevo a mezclar las cartas. Convenía que le explicara cómo estaban las cosas en realidad, es decir, cómo había llegado a visitarla y, sobre todo, lo que me ponía de los nervios desde hacía muchas semanas. Y le dije, al principio trabándome, más bien con rodeos, después lo más francamente que pude, que no creía lo más mínimo en la adivinación, ni

en la cosa con el café, ni en el echar las cartas, ni en adivinar con caracoles, en nada, que había ido allí solo para contentar a la tía Paulina. Tenía miedo de que se enfureciera y me enviara a paseo, pero su cabeza fue de nuevo presa de aquel cómico meneo y por entre los labios translúcidos volvieron a aparecer los sollozos. Reía. Esta vez con muchas más lágrimas, por ambas mejillas. Cuando se calmó, empujó a un lado de la mesa las tazas de té y el hojaldre, me guiñó un ojo, anda, ¡cuántos pliegues surcaban sus párpados!, se levantó pesadamente de la silla y, a pasos pequeños, se dirigió hacia la cómoda de al lado de la ventana. Volvió con una botella de *brandy* y con dos vasos verdosos, con pie. Brindamos, me besó en la frente y me confesó que siempre se había deshecho por los hombres que no dan gato por liebre.

Pensé en un momento dado, poco después de que el péndulo de Eugenia Embury diera las tres, qué bienvenido sería en los libros de texto un ejercicio imaginativo, como una redacción al revés: reduzca a una noción el siguiente enunciado: ...beber *brandy* cuando puedes estar de cháchara con una persona agradable, hundirte, es decir, entre los cojines blandos y calientes de un sillón, pasar los dedos por la piel de un gato (y gracias a Dios allí dondequiera que te sentaras tenías uno a mano), dar unos sorbos al líquido caoba (sería imperdonable que, en tal texto, apareciera *marrón rojizo*), dejar un tiempo que te pellizque la lengua y el cielo de la boca (¡qué inexpressivo sonaría *paladar!*), dejar que esparza sus aromas y apenas entonces hacerlo desaparecer por el largo y sinuoso tracto digestivo (el verbo *tragar* tampoco pintaría nada), en fin, decir de todo corazón que el jefe de policía es un bandido y un palurdo, decir todo tipo de cosas que normalmente no puedes decir, no como un testimonio, no como una confesión, sino tranquilo, relajado, sencillamente decirlas y que aquella persona agradable te mire con ternura y solidaridad. Yo, por mi parte, a un tal ejercicio, habría respondido sin reservas que se trata de la alegría. Puede que incluso de una alegría rara. Pero, para hacer una concesión a todos aquellos alumnos de ciudades y pueblos que, enfrentándose también a los mismos deberes, habrían resumido el fragmento con la noción de pereza, influencia del alcohol, ultraje a las fuerzas del orden, gerontofilia o qué sé yo, me habría también conformado en cualquier momento con el concepto de voluptuosidad. Qué demonios, al fin y al cabo una tarde entera había estado contando cómo se interrumpieron las excavaciones arqueológicas en el castro romano y cuánta amargura produce observar los ojos de la gente y cómo se acumula esta amargura en el corazón, en los pulmones y en el estómago como un gas pérfido, capaz de encenderse por sí solo. Describí, por ejemplo, las pupilas pequeñas del señor Titu Maeriu,

anegadas en el iris azul lechoso y en un pasado atormentado, brillando como brasas cada vez que se ponían en duda el origen y la edad de la fosa común. Un brillo mantenido por el celo sobreexcitado, por el miedo de que se profanaran los sufrimientos de los camaradas desaparecidos. En su caso, y la tía Jeni estuvo de acuerdo con mi comparación, le sucedía lo que a los inválidos de guerra que no pueden concebir que otros queden inválidos por una infección de la uña sin tratar o por un accidente en el taller de cerrajería. El señor Maeriu, que había tenido que padecer interrogatorios y prisiones, que sabía como nadie hasta dónde llegaron los hombres del partido con su infamia, no creía de ninguna manera que, esta vez, no se tratara de un crimen político. Con todas sus etiquetas de hoy, ingeniero jubilado, autor de una tesis doctoral sobre la resistencia de los túneles en los estratos de roca sedimentaria, padre, abuelo y, sobre todo, bisabuelo, parecía convencido de que todas las fosas comunes del mundo son consecuencia de ejecuciones sumarias patrocinadas por los comunistas. ¡El pobre —dijo Eugenia— se engaña del todo y tiene tanta razón! ¿Y no es triste, señora, no es triste?, repliqué yo, añadiendo que esta suerte la comparten muchos otros, como el escritor aquel a quien aprecio, pero que no conozco, que he leído siempre, pero no he tenido delante nunca, aquel escritor que firmaba hacía poco un artículo-ensayo sobre los esfuerzos de los gobernantes de ahora por esconder las infamias de sus predecesores comunistas. Quizás el escritor vino repetidas veces aquí, a la ciudad, por el aire cargado de ozono, por el paisaje, por la tranquilidad, quizás también paseó entre las ruinas de la ciudadela pensando en quién sabe qué, en un relato que tenía en marcha, en unos personajes todavía verdes, en las matas de rosales silvestres o en una mujer, pero lo hizo, si es que lo hizo, hacía mucho, cuando no se había abierto el nuevo asentamiento arqueológico y cuando no se habían descubierto aún las osamentas. De hecho, incluso si hubiera venido ayer o anteayer y hubiera pasado todo el tiempo al lado de los montones de huesos y huesecillos, igualmente no habría cambiado de opinión. Aquí hice una pausa, la úlcera resultaba ser no solo un enemigo del diálogo, sino también del monólogo, y mientras estuve masticando el último hojaldre con requesón y pasas, despacio, así como insistía el médico, me di cuenta de que el *brandy*, no ya desde el primer vaso, más tarde, predispone a filosofar. Y entonces me dije: también el escritor comete, inocente y con las mejores intenciones, un error justificado, es decir que trata, en circunstancias nacionales favorables, una situación de hecho confusa, controvertida, partiendo de una verdad general, un tanto vasta, y no de la verdad particular. Como los individuos en el poder,

que menosprecian por naturaleza la moral y la historia reciente, hacen esfuerzos por demostrar que no asistimos a un asesinato, parece lógico que la fosa común de aquí sea fruto de la metralleta. Cuando los ladrones, ladrones probados o por lo menos presuntos, no ladrones desconocidos, gritan que no se trata de un atraco, entonces seguro que es un atraco, debe de haberse imaginado el escritor y ha puesto sobre papel su protesta. La tía Jeni aplaudía delicadamente, con las manos levantadas delante del pecho, gritó: ¡Bravo, querido!, ¡bravo! Y en su cara no se veía rastro de befa. Señor Petrus, te puedes engañar teniendo tanta razón, repitió e invitándome insistentemente a que me quedara a comer, una comida retrasada, faltaba poco para las cuatro, me impidió añadir todavía que el escritor había entendido perfectamente la regla, pero había tenido la mala pata de criticarla al dar con una excepción. A la mesa, poco antes de la sopa de albóndigas, llegó Jojo, trayendo consigo la somnolencia y la inquietud de la estudiante en vísperas de exámenes. Llevaba una bata de raso, sin mangas. Para sus brazos se habrían podido encontrar muchas comparaciones pero en aquel momento me faltaba la imaginación hortícola de antes.

Después de que los vasos verdosos, con pie, volvieran a llenarse, me enteré de que la tía Paulina era una *lady*, inaccesible a las frustraciones, ironías, chismorreos y envidias de muchos, conocidos o desconocidos. ¡Qué explicación tan sencilla! Cuando tenía solo diecisiete años y estaba a punto de terminar el Internado Notre-Dame, no de París, sino de Ploiești, ella, Eugenia, se había enamorado apasionadamente del joven lord Neil Embury, representante de una compañía insular adscrita a las refinerías de la ciudad, había vivido a su lado una fulminante e incandescente historia de amor y, con la bendición de un sacerdote anglicano traído con un avión especial desde Tesalónica, se había convertido en su mujer justo el día en que Chamberlain, estando griposo, había sacado fuerzas, divinas creyó él en un principio, diabólicas, sin duda alguna, pensó pasado un tiempo, para no condenar mediante un comunicado oficial o al menos mediante una carta a las embajadas el amplio despliegue de fuerzas armadas en la zona desmilitarizada de Renania. A Neil, entonces de treinta y un años, poseedor de unas patillas rubias rizadas, de unos quevedos de alabastro, de unos ojos grises (cita: «Como es el cielo de antes de nevar»), de una colección rara de chalinas y de una risa honesta (otra cita: «¿Tú sabes lo que significa reír con libertad? Libre con libertad, libre con libertad..., o sea que no te importe si es adecuado o no...»), le había conocido en la calle Elena Doamna, en el número 34, en la casa del mayor de los hermanos Ionescu, propietarios de la finca Podu-Fe-tii y

de las fábricas de ladrillo refractario de Pleașa. Era una cena apacible durante las vacaciones de Pascua, ella había llegado junto con su padre, el abogado del anfitrión, más concretamente de la sociedad colectiva Hermandad, y ocurrió que se atragantó con una espina, arenque del Danubio al horno. Cundió el pánico, se quedaba sin aire, se apretaba el cuello con ambas manos, una de las invitadas pedía a gritos que trajeran sales, un señor se esforzaba en abrirle la boca para hacerle tragar migas de pan, otro repetía sin cesar, como un gramófono cuya aguja ya no se desliza por el disco, ¡respira hondo!, ¡respira hondo!, alguien, una mujer, tuvo la idea de salpicarle la cara con vino blanco, un pinot gris un poco dulce y, finalmente, de por detrás, sin que se lo esperara, vino una palmada suave, pero precisa, en absoluto dolorosa, pero eficiente y salvadora. La gente aún no había vuelto en sí, seguían agitados, asustados e inútiles a su alrededor, y lord Embury, el que le había aplicado en la nuca aquel golpe providencial, reía a mandíbula batiente, una risa ruidosa y libre, ¿lo entendéis?, una risa libre. Se había sentido extremadamente avergonzada, el resto de la noche no había levantado la vista del plato y sentía que le ardían la frente, las sienes y las mejillas, en algún lugar por encima del tobillo se le clavaban agujas puntiagudas, se imaginaba, veía literalmente una máquina de coser funcionando cuyo pedal pisaba de vez en cuando un pie desconocido, un pie cubierto por unos pantalones de caballero de tela suave, del color de la hulla, calzado con una bota elegante, del mismo negro carbón. Al marchar, azuzada de manera insistente por el industrial Ionescu, el mayor de los hermanos homónimos, y con menor entusiasmo por su padre, se había dirigido a Neil Embury y le había dado las gracias. Con una pronunciación cómica y una gramática abstracta, tocándole el hombro con el dedo anular, el empresario de petróleo había dicho algo sobre Dickens y sobre una espina encantada y le había prometido que le haría una visita al internado para convencerse de que los efectos de su palmada no habían sido más que curativos. La visita habría podido ser corta, convencional, o no ser en absoluto, pero fue de otra manera. En el dormitorio del segundo piso, más de una hora después del toque de apagar las luces, cuando la mayoría de las alumnas dormían y solo algunas seguían agitándose entre las rígidas sábanas en que había penetrado hacía poco el aroma de la primavera, se oyó un leve repiqueteo en la ventana. Ella, Eugenia, estiró la manta por encima de la cara y, en aquella oscuridad total, vio de nuevo la máquina de coser puesta en marcha por la elegante bota negra que le pinchaba encima del tobillo con su infatigable aguja. Se desencadenó un gran alboroto en el dormitorio, los golpes insistían, serenos, iguales a sí mismos, en el fondo luminoso de la

ventana se distinguía un brazo que bajaba desde el alero, los pasos veloces de la madre-pedagoga resonaron por el pasillo, se abrió la puerta, después la ventana, la madre-pedagoga misma abrió la ventana y de arriba, del tejado, apareció un rostro de hombre, hacia abajo, con la frente hacia el suelo y la barbilla hacia el cielo, enmarcado por unos pómulos prominentes, acompañado por una risa alegre y poderosa. La madre-pedagoga parecía una estatua, once de las alumnas del Internado Notre-Dame de Ploiești chillaban, gemían, ahogaban la risa, etcétera, y la número doce de aquel dormitorio, ella, Eugenia, se acercó tranquila a la ventana, puso los pies descalzos y rosados en el alféizar, agarró las manos que se le tendían y se dejó izar hasta el tejado, de teja vidriada, que en los días soleados relucía verdosa. Debía de ser un matiz semejante al de estos vasos, ¿no?, le pregunté a la tía Jeni y ella lo confirmó.

La boda no fue oficiada delante de un altar a pesar de que Neil había intentado organizar algo en la iglesia Cișmeaua Mavrogheni, pero no había conseguido persuadir al párroco para que la misa se desarrollara con el acompañamiento de una banda de *boogie-woogie*, con negros de verdad, y concluyera con los buenos deseos del «*God bless you*». Y entonces la boda religiosa se celebró al lado de una cruz de camino rústica por la cual trepaban brotes de celidonia, casi hasta las palabras en cirílico^[3] talladas en la piedra. Ni Eugenia, que llevaba un vestido rosa y en la cabeza un sombrero blanco floreteado, sin velo, ni lord Embury, vestido con un traje de verano de color huevo de pato, ni el pálido y reticente sacerdote anglicano, sacudido hasta lo inimaginable por el avión que lo había traído desde Tesalónica y después por el automóvil que lo había llevado por campos, entre trigales y plantaciones jóvenes de tabaco, ni aquellos dos testigos, unos actores de tercera recogidos de un café de Bucarest a cambio de unos honorarios considerables, no entendían del texto en eslavo antiguo más que un año, 1851. Sin embargo, Neil había escogido aquel lugar porque formaba parte de la categoría de cosas o sucesos, escasos, que le hacían exclamar *Wonderful!* Había comprobado antaño, en una partida de caza de codornices, que, subiéndote a la pequeña cruz, de solo un metro de alto, saltabas con la vista por encima de aquella línea del horizonte, deslucida, perfilada exclusivamente por cultivos de cereales, y descubrías que se extendían el lago y el bosque de Căldărușani. Justo después de que deslizara la alianza en su dedo, la cogió por la cintura, la levantó como a un bebé hasta encima de la cruz y dejó que hiciera sola el incomparable salto visual. Los ojos de Eugenia se encontraron con un mar de luz, el lago había tomado prestada toda la fuerza del sol de mediodía, mientras que lord Embury, indiferente a la furia que iba dominando al sacerdote (cada

vez con la cara más morada, acabó dando la espalda a los novios y balbuceando algo, seguramente una oración, apretando entre los dedos los Evangelios), tratando a aquellos dos actorzuelos como si no existieran (uno de ellos no paraba de bostezar y destruía lentamente, con la punta del zapato, un hormiguero y el otro, ayudándose de una brizna de paja, se limpiaba meticulosamente la suciedad de las uñas), empezó a besar la hebilla de las sandalias blancas, después aquellas tiras de piel rosada de entre las barretas, pasó a los tobillos, les dio muchas vueltas con sus labios, abarcó unas cuantas veces su redondez, subió besando las pantorrillas, las rodillas y el muslo, a veces bajaba, pero regresaba rápido e iba más lejos, hasta que la cabeza se perdió del todo debajo del regazo del vestido rosa, y se quedó bastante tiempo allí.

Es muy posible que la tía Jeni no me hubiera relatado tan al detalle el episodio de la boda pero, en el sillón de su cuarto de estar, llegué a la conclusión de que, así como la úlcera es un enemigo del diálogo, el *brandy* es un aliado de la imaginación, seguramente uno de sus fieles amigos. Lo cierto es que, una vez casada su hija, el abogado de la sociedad colectiva Hermandad, una persona por supuesto pragmática, en cuya manera de ser se habían insinuado muchas de las taras del colegio de abogados y del mundo de los negocios, supo amainar su furia ilimitada y puso punto final a todas las acciones represivas emprendidas contra el empresario de petróleo inglés antes de que este se convirtiera en su yerno. Con un borrador grande, borró todos los momentos negros del pasado cercano: el secuestro de Eugenia del honorable internado Notre-Dame de Ploiești, la fuga de cinco semanas, las noticias contradictorias y del todo insoportables sobre la vida de los enamorados (una señorona, la señora magistrado G., los vio bañándose, desnuditos, en el lago del Monasterio Cernica, justo a la sagrada hora de la santa misa; un oficial superior de gendarmes afirmaba que había fracasado repetidas veces, por varias carreteras, al intentar parar el bólido rojo Duessenberg Straight, de ocho cilindros en línea, cuatro mil novecientos centímetros cúbicos y doscientos sesenta y cinco caballos de potencia, que a veces circulaba, con Neil al volante y Eugenia al lado, a más de doscientos kilómetros por hora; una señora fina, viuda de farmacéutico, la amante del abogado por otra parte, decía que había oído sobre el lord que había perdido una suma fabulosa en el casino de Constanza y después, con Eugenia a cuestas y con una botella de champán en las manos, había recorrido de una punta a otra el malecón, relinchando como un semental; el administrador de la refinería Vega se quejaba de que en su despacho se había amontonado un

buen montón de facturas que el insular tardaba en liquidar y como respuesta a la carta enviada a este había recibido una postal de Viena, que mostraba precisamente a la feliz pareja en los escalones del Palacio Prater; en fin, la madre Theodosia misma, la directora del internado Notre-Dame de Ploiești, no se conformó con la expulsión inmediata de la chica y le hizo una visita al abogado para pedirle en tono imperativo que, en calidad de padre, de ciudadano y de cristiano ortodoxo, pusiera fin por cualquier medio a una relación que había puesto enfermas a sus alumnas). Como suegro de lord Embury y no como padre ultrajado, el abogado se convirtió en otra persona. Después de una rápida, amplia y costosa renovación, puso a disposición de los jóvenes, para su solaz dominical y para las cortas vacaciones, su pequeña casa de campo de Văleni. Ingresó en una cuenta de Eugenia una cantidad importante, prestada por diversos usureros, para que completara su guardarropa de acuerdo con su nuevo estatus. Le regaló al yerno un caballo de carreras, ciertamente no un campeón, sino uno de un pelotón, regalo de un cliente despilfarrador. Todos estos gestos de buena voluntad, que se pretendía que fueran vistos como una expresión de la afección paterna, pero también como un puente entre los descarrios de la juventud y la responsabilidad de la vida familiar, no tuvieron sin embargo eco. La casa de Văleni no estuvo nunca en los trayectos de los recién casados, el caballo se quedó a cargo de los mozos de cuadra del hipódromo sin que el nuevo dueño le prestara atención alguna ni lo apuntara a los derbis de trote, y la cuenta de Eugenia, con todo su simbolismo de ajuar marital, se quedó intacta, acumulando sus buenos intereses. Neil y Eugenia vivían lejos, siempre en otra parte, alimentando sin cesar, por vocación, por distancia y por excentricidad, las conversaciones de salón de la ciudad. En un momento dado, cuando el abogado llevaba guardando cama sus buenos meses (la señora fina, la viuda del farmacéutico, hacía un tiempo que había dirigido su atención a un comerciante de perfumes; la sociedad colectiva Hermandad hacía mucho que estaba representada jurídicamente por otro que vestía toga, etcétera, etcétera), fue informado, por la misma vía de los rumores, de que quizás fuera abuelo. La noticia lo sacó a toda prisa de las sábanas, para furia del médico de cabecera que proclamó con aquella ocasión que la pajarita y la brillantina no valen un comino en la lucha contra la tisis. Fue la última vez que, al telegrafiar a la dirección de Bucarest del empresario de petróleo inglés, una dirección en la que, demasiado bien lo sabía, lord Embury ponía los pies de uvas a peras, el padre intentó descubrir el rastro de su hija. Por la tarde, con mucha fiebre y accesos inusitados de tos, volvió al lecho de dolor, aceptando

con más docilidad que de costumbre las compresas que le ponía la enfermera. Al cabo de tres semanas, el enfermo recibió un sobre sin señas del remitente, un sobre que contenía una fotografía que mostraba a un bebé dormido rodeado, en su camita de miniatura, por ocho gatos. Antes de examinar los rasgos del niño (posteriormente, con la ayuda de una lupa, lo hizo cientos de veces) se apoderó del abogado una insistente sensación de sofoco, debida a un imaginario pelo de animal que sentía flotando por todas partes.

Ella se presentó en el hogar paterno un día caluroso de octubre, al mediodía. Estaba acompañada por el pequeño Jonathan (a quien la primera nodriza, una mujer que respetaba las dinastías y el hojaldre relleno de manzana, habría de llamar Ionatan) y transportaba, en una caja grande de mimbre, los ocho gatos de la fotografía. Neil, que se había vuelto inútil en un país con demasiadas pocas carreteras y campos de golf después de que las refinerías habían pasado a estar bajo control alemán, se había marchado hacia Londres y posteriormente a su condado para preparar la llegada de la elegida por su corazón y del primer nacido. Su marcha había sido forzada, incluso contra reloj, y Eugenia, a pesar de los muchos ruegos e insistencias, había rechazado acompañarlo antes de ver a su padre moribundo al menos una vez más. Y aquí había intervenido la historia, con su horario perfectamente fijado de antemano, con sus derroteros bien trazados para cada uno de nosotros. El amor de ellos dos, largo tiempo fuente inigualable de conversaciones mundanas, de rumores colectivos y de envidia femenina, se transformó en una partícula irrisoria, atrapada, junto a unos cuantos millones más de partículas, en un movimiento caótico. No se trataba del movimiento browniano. Sino de la guerra.

Neil Embury, teniente en las nuevas circunstancias, cayó en acto de servicio en algún lugar de África (hecho que se supo con gran retraso), Eugenia Embury, después de enterrar a su padre ni un mes después del reencuentro, vivió la cruz de la moneda de ser esposa de un lord, primero en versión prusiana, después autóctona, luego rusa y, finalmente, otra vez en la versión de la madre patria. Llegaron el arresto domiciliario, breves detenciones, la abertura de la correspondencia, la confiscación de bienes, interrogatorios, más detenciones, la transformación del encantador niño Jonathan Embury en el adulto Ion Emburescu, tornero aquí, en esta pequeña ciudad de montaña en la que se ha descubierto ahora una fosa común, alcohólico, puede que por esto mismo pasado a mejor vida con ni siquiera cincuenta años. La tía Jeni crio y adoró multitud de gatos, se ocupó de la

educación de su nieta Josephina ya antes de perder a su hijo, buscó y encontró momentos de paz en la jardinería y en los solitarios, hizo siempre un delicioso hojaldre de requesón y pasas, fue invitada cada año, desde la reapertura de la embajada británica hasta hoy, a la fiesta de Navidad, fue cada vez, haciendo caso omiso de los enredos y amenazas de las autoridades, y volvió siempre con pequeños regalos. Como es el *brandy*.

Salí de la casa cuando anocheceía. Hacía frío. Vino conmigo también Jojo, me cogió del brazo y me rogó que la llevara de paseo por el castro romano. ¡Cuánta ropa se había puesto!

CAPÍTULO III

I

Primero levantaba el dedo índice. Y el dedo, lleno de cicatrices, seco como un pescado dejado al aire libre, se detenía unos instantes en el aire, al lado de la sien, después se movía tan decidida y rápidamente que hasta temblaban las alas del sombrero de paja. Poco después de estos gestos (interpretados como purificadores, de atención, reprobadores, presagiosos, de perdón, ejemplares y de un sinfín de maneras más) se le oía decir: *Tres veces ha descendido la Madre de Dios de entre los cielos para darle su apoyo y confianza a Onufrie*. La voz sonaba cada vez igual, ni más alegre, ni más apagada, ni más rápida, ni más lenta. Lo decía un sinnúmero de veces al día, por la mañana, cuando despertaba con una trompeta de hojalata a los discípulos demasiado entregados al sueño, algo más tarde, cuando preparaba los pinceles y la pintura y cuando repartía a sus ayudantes espátulas, paletas y tareas, antes y después del mediodía, cuando ponía su pesada mano, como bendición, sobre las coronillas de los visitantes que no esquivaban el cepillo, al ocaso, cuando todos dejaban de trabajar y se reunían alrededor de un arroz, de un guiso o de un estofado de setas. Lo decía también por la noche, a solas, antes de las oraciones y de irse a dormir, en su choza de cerca del abeto de nueve puntas y de la pequeña sacristía erigida en la base de su tronco. Entonces amenazaba con el índice en dirección a la pared septentrional, porque por la izquierda de los iconos y de la candela creía él que venían los espíritus malignos.

2

¡Cuántas cosas necesitan explicación! Por ejemplo, por qué lleva el padre sombrero y por qué de paja, de alas anchas, cuando el sol no es siempre abrasador y el año es tan largo y tiene tantas estaciones. Antes que nada, debe saberse que desde la edad de seis años (una edad aproximada, porque nadie puede adivinar la fecha de nacimiento de un niño hallado en la ribera de un río), desde un domingo de octubre en que había ido por primera vez a la feria, no había vuelto a ir con la cabeza descubierta. Había visto allí un columpio, osos bailarines con anillos en la nariz, una mujer con las mejillas pintadas y en el vientre desnudo una serpiente gigante colgando del cuello, un hombre disfrazado de dragón tricéfalo a punto en cualquier momento de lanzar llamas por la nariz, dos caballitos regordetes, uno con manchas color café y crines rubias, el otro con barba rosilla y extraordinariamente peludo de rodillas abajo, unos sacos grandes de piel de búfalo, rellenos de arena, en torno a los cuales se apiñaban todos los mocetones para golpearlos con el puño, una pantera con bozal y cadenas de presidiario en las patas, comerciantes, tenderetes y carpas de todo tipo, una pista improvisada de bolos, un enano paseándose con zancos, un sinfín de pasmarotes, una barca que colgaba de un armazón de madera, utilizada como columpio para veinte personas, gitanos a montones, un perrito de pelo ensortijado, con un vestidito, que chillaba al ritmo de un acordeón, unas cuantas mesas en las que no paraban de moverse cartas y billetes arrugados y, en algún sitio entre todo lo demás (esto era lo que recordaba mejor, porque, al dormir en establos, puentes, graneros de maíz, gallineros, donde podía, había pensado en su piel), un viejo que vendía polvos para las chinches, garrapatas, pulgas y piojos. Comió un pan dulce en forma de corazoncito y bebió una jarra de refresco de mijo, limosna de una revendedora, pero lo que entendió de todo aquel día, aunque en la feria quizás le habría convenido más lo contrario, fue que nadie se reía de él si llevaba la cabeza cubierta. Al alba, a punto de salir con la vieja Vuța hacia la feria, la vieja se había detenido refunfuñando en medio del patio, había vuelto al zaguán (no antes de escupirse tres veces en el pecho porque había girado

sobre sus pasos), había revuelto un rato una caja, había sacado de allí un sombrero raído y se lo había calado a él hasta las orejas. No llegó a saber nunca si lo había hecho por compasión, como recompensa porque le llevaba casi doce kilómetros, campo a través, el saco de nueces y piruletas con forma de gallo o para no abochornarse a causa de su particularidad. Sea como fuere, se lo tomó como una buena acción, de entre las mejores de su vida. Se ocupó atentamente del sombrero justo después de volver al pueblo, sin que le importara que aquel harapo brillara por el mucho uso; remendó con hilo rojo, el primero que encontró, los agujeros hechos por las polillas, reforzó las costuras, lo limpió de hilachas y lo apretó para que no le cayera hasta las cejas. No se separó de él durante ocho años y se lo quitaba únicamente por la noche después de asegurarse de que nadie acechaba para verle el pelo. Muy raramente, cuando el sombrero se volvía demasiado pequeño, no tanto porque se hubiera encogido por el agua (lavarlo, no lo lavaba, lo mojaban a veces las lluvias) sino porque él mismo crecía sin parar, aflojaba los refuerzos, material había bastante, al fin y al cabo el difunto había sido una persona testaruda en todos los aspectos. Siguió, durante todo ese tiempo, cortándose la mecha de la coronilla unas cuantas veces al día, escondiéndose, buscando algún lugar, estuviera donde estuviera y pasara lo que pasara, en el que estar a salvo de las miradas de los demás. Llevaba siempre en el bolsillo de los pantalones las tijeras que también tiene ahora, cuando erige un monasterio en humilde homenaje a la Santa Madre de Dios, la que *tres veces ha descendido de entre los cielos para darle su apoyo y confianza*, unas tijeras ya viejas al principio, muy viejas hoy, regalo del pope Nae, el que le puso el mote de Mechado. Es de nuevo difícil de determinar si las tijeras fueron un regalo o una paga dada a un chiquillo, esta vez por aventar y abalear las vainas amarillas de las judías, de las cuales él, el chiquillo, había escogido un miércoles de septiembre de 1931 unas diez fanegas de judías blancas, limpias, a punto para ser hervidas por la mujer del cura. En cualquier caso, en la memoria y en el corazón del adulto que maduró de aquel chiquillo, sigue siendo una buena acción, de entre las mejores de su vida, aunque el pope Nae le había dicho Mechado mucho antes de que le hubiera aceptado en la iglesia y lo hubiera bautizado Gherghe, así como quiso, en recuerdo de un hermano muerto en Turtucaia, la mujer que le había recogido en pañales de la ribera del río y que, ni que fuera por eso, merecía ser considerada su madre adoptiva. Y Mechado le dijeron siempre, nadie le llamó nunca Gherghe, ni siquiera ella, la que lo había encontrado, le había hecho levantar cabeza y, más tarde, como a los doce años, cuando parecía ya un hombre, lo había llevado a la casa del Señor para que no

siguiera siendo un pagano. Pero, desde que se había hecho con el sombrero de la vieja Vuța y hasta que abandonó el pueblo en que todos conocían su particularidad, el apodo fue sonando cada vez más a nombre de persona y menos a escarnio. Esto fue debido a varios sucesos: después de la feria, una tarde, con sus manos como palas, le partió los labios a uno, le amorató la nariz a otro e hizo caminar encorvado al tercero de los chicos que le perseguían y le quitaban de la cabeza el trozo aquel de tela raída; al cabo de ocho meses, cuando al veterinario, un poco mareado después de una misa de difuntos, se le ocurrió estrecharlo entre sus brazos por la callejuela principal y tirarle el sombrero a una zanja, le mordió tan fuerte la mano que tuvo necesidad urgente de cuatro puntos de sutura, otra vez, un otoño frío, con lluvias que se olvidaban de acabar, ardió como por milagro, por la noche, uno de los almiare de dejados en la era por Nițică, el que le había colgado el sombrero de la farola de la taberna y había intentado agarrarlo por la mecha y levantarlo para que lo recuperara; en fin, justo el día del bautizo, cuando se había puesto por primera vez una camisa blanca, una camisa que había pertenecido al otro Gherghe, el que había entregado el alma en Turtucaia, metió el dedo índice, extraordinariamente largo, entonces sin ninguna cicatriz, en el oído izquierdo de la tía Sorica, dejándola medio sorda porque gritaba a voz en cuello que no fuera aceptado en la Iglesia el esbirro del Maligno. Después de aquel último episodio, no se metió nadie más con su sombrero aunque, invisible a los ojos extraños, la mecha de debajo, un pegujón muy tupido de pelo dos dedos por encima de la frente, crecía unos veinte centímetros cada cuatro horas y era cortado, como ahora (cuando ya no se trata del Mechado, ni del bautizado Gherghe, sino del monje Onufrie), con puntualidad de reloj.

En aquel pueblo del llano, del que él se fue para siempre hacia los quince años, así, de repente, una tarde de bochorno y polvo en que en el cielo a falta de nubes no paraban de revolotear y de juntarse bandadas de tordos, habían circulado bastantes historias a propósito de su mecha nunca vista. Una decía, como si un bebé tuviera pelo y no vello, que por aquel pegujón lo habría agarrado su madre verdadera cuando lo tiró sobre las guijas y que, viendo el buen Dios una tal infamia, había marcado el lugar. Otra, en la que debía de creer a pies juntillas la tía Sorica, decía que allí donde mete la cola el diablo no puede crecer nada bueno y que ya sabía la pobre mujer, quienquiera que fuera, por qué abandonó a su hijo. La versión que no dejaba en el olvido el hecho de que Mechado había sido encontrado en el río el segundo día después de San Elias hablaba de la fuerza sin igual del pelo como de un fruto de la

tierra, porque él, el bebé, había estado estirado como una calabaza, ya que con lo pequeñito que era no se sostenía con el trasero ni tampoco andaba a gatas, y las bendiciones del profeta se habían acumulado en su pelo, en lugar de repartirse encima de pepinos y tomates, trigo y centeno. La vieja Silca, a quien acudían todos ignorando al veterinario cuando no lograban escapar de algún defecto y que sacaba el bien y el mal de hierbas, flores y raíces, creía que los brebajes de su pelo (buscaba fervorosamente las mechas que él tiraba cada cuatro horas y rara vez encontraba alguna) curan mejor que cualquier otra cosa los reumatismos, señal de que la mecha no crecía desde la piel, sino desde el hueso de la cabeza, sino incluso desde el cerebro. El pope Nae, interrogado tantas veces sobre el tema, satisfecho por otra parte no solo de cómo aventaba y abaleaba el jovencito las judías, sino también de cómo recogía ciruelas, apilaba sacos de harina de trigo y de maíz, sacaba patatas, almohazaba caballos, cogía carpas, recogía y quemaba la basura, podaba la viña, trasquilaba las ovejas y hacía tantas, tantas otras cosas, se limitaba generalmente a decir que los caminos del Señor son inescrutables. Un Domingo de Ramos, coaccionado por las buenas creyentes a dar su opinión (le habían acorralado en la puerta de la iglesia, vociferando, moviendo las manos, colocándose continuamente los pañuelos de la cabeza, que resbalaban por las frentes sudadas), se puso blanco verde, después rojo, a continuación de nuevo blanco verde (su rostro de grandes mandíbulas y pequeña frente había parecido por un minuto un gigantesco huevo de pato) y había proclamado que el Beso al Leproso era la enseñanza más valiosa de las Santas Escrituras. Por otra parte, en aquellas circunstancias, el pope había buscado al chico entre la multitud, lo había cogido en brazos, le había quitado el sombrero (fue la única vez en que él aceptó dócil que le descubrieran la cabeza) y había besado a disgusto la mecha, que precisamente se acercaba a su longitud máxima de antes del corte, veinte centímetros. Al brillar negro azulado al sol, altivo como un plumero, su pelo que llegaba hasta la coronilla provocó una exclamación colectiva de asombro y calmó a las mujeres. Pero la historia de aquella mecha nunca vista, la historia, y no su mitología, en su forma pura, no viciada por fabulaciones cristianas o por herejías (una forma a la cual demasiado pocos tienen acceso en ausencia de su madre biológica), es completamente distinta. La joven Stanca, la chica con arca de ajuar pequeña y más bien vacía porque era huérfana de padre y tenía cinco hermanos, por lo demás con unas coletas amarillas como la miel que le llegaban hasta la cintura, buena danzadora de *hora*, de rápida sonrisa y dueña de unos ojos dulces, quedó en estado después de sus amores de una semana con un gendarme llegado a su pueblo de

montaña en invierno por un crimen ocurrido en la bodega de la mansión señorial. El feto no quiso salir del vientre ni con vino casero caliente, ni con jugo de bardana, ni con grosellas machacadas en infusión de ruda, así que, poco antes de Pascua, huyó a Buzău y de allí, quizás en carro, a pie, como fuera, a Brăila, donde sabía que vivía una hermana de su padre, a la cual no había visto en su vida. No la encontró. La encontraron en cambio a ella, aterida, hambrienta, sucia y asustada como un perro abandonado, los turcos que vigilaban un silo. Se había preparado un lecho encima de una pila de trigo de unos metros de altura y comía sin parar del hueco de la mano los granos duros y dorados. También Alá es bueno a veces, no tanto como Dios Nuestro Señor, pero también puede él ser bueno cuando se trata de salvar a una criatura vilipendiada que, en solo tres o cuatro días, después de baños calientes y comer como Dios manda, se convierte en una chica linda y trabajadora, sonriente y obediente. La echaron algún tiempo después, cuando la barriga se le había vuelto grande y enojosa. Había llegado un otoño cálido, suave, así que pudo sobrevivir en charcas, entre aguas fétidas y cañaverales, y aprendió cómo se puede ordeñar una vaca salvaje si atas su ternero a una acacia o a un chopo, cómo pueden ser conducidos los cangrejos a la orilla si se les hace oler carroña, cómo se puede coger un salmón viejo, en los remolinos, con un rosal silvestre del tamaño de la palma, cómo se distinguen las setas comestibles de las venenosas utilizando la crucecita de plata del cuello. Había llegado al séptimo mes y no le apetecía nada de lo que no estaba delante de sus ojos, pero, de lo que allí veía, deseaba con toda el alma, temblaba, lloraba, gritaba, se revolcaba por la tierra con olor a menta y podredumbre, rezaba de rodillas, se arrancaba el pelo que le llegaba hasta las rodillas y se arañaba las mejillas por los hígados de pato. Y ello después de que se hubiera parado cerca de su choza, como un descanso incomprensible en su camino hacia lugares sin cierzo ni heladas, una colonia de patos salvajes. Negros azulados, con copetes ridículos, gráciles y terriblemente ruidosos, había tantos que cuando se levantaban por encima del pantano parecía que se oscurecía el cielo. Cada vez que emprendían el vuelo, sin saber si se iban definitivamente o solo se mudaban un poco más allá, en busca de agua tibia y de bancos de peces, ella apretaba los puños con furia hasta que las uñas hacían saltar la piel de las palmas y estas sangraban. Había en la isla, lejos, en el extremo arenoso por la parte de la ciudad, algunas casas y de vez en cuando hacía con sus dueños un negocio sumario: canjeaba huevos por hilo y anzuelos, por cerillas ataba caballos difíciles de atrapar, iba con el regazo lleno de moras, kilos y kilos, y volvía con un cuarto de queroseno. De ellas

obtuvo, de aquellas personas ceñudas y calladas que la miraban como a un espantajo, que se reían de ella y la engañaban continuamente, dos cubos de aguardiente extraído de un montón de hollejos que había quedado al lado de un alambique. Les había ofrecido a cambio un lucio de un metro de largo que todavía se movía. Toda la tarde, con la meticulosidad de una chica acostumbrada a devanar la tela de los capullos de los gusanos de seda, a tejer durante la guerra y a hacer roscones a modo de limosnas, había llenado con los restos fermentados y largamente destilados de ciruelas amarillas las panzas de cientos de pececitos —barbos, salmonetes, rubios, alburnos y alburnos pintados, percas y crías de carpa, balleros, vimbas y bremsas— que habían entrado en su pobre red, obtenida semanas atrás a cambio de un cabrito vivo. Había descubierto los patos cuando anochecía, reunidos en un lago pequeño, a salvo del viento, los había a montones, puede que mil, ya estaban dormitando, alguno graznaba de vez en cuando, tímidamente. Stanca (cuyo nombre no supo el niño que llevaba en el vientre a pesar de que Mechado había soñado con llegar a saberlo, no tanto Gherghe, en absoluto Onufrie) se acercó sin hacer ruido, se mojó y enfangó las pantorrillas al pasar por en medio de juncas todavía verdes y esparció en el agua una capa regular de sus alevines alcoholizados. Los patos no la advirtieron y ella pasó una larga noche de espera, sin sueño, en que no dejó de pensar ni de rezar para que su plan tuviera éxito y durante la cual el fruto de su vientre se retorció como nunca. Por la mañana, cuando el sol se preparaba para salir y la neblina del río se desvanecía, se deshacía en franjas lechosas, la colonia de patos emprendió el vuelo por última vez, con un aleteo terrible. No lo lamentó, porque había recogido cuarenta y nueve aves ebrias. Las destripó y se comió sus hígados crudos; todavía le quedaban cerillas y madera troceada, pero ya no tenía paciencia. Se limpió la boca y las mejillas de restos sangrientos, dio todo lo que había ido acumulando, la red, el queroseno, una manta y una cazuela tiznada para pasar el Danubio con la barca y se puso en marcha a pie, por campos ahora desiertos y ennegrecidos por fuegos, hacia su pueblo de montaña. Por algún lugar del camino, en un bosque de acacias, dio a luz a un niño. Lo envolvió en una tela blanca, la cual, desde la época de Brăila, cuando vivía en el silo, lavaba a diario, y lo puso al sol, en un lecho de ramas y hierba, en la ribera de un río. Ni siquiera se había fijado en que el bebé tenía en la coronilla una mecha larga como toda su cabecita.

Después de adquirir en plena y exclusiva propiedad una boina casi nueva (como ceremoniosamente había formulado el juez de Focșani a quien había limpiado los aleros y cortado dos carros de leña) Gherghe se separó del

sombrero que se había vuelto duro como la hojalata. Aquella paga por subirse al tejado y por darle al hacha no había sido fortuita sino que la había pedido él, insistentemente, para sorpresa del que le había contratado, un hombre corpulento, de mejillas rojas, parecido en muchos aspectos al pope Nae. Quizás al invierno siguiente, cuando toda la leña ardía en estufas de azulejos y de hierro y era de esperar que salieran a la luz, en el cobertizo, tres mechones gruesos de pelo negro azulado, el magistrado entendiera no obstante algo de lo que el chico buscaba, pero qué importancia tenía. El sombrero de la vieja Vuța no llegó a la basura sino que, por la tarde del mismo día, así, descolorido y raído como estaba, fue colocado en el cementerio Maica Precista, bajo una lápida limpia, con unos graciosos ángeles en las esquinas. El 14 de septiembre de 1941, la puesta de sol fue rojo cárdena en Focșani, signo que presagiaba viento, quizás tormenta, pero él no vio los colores del cielo o, si los vio, no tuvo ojos para ellos. Andaba sin parar por las calles (bajo su nombre de pila, de Mechado ya no podía tratarse y Onufrie ni siquiera era imaginado) y, de vez en cuando, se palpaba la cabeza porque ya no sentía la apretura habitual en la frente y en las sienes. Fue con la boina a cuadros de fieltro suave casi un año hasta que aquella ciudad y todas las ciudades por las que pasó, aunque eran lugares donde la gente no conocía su particularidad ni su antiguo apodo, empezaron a parecerle frías y falsas, incluso hostiles. Migraba sin cesar, se dirigía siempre hacia el Nordeste, inconscientemente, porque hacia allí, gracias al curso de la historia, el espacio se había ensanchado y había suficiente lugar para avanzar. Se paró también en Mînaștirea Neamț^[4], no como un homenaje fomentado por la toponimia a los cálculos y alianzas del Mariscal^[5], sino para cobijarse de una lluvia fría que lo había calado hasta los huesos. Y se quedó allí. Primero, conservando sus buenos meses la boina a cuadros amarillo-verdosos que probaba que el juez había aspirado en algún momento a jugar a golf, el chico fue un sirviente cualquiera, llevaba a pastar a rebosantes prados el ganado de la ermita, limpiaba los establos, segaba el heno y recogía en parvas, ordeñaba las vacas, transformaba toros jóvenes con la ayuda de un cuchillo curvado y de un hierro al rojo vivo en bueyes trabajadores y dóciles. Después de las primeras confesiones con el padre Caliop (que durante mucho tiempo fue su confesor, incluso después de que el Mariscal fuera ejecutado, el Rey abdicase y el primer secretario general hubiera nacionalizado la industria), Gherghe fue llamado por el abad del monasterio, Radafir, quien quiso tocar la mecha de veinte centímetros con sus propios dedos, cortarla con sus tijeras para pabilos, comprobar su crecimiento durante un día, cada cuatro horas, y quemarla para

comprobar si el olor era de cerdo chamuscado, lo que habría significado y significó que el chico era un pobre cordero del Señor, o si acaso emanaba miasmas de azufre, lo que, ¡Dios nos libre!, habría indicado del todo otra cosa. Justo después de aquel episodio, el abad le dio consentimiento para entrar en la iglesia con la cabeza cubierta y le ordenó que dejara de tirar por cualquier parte las mechas cortadas de la coronilla, que las recogiera en un saco (seis al día, cuarenta y dos a la semana, ciento ochenta en abril, junio, septiembre y noviembre, ciento ochenta y seis en otros siete meses y ciento sesenta y ocho en febrero, sin contar el ajuste de los años bisiestos) y que se lo entregara personalmente cada vez que el calendario llegara a la cifra 1. A Gherghe nunca le quedó claro qué hacía el abad con tanto pelo. Él renunció a la ropa mundana por el hábito allá por julio del cuarenta y tres y también entonces reemplazó la boina por el bonete. Esta vez no volvió al cementerio sino que escogió como lugar de descanso eterno para la tela a cuadros un hueco en el tronco de un haya apartada, sombría, que conocía de cuando iba con las vacas. El bonete estaba hecho de sayal áspero así que el hermano Onufrie (Gherghe sale por un tiempo de la escena) tuvo que acostumbrarse a un incesante e insoportable picor en la nuca y por encima de las orejas. Pero después del nuevo cambio de nombre tuvo que acostumbrarse también a otras cosas. Como novicio recibía únicamente en las fiestas de guardar un vaso de vino rosado y le estaban prohibidos el orujo, la cachaza, el anís y el aguardiente que antes, durante su peregrinación e incluso en los establos del monasterio, bebía a menudo y con empeño; estaba obligado a leer durante horas seguidas los libros sagrados, aunque al principio apenas distinguía las letras entre ellas y le era imposible ponerlas, él solo, sobre el papel; descubrió que el hambre es atroz no solamente cuando no encuentras trabajo o nadie te da limosna sino también cuando te imponen ayuno absoluto (habiendo sido sorprendido el viernes por la tarde en el ponedero de las gallinas, donde se comía los huevos crudos, había recibido treinta varazos que le escocieron en el trasero y le habían encerrado una semana en una celda estrecha, en la que había encontrado un balde con agua y un cubo); las piernas se le agarrotaban de tanto estar de rodillas, le dolía la cintura de hacer genuflexiones, aprendía oraciones y cantos llenos de palabras ininteligibles, se le secaba la boca diciéndolos o le picaba la garganta pero algunas veces sentía algo, vagamente, en su interior, quizás en el ritmo, en la cadencia o en la melodía, quizás en la manera de ser y el poder de aquellos a quienes iban dirigidos, ni él se daba cuenta, algo que le calentaba el pecho como un té caliente, le hacía temblar la barbilla e incluso sin humo de las velas le humedecía los ojos. El hermano

Onufrie se encontraba entonces en los primeros pasos, milagrosos, del amor, pero como ese sentimiento le había sido ajeno durante diecisiete años recuperaba el tiempo perdido y se comportaba como un niño dispuesto a azuzar y fatigar al ser querido. Una vez, en la iglesia, en un descanso, fregando el entarimado, había pinchado despacio con las tijeras la pierna izquierda del Niño, mientras Este dormía en el pecho de la Virgen. Era la víspera de San Miguel y San Gabriel y, a partir del día siguiente, bajo la tutela de los dos arcángeles, había entrado en un largo y perseverante camino para alcanzar el perdón al final del cual veía más a la Virgen María y menos a Jesús. Habría de depositar, con el tiempo, cientos de ramos de flores al lado de aquel icono, decirle miles de oraciones y mojar tenazmente con lágrimas la estera en que se arrodillaba hasta que apareció una mancha de podredumbre en una de las esquinas. Otra cosa, sin embargo, había afectado su ritmo de vida después de tomar el hábito. Al participar en maitines, vísperas, completas y en el resto de las oraciones, al tener un programa estricto de lectura y de comidas, se había visto obligado a modificar el horario de cortar la mecha. Habían transcurrido a veces, hasta entrar en el nuevo ritmo, siete u ocho horas entre dos cortes del mechón de la coronilla, así que había descubierto qué ocurría con el pelo si lo dejaba crecer a su voluntad. Se volvía blanco rápidamente, se volvía pastoso, después resbalaba como la cera derretida, quemándole la piel de la cabeza y provocándole un dolor como de muelas. Lo curioso es que, exactamente en aquel período de sufrimientos físicos en que tenía que resolver un problema de matemáticas no precisamente sencillo, cómo dividir veinticuatro horas en seis períodos iguales de manera que el final de todos los intervalos le sorprendiera a solas, a salvo de las miradas de los demás, Onufrie descubría qué significa alegría. No era un estado crónico, ni siquiera podía serlo, eran momentos, escasos, imposibles de anticipar o de conservar, en los que no pensaba en nada concreto, no tenía que tratar con personas o hechos, momentos en que todo, en un sentido físico, le dejaba un vacío, y llenaba aquel vacío otra cosa, indefinida. Se olvidaba entonces del picor de la nuca y de encima de las patillas, del sueño, de la mirada severa del abad Radifir, del juego de algunos de los hermanos que metían conejas en la estrecha jaula del conejo, del habla ceceante del padre Caliop, del gusto del caldo de col en salmuera, de las páginas amarillentas y manchadas de los breviarios, del olor de la confitura de fresas y del suero fresco de la leche, de los trabajos e intrigas del monasterio y de un sinfín de otras cosas. Y qué bien se estaba.

Entre el bonete de sayal deshilachado y el sombrero de paja (comprado en un mercado al cabo de unos años del fusilamiento del último Secretario General), también llevó una gorra de soldado sin la estrella de cinco puntas y sin emblema, una toquilla usada, un gorro de piel de rebeco negro, una gorra de dril y otra vez un bonete, totalmente distinto del primero, por la tela suave y agradable al tacto y por el forro de satén. Cada uno de ellos marcó una etapa de su vida, ya se tratara de Gherghe, ya de Onufrie. La gorra de soldado, tan limpia y falta de símbolos militares, indicaba el período de trabajos forzados, inmediatamente posterior al desalojo de los jóvenes del monasterio a fin de curarles el misticismo. La toquilla, con su resonancia femenina, con propensión al travestismo, era el símbolo de la evasión de la mina y de la fuga por territorios llenos de batidas y controles. El gorro tenía un matiz engañoso, hacía pensar en la caza, es decir en el derramamiento de sangre, sin embargo él, desde que había pinchado con las tijeras la pierna del Niño, buscaba fervorosamente el perdón y no habría hecho daño a ninguna criatura (más adelante, como presbítero, cuando una buena cristiana le había dicho con estupefacción y algo de disgusto que tenía un piojo en la barba blanca, Onufrie había respondido: eh, también es una criatura del Señor). En realidad, esa extraña funda de la cabeza, confeccionada de cualquier manera con la piel de un rebeco que había hallado muerto entre unas peñas, recordaba la larga vida anacorética y la búsqueda de escondrijos en las montañas. La gorra no protegió por mucho tiempo la mecha de pelo negro azulado, pero era el símbolo de la reconciliación de Gherghe con el mundo, en el momento en que pudo salir de las grutas alpinas y de los bosques, después de haber entendido que su condena había sido borrada junto con la de otros y que este hecho se llamaba amnistía. Lo siguió el segundo bonete, tan vistoso y cómodo y que no solamente reoficializó el nombre monacal sino que además le permitió vivir en el lugar del que dos decenios antes había sido arrancado bajo la amenaza de los fusiles y metido, junto con otros hermanos, en un camión de toldo caqui. En lo que se refiere al sombrero de paja de alas anchas con el que es visto hoy en día en el claro de Piatra Roșie, allí donde ha construido y pintado una pequeña sacristía al lado de un abeto de nueve puntas y donde, ayudado por discípulos con bozo y granos, se esfuerza por erigir una iglesia y algunas celdas, era la prueba o al menos la consecuencia de la *tercera aparición de la Madre de Dios para darle su apoyo y confianza a Onufrie*.

3

¿Y qué pasaba con el sinfín de cicatrices? Su dedo índice derecho, el que levantaba tan a menudo y movía con ardor, no estaba lleno de cortes normales, obtenidos sin querer durante la realización de alguna tarea o quién sabe cómo, sino que, desde la base y hasta la yema, por la parte carnosa, sin uña, estaba surcado por decenas de líneas horizontales, pequeñas, pegadas unas a otras. Todas eran fruto de su propia mano, la izquierda, claro, y habían sido hechas por sus inseparables tijeras, que le había dado en su niñez el pope Nae por aventar y abalear las vainas de las judías, las tijeras bien afiladas con que se cortaba seis veces al día la mecha de la coronilla y con las que, hacía mucho, justo en la víspera de los Santos Arcángeles Miguel y Gabriel, había perturbado el sueño del pequeño Jesús en el pecho de la Virgen. Cada corte, cerrado con el tiempo y convertido en una fina línea, señalaba un año más transcurrido desde la *segunda aparición de la Madre de Dios para darle su apoyo y confianza a Onufrie*. Cuando había empezado a hacerse muescas en el dedo, una ceremonia dolorosa iniciada en las montañas un 16 de mayo, cuando otros celebran en casa su cumpleaños (lo que en su caso, el de niño abandonado en la ribera de un río, era imposible), había pasado un año justo desde que Santa María se había aparecido al lado del grupo de detenidos que acababan de salir de la mina y, sin ser vista ni oída por nadie más, ni guardianes, ni camaradas, le había empujado a cruzar el patio vacío, sin miedo, y a esconderse en una vagoneta. Las líneas del dedo, apretadas unas contra otras, en buena parte superpuestas, no se podían contar, pero debía de haber unas cincuenta.

CAPÍTULO IV

I

No es forzosamente necesario que Alá o el Profeta recuerden de qué se alimentaba el dromedario del fotógrafo en su país natal, es suficiente que, un día, después de que la cría fuera destetada por su esquelética madre, alguien cuidara de él y no dejara que se muriera. Y desde que llegó aquí, Aladin ha cambiado de tal manera su alimentación que ya no importa qué comía antes de ser vendido y subido a un barco. Sus preferencias ahora son la col hervida, las manzanas y el chocolate pero, viviendo bajo el signo de la camaradería, come cualquier cosa a excepción de lo que constituyen las fobias o reservas culinarias de su amo. Así sucede por ejemplo que, como el señor Saša no puede ver las tripas o evita las peras porque le provocan urticaria, Aladin no ha probado nunca el líquido amarillo blancuzco ni ha disfrutado de la dulce y jugosa fruta. Con su costumbre de tragar todo lo que se le ofrece ha superado desde hace sus buenos años la condición de herbívoro, pero no al estilo del cerdo, al que por su hambre incontenible y por su predisposición a engordar se ha puesto la etiqueta de omnívoro, sino de una manera distinta. Aladin no solo acepta de las manos del fotógrafo y sorbe a gusto un caldo de ternera o de gallina, no solo come cecina de oveja y albóndigas de pescado (haciendo pasar unas y otras por el complicado proceso de rumiar), sino que mastica por Pascua huevos rojos (sin pelar) y, por Navidad, un poco de corteza de cerdo, morcilla o morcillón. Incluso para un animal, en particular el *Camelus dromedarius*, ¿no es esto —pregunta a menudo el señor Saša, tomando una cerveza, un café— una prueba de conversión?

Los dos se conocieron en la Feria del domingo en las afueras de Braşov, en la que el fotógrafo, con sus gafas ahumadas y con un mecánico, examinaba coches extranjeros. No encontró nada que comprar. Había un Opel Kadett gris, con cuatro puertas y mil seiscientos centímetros cúbicos, pero tenía un precio un poco hinchado para el aceite que perdía por la junta de culata. También había un Fiat Punto bastante limpio, blanco, pero tenía un juego sospechoso de volante y el cambio de marchas no iba muy fino. Mientras

daba vueltas por aquel hormiguero, el señor Saša se cansó en un momento dado de examinar motores y carrocerías, de preguntar y escuchar, de regatear, de pedir consejo susurrando o por signos a su acompañante, de recibir empujones entre la muchedumbre y de rozar a todo tipo de desconocidos, de vigilar sus bolsillos. Y se dirigió a donde terminaba el rastro, donde bajo una sombra improvisada, vendían refrescos. Había calmado su sed rápidamente y había encendido un cigarrillo cuando reparó no muy lejos, por encima del techo de una furgoneta, la punta de una giba y una cabeza color café, alargada, al final de la cual los labios y la nariz se movían dejando a la vista unos dientes gigantescos. Aladin era todavía una cría, no una cría que dependiera todavía de la ubre de la madre, pero una cría. Cuando el fotógrafo se acercó, levantó la cola y soltó una boñiga negruzca que aplastó en el acto con las cuatro pezuñas. ¡Esto sí que es suerte! dijo el señor Saša y, a pesar de las protestas del mecánico, contó seiscientos dólares y los depositó en la mano del tipo larguirucho que tenía delante (un electricista que había vuelto hacía unas semanas de Jordania, que había comprado el animal por casi nada en un bazar, no lo había atocinado, sino que se había molestado en transportarlo tres mil cuatrocientos veinte kilómetros, por mar y por tierra, hasta su pueblo de más arriba de Bran). De camino a casa, en una camioneta abierta, el fotógrafo descubrió, al mirar por la ventanilla de detrás de la cabina, que en el cuello del dromedario había ocho puntos blancos, grandes como una avellana, que dibujaban un octógono casi perfecto.

Es difícil determinar cómo y cuánto influenció aquella forma geométrica regular en el destino de Aladin. Ciertamente es sin embargo que su vida puede dividirse en dos grandes períodos, cuya línea de separación no ha sido trazada ni por criterios geográficos (el paso de un continente a otro, de un clima a otro) ni por el poder de las religiones (el abandono del islam por el mundo cristiano) ni según las costumbres del estómago (el paso del fundamentalismo vegetariano a la carne) ni por el devenir de días, meses y años (la transformación de la niñez en madurez). En Aladin el hilo se rompió gracias a una novilla marrón que se encontraba en su primer celo, por la cual derribó la valla de madera del patio y a la cual persiguió por un bosque de hayas y píceas, golpeó, acarició, acorraló en un barranco pedregoso, lleno de ortigas, tocó el morro húmedo y caliente con su lengua áspera, golpeó el muslo con la frente y montó cuando quedó claro qué significan voluntad y deseo en un camello joven. Antes de vivir los dolores del parto, la pobre ternera supo por medio de un veterinario, el sucesor de aquel que había redactado hacía mucho una monografía de la urbe, cuán doloroso es un aborto provocado, sin

anestésicos. El dromedario, para no ser mutilado o envenenado por alguno de los demasiados propietarios de reses (gente que no quería en su hacienda una vaca jorobada ni ningún camello con cuernos y ubres bovinas), con el acuerdo resignado del fotógrafo y por intervención del mismo veterinario falto de veleidades literarias, se quedó sin testículos.

Hasta el día en que, por casualidad, en el recinto del castro salieron a la luz no monedas y vasijas, no espadas, puñales y flechas, no cascos, mallas, adornos y candiles, no figurillas ni tampoco vasijas de templo, sino huesos, miles de huesos de quién sabe cuántos muertos enterrados a la vez, Aladin había sido un habitual de la ciudadela. El señor Saşa iba allí más a menudo que al parque, a la estación de la telesilla del valle o a la cascada, y su registro de ingresos y pagos, el libro de cabecera de cualquier profesión liberal, mostraba claramente que los aficionados a fotografiarse entre las ruinas de las fortificaciones eran más numerosos que en cualquier otro sitio. El dromedario pastaba tranquilamente cerca de los muros de piedra, muchos derrumbados, cubiertos de musgo y hierbas amarillentas, los visitantes le daban todo tipo de cosas, caramelos, ganchitos, napolitanas y galletas, chicles y chocolate, fruta, le ofrecían a veces cigarrillos y él los masticaba gustosamente, sobre todo los mentolados. El fotógrafo intervenía únicamente en un caso, cuando tentaban a Aladin con cerveza, vino o licores fuertes. El alcohol le hacía daño (y el señor Saşa lo sabía), no síntomas de indigestión, mareos o dolores de cabeza, sino como si hubiera vuelto a despertar impetuoso, sin un objetivo concreto, el sentido aquel del que el bisturí del veterinario le había desposeído. Lo que se podía ver en tales situaciones era memorable, son prueba de ello aquellas fotografías en que el dromedario parece tener cinco patas, pero lo que ocurría era espantoso, tan atolondrada era su fuga y tan singulares eran sus bramidos. Generalmente, sin embargo, Aladin se mostraba blando. E incontables eran aquellos —excursionistas de un día o de fin de semana, gente de vacaciones, extranjeros de paso— que deseaban inmortalizar sus cuerpos, rostros, vestimentas y euforias sobre la alfombra árabe situada entre el cuello y la giba del dromedario. Trepaban algo temerosos por una escalerilla de aluminio, después la pequeña escalera era apartada y ellos sonreían al aparato del señor Saşa, sabiendo muy bien que al fondo, cuando la fotografía polaroid cogiera contornos y colores, se divisarían las almenas y las montañas. Cuando surgían disputas relacionadas con el precio, o como simple ejercicio de fantasía, el señor Saşa contaba una historia sobre una ficticia legión romana, formada exclusivamente por egipcios a camello, que habían tomado posesión de

aquellas tierras. Para los interlocutores desconfiados, el fotógrafo hacía referencia a Antonio y Cleopatra.

Los lugareños raramente, muy raramente, se hacían fotos subidos a la espalda de Aladin, lo hacían con reserva y únicamente si la fotografía estaba destinada a un pariente o a un amigo lejano, de ninguna manera al álbum familiar. El dromedario había sido algo fuera de lo común durante no más de una semana después de su aparición en la ciudad, se habían apiñado todos para verlo, se había cotilleado lo suficiente y por todas partes sobre la decisión del señor Saša de comprarlo, después de lo cual lo habían clasificado, lo habían puesto definitivamente en la categoría de cosas y seres que solo merecen desprecio. También se había hablado por poco tiempo de él cuando el episodio de la novilla, pero esto no había significado que su exotismo hubiera resucitado. Hacía poco había ocurrido lo mismo con los bolivianos que tocaban delante del hotel Carmen. Durante tres o cuatro días incontables ojos escudriñadores habían observado las camisas con flores y las capas andinas de piel de llama, las tirillas bordadas y las bufandas, los caramillos, las flautas y las panderetas, los rostros color aceituna, los bigotes negros y poblados y otras tantas orejas aguzadas habían escuchado aquellas melodías extrañas. ¡Estos son gitanos chamuscados!, había gritado una tarde la cajera del cine y había reído fuerte y mofándose, lo justo para provocar a su alrededor otras risas, silbidos y tonterías. Y el tema había quedado zanjado. Afortunadamente para los cinco músicos andinos (como también para Aladin y el fotógrafo, por otra parte) el lugar estaba lleno de turistas.

En la pequeña ciudad de montaña se estaba esperando entonces la llegada de otros sudamericanos, argentinos esta vez, no músicos de la calle, sino de aquella rara especie de investigadores aparecida a mediados de los años ochenta, después del gobierno de cuatro juntas militares, para dar a los asesinados una identidad y a las familias un cuerpo que enterrar.

2

Y no tenía solo el trasero como una fresa y los talones como manzanas, se habían concentrado en Jojo muchas y perfumadas frutas, algunas a la vista, como en una macedonia con nata y un poco de ron, otras escondidas quién sabe dónde, como debajo del glaseado de una tarta. La tarde en que habíamos salido juntos hacia el castro después de las historias y después del *brandy* de Eugenia Embury estaba dispuesto a todo tipo de comparaciones hortícolas, exceptuando especies del gremio de las legumbres, y ella no intentó hacerme cambiar. Me tuvo cogido un rato del brazo, sobre todo porque nada más salir de casa empezó a llover y nos tuvimos que cobijar bajo un solo paraguas. Lo hacía con desenvoltura, el título de lord del abuelo la había dotado seguramente, por vía sanguínea, de la ciencia del acercamiento y del distanciamiento de un desconocido. Por otra parte, jugaba mucho: daba pasos más pequeños, los aceleraba, saltaba charcos o los esquivaba con los brazos levantados como alas, imitaba el trino de los pájaros, los gruñidos y ladridos de los perros que nos íbamos encontrando, respondió alborotada a una bandada de ocas revigorizadas por tanta agua y se rio del motor griposo de un coche, imitando su sonido con los labios. Por el camino había pensado a menudo en callar, me parecía que la estaba aburriendo, pero ella intervenía sin cesar, ¡habla!, ¡habla!, y yo hablaba. Es asombroso cómo conseguí hablar casi tres horas, primero caminando y después en la galería de la cabaña de las ruinas, la casa de los arqueólogos, como la llamaban en la ciudad, donde nos habíamos sentado en las sillas más apartadas (la galería tenía forma cuadrada y nosotros habíamos encontrado la diagonal), hablamos de campañas y estrategias militares romanas, de la vida en las guarniciones aisladas, del espejismo de la capital imperial y de los vicios de los soldados, de adornos e higiene, de castigos y recompensas, de vino. El frutero que tenía delante debía de estar lleno y cargado de variedades porque, más tarde me di cuenta de ello, no dije ni una palabra relacionada con mis obsesiones de entonces, la interrupción de las excavaciones arqueológicas y los controvertidos sucesos de la fosa común. Jojo, con la barbilla apoyada en las manos, me escuchó y

me miró. ¿Qué podían ser sus ojos? ¿Nueces? ¿Higos? Mucho después de que anoheciera (distinguíamos nuestras caras gracias a una farola) me preguntó por qué los romanos no se llevaban consigo durante las guerras y las conquistas de las provincias mujeres fáciles de sus lugares de origen, por lo menos esclavas, para no seguir obligados en las calenturas normales a buscar el fresco con extranjeras y a engendrar tantos pueblos. No supe qué responder. Volvimos también cogidos del brazo aunque ya no llovía y el paraguas estaba cerrado. Fijamos la siguiente cita para quince horas después.

Para la tía Paulina el enigma provocado por los posos de café se aclaró de un modo inesperado. Bajo el fregadero de la cocina, en la pared, se extendía cada vez más grande una mancha mohosa, las gotas se escurrían entre las grietas, así que tuvo que llamar a un fontanero. Había venido un tipo parlanchín, de unos sesenta años, que le besó la mano y no le hizo ascos a una copita de licor de guindas, un canijo simpático que la llamaba vieja (y ella no se enfadaba) y que extendió por el suelo, antes de ponerse a trabajar, tantas herramientas y accesorios que te hacía pensar en una intervención militar. Había utilizado en primer lugar, no antes de ponerse guantes, un pequeño martillo y un escoplo fino de carpintero para madera de fibra blanda. Después de quitar de la pared el estrato viejo de arcilla, había pasado a un trozo de papel de lija, después a unas pinzas de cirujano con las que había apartado los últimos restos de pintura. Cuando llegó a la masilla de cal que rezumaba agua, se levantó de su posición encogida, suspiró y ladeó la cabeza: ¡vieja, es malo!, el desagüe está destrozado, seguramente es el tubo de plomo... Paulina también suspiró, debe de serlo, querido, debe de serlo..., y se sentó impotente en una silla con las manos en el regazo. El canijo alabó el licor de guindas (para obligarla a que le sirviera más), le dio un sorbo, se relamió los labios y escogió de entre sus incontables herramientas una espátula. Nos estaba explicando que tienen que evitarse los choques, los impactos, y predijo en un momento dado que, si la renta no aumentaba, estos dentro de poco tendrán que importar hasta ancianos, no solamente gas natural y trigo. Rascaba despacio la argamasa, hablaba de la última factura del teléfono y del precio de los médicos cuando se oyó un tintín. De la pared, por entre sus manos, cayó al suelo una moneda sucia que rodó hasta la puerta de la cocina. Era un gallo-Marianne de oro. Había sido acuñada indudablemente en la época de Napoleón III, con el grabado galo de rigor y, al menos al principio, había circulado con valor de veinte francos. Sin embargo, la tía Paulina no necesitaba puntualizaciones numismáticas sino agua y valeriana, mientras que el tipo, que tampoco sentía ningún interés por los detalles históricos, vació

deprisa dos copitas de licor de guinda y agarró el martillo. El tubo del desagüe era realmente de plomo y tenía grietas, ¿pero qué importancia tenía en aquel momento?! Ella recogió en una sartén (el primer recipiente más grande que tuvo a mano) ciento ochenta y seis monedas. Reía como una niña («¡Lo ves, hijito, lo ves! ¡Ya volverás tú a reírte de mí, ya volverás a no creerme! Y las adivinaciones... y los sueños..., ¡ya volverás a decir tú que son bobadas!»), iba a gatas, llegó debajo de la mesa y se estiró para mirar debajo del armario con platos y debajo de la nevera, cavó ella misma con una cuchara en el mortero húmedo y quebradizo, golpeó con el martillo los ladrillos para estar segura de que no sonaba a hueco por ningún lado, después, de repente, puso la sartén con las monedas y todo encima de los fogones (ninguno estaba encendido) y se dejó caer en una silla. Temblaba. Y estaba muy pálida. El fontanero se había alejado de la copita, estaba apoyado en el alféizar de la ventana y los brazos le colgaban como cuerdas, miraba con ojos grandes hacia el agujero gris de debajo del fregadero. Me pidió un cigarrillo y cuando iba por la mitad (la tía ya no estaba en la cocina, se había ido a mi habitación, allí donde se encontraba su fotografía nupcial, aquella con las letras «I. F. Kissling, Ploesci, Foto-Glob», y donde podía hablarle a Iorgu y darle las gracias a sus anchas) me confesó que había dejado de fumar hacía diecinueve años. Echaba bocanadas como un colegial en los primeros intentos tabaqueros, no paraba de sacudir la ceniza. Algo más tarde, recibió de parte de la tía Paulina una botella sin abrir de licor de guinda y cinco relucientes monedas que ella había escogido al azar y fregado con los puños de la bata. Por la tarde, cuando nos quedamos a solas, la tía limpió los gallos-Marianne con pasta de dientes y un cepillo, les dio la vuelta por los dos lados, mordió unos cuantos, sacó quién sabe de dónde un mantel de damasco y, en la tela blanca, los dispuso en círculo, en triángulo y en todo tipo de formas geométricas, dibujó con ellos líneas quebradas y espirales, intentó agruparlos en cartuchos de dos, de tres, de cuatro y así sucesivamente, hasta que se cansó y entendió que no lograría ordenarlas a la perfección sin quedarse cada vez con un montón más pequeño. Le expliqué entonces (iba yo también por la tercera copita de licor de guinda) en qué consiste la divisibilidad y qué significa un número primo. Me miró como a alguien a quien le falta un tornillo, sobre todo porque había rechazado con cabezonería («¡Eres un burro, esto es lo que eres!»), me había dicho) que me recompensara de alguna manera. Por primera vez desde que vivía de alquiler allí, llamó a la puerta después de que me hubiera acostado, no me había dormido, abrió un poco, ni siquiera para que le cupiera la cabeza, y susurró: qué tienes tú con la

arqueología esta, querido, en las ciudadelas esas antiguas no encuentras ni siquiera lo que encuentras en la cocina...

Gracias al tesoro de la pared sucedieron muchas cosas en un corto período, aun cuando la tía no siguiera más que en parte los planes hechos aquel frío miércoles cuando había sentido la necesidad de taparse la espalda con la manta color ladrillo y cuando los posos de café, examinados escrupulosamente con la lupa, le habían anunciado que recibiría un dinero inesperado. Bien olvidando las intenciones ejemplarizantes de entonces, bien por incomodidad, bien descubriendo otras prioridades o, quizás, por una gentileza que solo la posesión hace posible, no llevó a cabo las proyectadas lecciones a sus amigas. No le regaló a Paraschiva M., para redefinir su magnanimidad, la imaginaria crucecita de oro con filigrana árabe y piedra negra de turmalina, no traspasó el umbral de salones cosméticos ni de ópticas a fin de rociar con sarcasmo la coquetería de Mioara Fotiade, no compró ropa destinada al veraneo, ninguna maleta de piel de ternera ni un perrito intolerante con los gatos para comunicarle a Eugenia Embury viejos reproches, todavía almacenados. La tía Paulina se comportó comedidamente y temerosa de Dios. Llevó los gallos-Marianne al banco y los cambió por *lei* de curso legal, abrió una cuenta corriente e hizo unos cuantos depósitos con vencimientos e intereses distintos (así es como había resumido los hechos el empleado del banco, un chico fascinado por su propia corbata), cuidó a su familia dentro de la lógica simple del todo queda en casa y de los vínculos contraídos ante el altar. Por giro telegráfico, mandó cantidades importantes a su hermana Lucica y al sobrino Virgil, aquel a quien había soñado seducido por la mujer pelirroja en aquel puente alto, que había empezado a balancearse a lo loco y que se había salvado de electrocutarse (cuando se había quedado dormido en la bañera con el grifo abierto y con el calefactor enchufado) no tanto gracias a los fusibles como descendiendo (en sueños) sobre el campo lleno de flores, envuelto en los rayos entrecruzados de seis soles. Como era de esperar, los dos la llamaron el día en que la cartera les había sonreído en la puerta y había ahuyentado bastantes de sus problemas financieros, intentaban ser lo más agradables posible pero, por las réplicas de la tía, debieron quedar crispados y muertos de curiosidad, mientras ella evitaba hablar sobre el origen del dinero. Hacia el final de la charla le rogó a Lucica que aplazara la visita que tenía pensado hacerle, explicándole que se iría ella misma de viaje; no podía renunciar a lo que había leído claramente en la taza de café, consideraba desde entonces los signos de los posos como órdenes. Antes, sin embargo, de ponerse en camino, antes incluso de haber escogido un destino y

de haberse decidido sobre los otros detalles del viaje (duración, medio de transporte, número de estrellas de las pensiones u hoteles en que pernoctaría, y tantos otros), Paulina se ocupó de la tumba de Iorgu. Cambió la vieja cruz, de hormigón según un soso patrón extendido por todo el cementerio, por una cruz tallada en mármol blanco que no solo tenía su nombre y fotografía en cerámica sino también el de ella, una cruz fina, en la que el maestro escultor había escrito con escoplo un único verso, de Ștefan Octavian Iosif: «Y las nieblas brotan de negros valles». Era un fragmento de la estrofa preferida del difunto, lo que de enigmático y eterno se podía retener de un cuadro bucólico con plañidos de cencerros, una especie de censura del deceso, querido, me había explicado la tía, intentando hacerme entender su benévolo gesto, pero también sus reservas. Por lo demás, al margen de las preferencias líricas o de otra naturaleza del marido, había cercado el lugar eterno con una valla baja de hierro forjado y lo había cubierto de cinias y dalias enanas.

Salió por la puerta una mañana de jueves, temprano, a punto para subir al autocar que paraba a la entrada del parque y que tenía como objetivo último Grecia (ella decía el monte Olimpo para que fuera respetada aquella letra O, tres veces presente en los dibujos de los posos de café). Estaba nublado y hacía viento, manifesté una vez más mi preocupación por el peso del equipaje e insistí en acompañarla, ya no se opuso como en la víspera, lo sabíamos los dos, sin decir nada, que mi ayuda no se refería a la maleta con aroma de naftalina sino a sus nervios. En la estación, alguien más esperaba el autobús hacia Atenas, Atena, la señorita doctora tisióloga, jefa de sección del preventorio de tuberculosis, una mujer de cerca de cincuenta años, baja y enjuta, a quien tía Paulina saludó cordialmente, aunque se conocían tanto como cualquiera se conoce en una ciudad de provincias. Cuando la otra se hubo alejado un poco, lo justo para comprobar los cierres de la maleta, la tía me susurró que se estaban cumpliendo de nuevo las predicciones de la taza en tanto que no disfrutaría de un viaje solitario. ¡Qué contenta estaba, de hecho, de que no fuera a estar sola! Me pidió otra vez que buscara y escuchara a Dumitru M., el marido de Paraschiva, y partió bañada en sudor hacia el plácido aire del Mediterráneo.

Es una bendición estar con Jojo en una casa pequeña y limpia, vieja en muchos aspectos, pero con las paredes recién encaladas, con tres ventanas que dan a levante y al haya hinchada como un pavo, con otras dos orientadas al mediodía, que tiene delante rosas y una mata de jazmín en flor, con la veranda sombreada en la que holgazanean las mecedoras y con el pequeño desván, por el cual se cuelga el ocaso. Debía de ser verano, cerca del solsticio (y lo era),

solo entonces el sol supera la montaña y a continuación, normalmente, se pierde y entra por el triángulo de cristal del tejado. Hay franjas amarillentas o rojizas en el techo, para percibir su movimiento e intensidad tienes que estar tumbado de espaldas, en el suelo o en una de las mecedoras, estrechar entre los brazos a Josephina, no despegarte de aquel sitio ni de aquel encadenamiento hasta que llega la noche. Los colores esparcidos por el fondo blanco te recuerdan guindas o preciosas cerezas, frambuesas o granadas, pero cuando tu piel se pega a su piel, cuando por la espalda, justo por la espina dorsal, le resbala una gotita de sudor en la que destella a su vez el crepúsculo, cuando en una de sus rodillas le sale una mancha donde tu codo ha estado apoyado, cuando en su garganta late temblorosa la campanilla y su ombligo se le encoge, aparecen una tras otra ciruelas, melones, fresas y uvas blancas, albaricoques y manzanas Jonathan y moras y muchas y muchas más. Las mecedoras de Paulina crujen un poco, pero dejan de oírse cuando el sol se apaga como una bombilla, de golpe, y cuando Jojo abre los dedos de las manos como abanicos. Y cada día se cerraba con su ocaso, Jojo y yo encerrados en casa de la tía, mientras ella visitaba templos, monasterios y calas con agua tan clara que sus sufridos ojos, cansados por la edad y por la miopía, distinguían la danza de las algas sobre conchas, sobre cangrejos, sobre peces que despertaban en ella antojos culinarios, una danza ennoblecida por partículas centelleantes de arena que absorbían algo de otro sol, en otro lugar y a otra hora. Eugenia Embury, a quien observaba a menudo en el patio de al lado, sobre todo por las mañanas, cuando regaba las flores (y les arrancaba los pétalos marchitos y les buscaba capullos y las limpiaba de los vástagos vivaces y desvergonzados de los hierbajos), sabía que su nieta había ido a Bucarest para fijar la fecha de un examen importante. En su rostro se distinguía, incluso a distancia, la paz, y cuando cogía en brazos un gato o cuando los llamaba a todos a comer, para nosotros, a falta de *brandy*, surgía una nueva ocasión de tomar un sorbo de té, como homenaje. Con la úlcera lo llevaba mejor, pudiera ser que la ropa y la lencería de mujer joven esparcidas por la casa hubieran tenido un efecto terapéutico desconocido por los médicos. Mi reserva de tabaco estaba sin embargo en las últimas así que busqué en la bolsa con calcetines del armario. Encontré allí una cajetilla de Viceroy (me parecía a las ardillas que olvidan dónde esconden sus provisiones) pero también un sobre en el que Paulina había escrito mi nombre en letras mayúsculas y redondeadas. Dentro había veintidós monedas de oro, de aquellas acuñadas en tiempos de Napoleón III, con un valor inicial de circulación de veinte francos. Quizás la tía había entendido en qué consiste la

divisibilidad, quizás había pensado en la edad de Jojo. Fuera como fuera, ¡tenía tabaco!

3

La tierra era quebradiza y las osamentas se desprendían fácilmente. Los soldados habían trabajado al principio con picos y palas, incluso con una azada (acostumbrados como estaban muchos de ellos a sacar patatas y colinabos), pero después las habían cambiado por herramientas más mansas. Cavaban con espátulas y llanas de albañilería, limpiaban cada hueso o huesecillo con unos cepillos suaves, una especie de pincel. Peor era cuando llovía, porque la fosa común se llenaba de agua. ¡Míralos, cómo se revuelcan en el lodazal!, había resonado el comentario durante un chaparrón, parecen cerdos. Y como que así era; el que había hablado (con una taza en la mano) y su colega (que comía pan tostado) observaban desde la galería de la cabaña (la casa de los arqueólogos, como la llamaban en la ciudad) y los gendarmes, que llevaban gabardinas y botas de caucho por encima del uniforme, chapoteaban en el barro, palpaban la tierra fangosa, habían renunciado a espátulas y cepillos, rascaban directamente con los dedos y lavaban los huesos en los charcos. Alguno resbalaba y se caía, pero esto ocurría pocas veces, generalmente se hacían la zancadilla, se daban empujones, inventaban todo tipo de trucos para tirar al suelo a los que habían quedado más limpios. Esta costumbre provocada por las lluvias, el juego, cesó con la aparición del coronel-magistrado Spiru. Como muchas otras cosas.

En lo que se refiere al cierre del asentamiento arqueológico (que había llegado a mediados de abril al perímetro de la armería), el responsable fue el comandante de la policía local, el pimientito homínido, como lo había llamado un doctorando callado por naturaleza. Y el mismo doctorando, que estudiaba el equipamiento y las técnicas de lucha de las legiones del norte del Danubio, había esbozado después de tres tragos de ron un retrato del policía: bigote poblado, ojos astutos, una barriga en que no crecían cuatrillizos, sino que solamente echaba gases. El mayor había ordenado la interrupción de cualquier actividad en la zona del castro después de que un chaval de once años, buscando lombrices para pescar barbos, hubiera encontrado un cráneo que no parecía ni de perro ni de oveja. Y el chico, que había echado a correr asustado

junto con sus amigos (al hacer aquel descubrimiento registrado y comentado por los periódicos durante la primera semana de las vacaciones de verano), les había gritado también a los arqueólogos algo, breve, mientras trazaban en la hierba el siguiente paso de las excavaciones que los habría acercado a las estancias de la herrería. No habían entendido nada de sus palabras pero más tarde alguien fue de la opinión (se trataba de tía Paulina, en una de sus interminables charlas con su inquilino) que, huyendo como alma que lleva el diablo, el niño les debía de haber echado mal de ojo. Aunque la fosa común se encontraba lejos del asentamiento romano, a más de cien metros, el jefe de policía se había mostrado hostil al sincronismo y a la heurística, como decía el forense, no había permitido que se excavaran el horno ni las habitaciones adyacentes durante sus pesquisas. ¡Y vaya pesquisas! Primero habían aparecido sargentos y brigadas que vigilaban día y noche las ruinas y ahuyentaban a los curiosos, después habían empezado a transportar las osamentas a la sede de la policía, en carretilla, cubiertas todo el camino con un toldo. La opinión del profesor, que situaba el osario alrededor de 1800, no había apaciguado el ímpetu del mayor, ni siquiera le había provocado dudas, aunque pertenecía a uno que había visto muchas más tumbas antiguas o medievales que carteristas había atrapado él. Por otra parte, como universitario ocupadísimo con estudios, conferencias, libros en curso, clases, cancioncillas y crisis de bilis, el profesor se había marchado poco después de aquel episodio, dejando que los demás iluminaran un cerebro desinformado. Y les había dicho esto: ¡chicos, no me gusta el pimiento, metéoslo entre pecho y espalda y ya me avisaréis cuando lo hayáis mandado lejos! Pero el oficial, que no daba un céntimo por las armas de los centuriones (sables, mallas, lanzas, cascos, puñales, escudos, ballestas, catapultas y cuantas más hubiera habido enterradas) no se había dejado encurtir o envinagar: más bien él los cocía a ellos, los chamuscaba a fuego lento como se fríen las berenjenas para la zăkusca^[6]. En tres circunstancias diferentes (escarbándose una oreja, alisándose el bigote, aflojándose el nudo de la corbata) había afirmado que unas latas oxidadas no significan nada comparadas con tantos huesos de hombre. Para permitir la reapertura del asentamiento arqueológico quería un documento aclaratorio sobre aquellos muertos, decenas, puede que cientos, aparecidos en su circunscripción entre una arcilla solo buena para pegar azulejos a las estufas, solicitaba pruebas que dejaran fuera de discusión los revólveres de los comunistas e invalidaran su teoría. Señores, es una lástima, decía periódicamente el forense, ¡demasiada mala sangre para un miliciano! Y daba sorbos al té o café que le servían en la casa de los arqueólogos, siempre

asombrado por la furia de las referencias a un personaje al que, creía él, se le había oxidado el cerebro de tanto comer cebolla.

El médico se contaba entre los pocos aceptados en la galería. Y la galería era umbrosa en los días soleados y seca durante las lluvias. También eran invitados o recibidos allí el señor Saşa, el fotógrafo, que ataba su dromedario a la pequeña barandilla de la escalera, Titu Maeriu, el enviado por los antiguos detenidos políticos a la exhumación de aquellas osamentas desconocidas, unos cuantos periodistas que se inclinaban por la versión de la masacre comunista, pero que habían captado que el jefe de policía únicamente deseaba el ascenso, la nieta de la señora Embury, con su frescor, un biólogo de la ciudad con barba de navegante holandés y arranques irreprimibles contra el mayor después de que perdiera las elecciones locales. Volviendo al forense, no necesariamente a su traje *beige*, en algunas ocasiones se mostraba apacible y no contradecía a nadie. Normalmente, la buena disposición era consecuencia de las noches de hotel en que le visitaba una periodista amante de vinos tintos y de suaves caricias al trasero de él, más ancho que los hombros, tras las cuales dormía como un tronco. Y en uno de aquellos momentos relajados, diurnos, posteriores al cabernet y a los ardores táctiles, había venido con la idea del rompecabezas gigante, de miles o decenas de miles de piezas, en el que trabajaban asiduamente los magistrados militares. ¿Qué quiere decir esto?, había preguntado alguien sin pensarlo, sin sospechar las consecuencias, una descripción larga y afectada en la que el doctor imaginó la fosa común llena hasta el fondo, con todos los restos humanos expuestos por los fiscales sobre la hierba, esparcidos, ocupando el recinto del castro, con el coronel Spiru paseándose entre ellos con las manos a la espalda, cogiendo rara vez un hueso e intentando descubrir su correspondiente, equivocándose muchas veces en los emparejamientos, irritándose y castigando a los pobres gendarmes con órdenes de cuerpo a tierra-firmes o con series de flexiones, sin dejar de andar como en un laberinto, cada vez más deprisa y más confuso, en absoluto dispuesto a renunciar, soñando con un final en que los esqueletos recompuestos estarían alineados juntos, decenas, puede que cientos, cada uno perfectamente recompuesto, sin ningún elemento ausente y en ningún caso con ningún húmero ni mucho menos con ningún metacarpo colocado en otro lugar que el que le correspondiera. Como réplica, una voz desde la galería había propuesto una partida de Macao o de Tabinet^[7]. Y se habían encontrado interesados, entre ellos el dueño del dromedario, porque no se imaginaban que Spiru sustraía él mismo la falange de los dedos meñiques y las escondía bajo un montón de camisas blancas, lo

que le habría impedido (por falta de piezas) terminar con éxito el rompecabezas.

Además del jefe de policía, tampoco los fiscales militares resultaban simpáticos en la casa de los arqueólogos. En cierta ocasión, bajo unas frías ráfagas de viento, un capitán empapado se había esforzado en sonreír y había pedido refugio, pero se le había recomendado que se comprara un paraguas. En otra ocasión, un día de bochorno, el mismo oficial había solicitado un pedazo de sombra, pero se le había enseñado el bosque y se le había hablado de un manantial fresco cerca de un pino. Seguían desde la galería los acontecimientos de la fosa común, no dejaban escapar ningún detalle, ya que si bien les seguía estando prohibido examinar la armería del castro, como mínimo disfrutaban del espectáculo en la compañía que ellos querían. Presenciaron, por ejemplo, el regreso de las osamentas de la comisaría, un regreso sin gloria. Las habían cargado los mismos sargentos y brigadas, también en carretilla, solo que ya no las habían cubierto con el toldo y habían perdido su aire de gallos paseando entre gallinas. Parecían gorriones congelados, que no sabían cómo huir más deprisa de un gato viejo, todavía benévolo, de afilados pómulos y con galones de coronel. Se acercaban despacio, quizás a causa de la cuesta y del peso, volcaban la carretilla donde se les ordenaba y se iban a toda prisa. Como sus trayectos se repetían y no quedaba nunca claro si la escena se desarrollaba por última vez, en la galería de la cabaña se habían hecho considerables apuestas, con las cuales el doctorando, el que estudiaba el equipamiento y las técnicas de lucha de las legiones del norte del Danubio, había ganado una cuarta parte de su salario. Después los arqueólogos fueron testigos «del gran inventario», que había empezado con la colocación de cuatro mesas plegables a los lados de la fosa común, junto a las cuales se apostaban cada mañana los fiscales sin canas. Bajo la supervisión del coronel Spiru, canoso de hacía ya un tiempo, los magistrados repartían entre los soldados bolsas transparentes de diferente tamaño, adaptadas para fémures y tarsos, tibias y sacros, en las que pegaban, al devolverlas, etiquetas blancas con un número de código y con algunas observaciones elementales. Antes de una semana después del comienzo de la operación, a las mesas se sumaron sillas plegables y además había aparecido una tumbona, que podían trasladar a cualquier sitio y que de hecho llevaban por todas partes según las insinuaciones o antojos del coronel. Después de haber terminado de sellar e inventariar en libros de registros los montones descargados de la carretilla (y después de convertir en costumbre las comidas en Casa Matilda), los fiscales habían buscado capas de huesos más profundas

en la tierra grumosa. Les interesaba identificar rastros de bala, ponían signos de exclamación en cualquier cráneo partido o con fisuras del que se hubiera podido creer que había sido golpeado. Las cuatro mesas plegables no respetaban las posiciones de los puntos cardinales, pero estaban situadas como en las puntas de una rosa de los vientos de manera que el sol se concentraba por turnos sobre cada uno de los magistrados. Aunque habían elegido sus lugares por orden jerárquico, según la hora y la temperatura de los días de verano, el que era alcanzado por el bochorno sudaba y parecía más concentrado que los demás. Peor era cuando llovía porque la fosa común se llenaba de agua. Entonces los observadores de la galería entraban en la pequeña habitación de la cabaña, la única, que hacía de guardarropa, almacén, comedor, despacho y bastantes otras cosas, intentaban encontrar una silla entre aquel desorden y el gentío de dentro, esperaban a que hirviera cualquier cosa en el cazo del fogón a butano, quizás leche, quizás vino con azúcar y especias, al menos uno de ellos se preguntaba cómo un tal caserón había sido bautizado como la casa de los arqueólogos.

4

Así como la pasión de la farmacéutica por las *Vidas de santos* no era extraña a nadie (escribía cada día en las recetas de los enfermos el nombre conmemorado por el calendario ortodoxo, añadiendo a las descripciones sumarias, llenas de abreviaturas, uno de los sufrimientos padecidos o milagros obrados por el santificado), así como eran sabidas por todos la aversión del señor Saşa por las vacas (desde que habían castrado al dromedario) y la caída del cartero en el vicio de la bebida (después de que su mujer confundiera el sulfato de cobre con el agua bendita y le dejase solo con cuatro hijos, dos en la escuela y dos en la guardería), así como cualquiera sabía que el Piloto, en calidad de secretario del Partido que había sido en un cuartel de aviación, ahora coronel reservista, no había volado nunca, así también Dumitru M. tenía su ficha pública, rica en datos. Era el hombre más anciano de la ciudad (unos hablaban de noventa y cuatro años, otros de noventa y siete, bastantes voces garantizaban que había pasado de los cien, se había llegado también a la especulación de que iba a cumplir ciento ocho), llevaba sombrero y corbata cada vez que salía de casa, caminaba con bastón (iba todavía al cinematógrafo, aunque se dormía con regularidad en la sala, independientemente del tema de la película y por ruidosa que fuera la banda sonora), no se había quedado calvo, comía mucho y pesado (eran testigos las dependientas de los ultramarinos del barrio, donde compraba costilla ahumada, huevos, hígado y riñones de cerdo, mermelada y nueces, muy raramente pescado, solo en la temporada del arenque), había sido dueño como súbdito del rey de una fábrica de tejas y ladrillos refractarios y de unos cuantos terrenos petrolíferos (dos o tres milicianos jubilados juraban que en su carnet de conducir, expedido en el año treinta y cuatro o en el treinta y cinco, en la casilla profesión ponía industrial), y en la época comunista, como jefe de los equipos de alicatado de Sovrom y después de los equipos de carreteras del Consejo Popular, había sido una persona alegre y permisiva (que creía a pies juntillas que los males tienen que dejarse atrás y hacía a menudo un gesto con la mano señalando el culo). Corrían sin embargo

informaciones privilegiadas relacionadas con él, como la que decía que desde su habitación de la buhardilla, cazaba fácil y hábilmente palomas, que cocinaba como un chef al horno, con hojas de laurel y salsa de vino blanco. Me había enterado de aquella ocupación por casualidad y en exceso, subiendo una escalera en espiral, oscura, al final de la cual había una puerta a la que había llamado con insistencia. No se apresuró nadie a abrirme, tampoco se había oído ninguna voz que me invitara a pasar, había girado el picaporte como un grosero cualquiera, no tanto porque le hubiera prometido a la tía Paulina que iría allí, como por Jojo, que se había quedado sola un rato, ensimismada en los detalles de la manicura y de la pedicura, extendiendo escrupulosamente su extraño esmalte, verde oliva, obligada a respirar por las ventanas entreabiertas el perfume de la mata de jazmín o las fragancias de los gallineros de los vecinos, según la dirección en que soplaba el viento, y que esperaba la señal acordada del timbre, un toque largo, seguido de tres cortos. Era más bien tarde para visitar al anciano y seguramente inútil, le había buscado una semana antes de la llegada de aquellos antropólogos de Argentina de los que entre todos sabían muy poco y de los que esperaban mucho, una especie de jurado que, de entre tantas versiones contradictorias como había referentes a la fosa común, habrían de proclamar como verdadera solamente una. Y no me había encontrado, al entrar, una estancia vacía o a su inquilino durmiendo como un tronco, sino a un hombre que me observaba intrigado y severo, desde la silla colocada en un lateral de la ventana, detrás de la cortina. Según los parámetros clásicos, su retrato era este: tez blanca como la harina, por la frente le caían mechass también blancas, pero como la mantequilla grasienta, los ojos de color castaño descolorido no se dejaban invadir por las arrugas de las comisuras, la boca se le iba a un lado, lo que revelaba una antigua paresia facial, el mentón salía redondo de entre las mejillas y la papada, la nariz no tenía ninguna forma, ni chata, ni aquilina, ni afilada, ni gruesa, ni grande, ni pequeña, parecía un molde para operaciones de cirugía estética. Por su expresión, aquel retrato emanaba autoridad y calma, concentración, molestia y paciencia, asombro, soberanía, desprendimiento. Dumitru M. no pretendía esconder lo que hacía y no daba explicaciones a un intruso. Me había pedido que buscara un lugar para sentarme en la habitación recalentada por el tejado de chapa, que callara y que no le estorbara. Utilizaba una caña corta y elástica como para pescar luciopercas en verano, en el carrete tenía un hilo de nilón color café, al final del cual colgaba un ancla pequeña, guarnecida con granos de maíz. Ponía de vez en cuando el armazón en el alféizar de la ventana, lo más discretamente

posible, en un lugar cebado con cortezas de pan y unos puñados de grano, miraba en un espejo redondo, colocado al borde del escritorio, para no perderse nada de lo que sucedía fuera al tiempo que él permanecía oculto. Espantaba a los gorriones y a los arrendajos con un silbido corto, salvando el cebo de aquellas aves rapaces, llenas de huesos y cartílagos, mientras esperaba las palomas. Intentaba a veces una especie de gorjeo, pero sus cuerdas vocales, creo (estoy convencido, de hecho), estaban faltas de virtudes seductoras. La primera captura se produjo como a los veinte minutos de haber llegado yo, un potente batir de alas sacudió la cortina, era una paloma torcaz gris, gordita, a la cual retorció rápidamente el pescuezo. Solo entonces el anciano se levantó y me tendió la mano, amable, y me invitó a una taza de té con leche. Había adquirido aquella costumbre, lo dejó claro desde el principio, en los salones de la época anterior a la llegada del comunismo. Algo más tarde, después de decirle lo que esperaba de él y después de que empezara a encoger los hombros y a negar enérgicamente con la cabeza (ni siquiera lamenté que no tuviera ni la más mínima idea de las osamentas del recinto del castro), atrapó otras dos palomas. La última, más bien enjuta, con un collar blanco violeta, se revolvió tan fuerte que derribó el espejo. No se había roto. ¡Qué bien! dijo, habrían sido siete años de desgracias... Y volvió a llenar las tazas, cubrió los pájaros con un paño humedecido en vinagre y, haciendo girar por todas partes aquella pequeña ancla dorada que había cumplido con creces su misión, decidió cambiarla por un anzuelo nuevo. No es como con los labios de los peces, señor mío, tienen picos fuertes, doblan el metal, me explicaba mientras sus dedos se enredaban en los nudos del hilo, una sola vez fue distinto, cuando atrapé una paloma mensajera, tenía los cartílagos frágiles y un mensaje idiota en el anillo de la pata, «Las montañas son altas» o algo así, no pude resistirme a hacer una sopa con comino y estragón, con crema agria —salió dulce— y al colombófilo lo descubrí una semana más tarde, era el Piloto, tal como suponía, se quejaba a unas señoritas en el vestíbulo de correos de que le había desaparecido la paloma mensajera, y había sido tantos años secretario del Partido en diferentes unidades de la aviación, sin despegar ni una sola vez, sin siquiera subirse a una cabina, ¡lo que me alegré! Más tarde, Dumitru M. interrumpió una historia de caza de jabalíes, de antes de la nacionalización y de todo lo demás: cambias las piernas de posición, joven, mueves los zapatos, ¿te estoy aburriendo? ¿Quieres saber dónde está el baño? Le señalé el despertador, hacía tictac en una repisa cerca de su hombro y le dije que si no llegaba en media hora al parque, al sexto banco contando desde la fuente hacia la torre, me arriesgaba a

poner muy triste a alguien. Se había iluminado: ah, o sea que es eso, o sea que es eso, cuando se trata de una mujer no hay nada de qué discutir... Me había levantado para irme y no rechacé la invitación para comer al día siguiente, aunque no tenía prisa por llegar al parque, sino para no perderme la puesta de sol bajo el pequeño desván de casa de Paulina.

Al bajar, más alto que los crujidos de los escalones de madera de abeto se oyó el pestillo de una puerta y me salió al paso Paraschiva, la mujer del anciano, con un chal atado por la cintura, con gafas de miopía grave y con un platito con galletas en las manos. Sabía una infinidad de cosas sobre mí, desde mi nombre hasta las molestias de la úlcera, desde mi profesión hasta mi incapacidad para dejar de fumar, desde mi deseo de ver el asentamiento arqueológico reabierto hasta mi debilidad por la música negra; me lo enumeró todo rápidamente, en una introducción cortés, como si hubiera hecho consideraciones sobre el tiempo. La fuente de información era sin duda la tía, mi muy buena anfitriona y protectora (por lo menos su opinión sobre The Mills Brothers era inconfundible, si no lo eran también las demás), y no me pude abstener de acordarme de ella enfadado, con lo que debí de provocarle hipo en quién sabe qué isla del Mediterráneo, cuando quizás estaba escogiendo su vestido para la cena o cuando se preparaba para escribir postales. En cuanto a Paraschiva M., un ser en quien la senectud no había borrado del todo un lado imperativo (había dirigido antaño las procesiones alpinas de la asociación «Jesús, luz del mundo» y había planeado la construcción de una ermita en la gruta de Santa Verónica), dudo que mereciera como regalo la crucecita con piedra negra de turmalina, tallada en oro con filigrana árabe. Le había dicho que tenía muchísima prisa, que llegaba tarde, y ella me había señalado desde lo alto de las escaleras, para describirme el milagro de las cuchillas de la máquina de picar. Escuchándola y rechazando las galletas que no paraba de ofrecerme, terminé dos cigarrillos. Se había despertado poco después de medianoche, cuando terminaba el ayuno, había esperado hasta la una, una y cuarto, a fin de no ceder enseguida a los antojos del estómago después de semanas de abstinencia, y había intentado picar la carne para albóndigas preparada la noche anterior. Pero la máquina se había bloqueado desde las primeras vueltas de la manivela, la desmontó con dificultad, las manos no le obedecían, había estado a punto de romper la taza con las yemas de huevo, había descubierto que dentro faltaban las cuchillas, aunque se cuidaba de llevarlas a afilar dos veces al año y de que estuvieran siempre en su sitio. Le habían martilleado las sienes, el techo se había inclinado a la izquierda, luego a la derecha («Se parecía a una hamaca vista

desde abajo», afirmaba), había evitado tomarse la tensión con el aparato de la mesita convencida de que leería en la pantalla una cifra preocupante («Un aparato alemán, señor mío, eléctrico, regalo de mi hija...»), había revuelto toda la cocina, había vaciado los armarios, había descargado las estanterías y no había encontrado nada. Mientras estaba hablando, se le encendieron los ojos bajo las gruesas lentes, un mechón de su cuidado peinado se levantó en la frente como una pluma de apache. Había rezado, llorado, después se había tranquilizado pero sin quedarse dormida ni estar para otra cosa, por la mañana había llamado a la mujer de la limpieza, a quien esperaba, y le había pedido que trajera otra máquina de picar. Una azul. La había fijado atentamente a la mesa, la había llenado con los trozos de carne, primero con lo que había recogido del interior de su máquina verde, y había girado el brazo. Se movía como debía, rio, le preguntó a la mujer cómo estaba su nietecita, escuchaba cómo la niña aprendía poesías con bichos y animales, cómo tosía y dibujaba casitas, hasta que saltó un crujido extraño y el mecanismo se negó a seguir funcionando. Había estado a punto de desmayarse, justito cayó sobre una caja (tenía los ojos por otra parte incandescentes: «¡Él explota! ¡Hace mucho que explota porque no me desvío de los sagrados mandamientos! Y el ayuno...»). «¿Quién, señora —pregunté—, su marido?». «¡Nooo, eh, el pobre! Es pecador y cabezota, pero él no, señor mío, el Maligno...»), no se había sentido con fuerzas para nada más, le había ayudado la mujer que había ido a limpiar, de pronto pálida, callada. ¡Pero qué bueno que había sido con ella Dios Nuestro Señor de todos nosotros! De entre las tiras de carne extraídas del embudo de la máquina, en aquel silencio de la cocina, un silencio que chisporroteaba, había salido un objeto con la forma de una crucecita, con la cifra 5 estampada. Señor Petrus, me susurró (y unas cuantas lágrimas llegadas a los labios se unían allí en una gota grande), ¿lo entiende?!, mis cuchillas estaban en la máquina de picar de la pobre mujer y Nuestro Padre que está en los Cielos me la envió como mensajera, para demostrarme que Él no me deja, que me ama. El sol ya no empezaba a ponerse, se estaba poniendo y yo le aconsejé que en el futuro apretara más fuerte las piezas de la máquina de picar.

5

Ya desde su llegada a la ciudad, los antropólogos argentinos contradijeron un sinnúmero de expectativas. Aparecieron de buenas a primeras, con un microbús, una mañana de martes, con lo que decepcionaron a todos los que se habían imaginado un recibimiento festivo en la estación, preparado con tiempo, con banderas blanquiazules como las camisetas a rayas de Batistuta y Maradona, con charanga, con el alcalde llevando la banda tricolor y pronunciando un discurso de bienvenida, con la nueva profesora de francés traduciendo al español y evocando por el bronceado de sus pantorrillas y muslos el color aceituna andino, con niñas ofreciendo flores, con salchichas y cerveza repartidas a los espectadores por la filial local del partido del gobierno. Cuatro de ellos llevaban pantalones vaqueros y el quinto bermudas, la camiseta de uno tenía las mangas recortadas con tijeras, en la camiseta de otro estaba impresa la cara del Papa, en el cuello del más alto se balanceaba una cruz grande como un cáliz, eran en cualquier caso distintos de como suelen aparecer los científicos en la imaginación popular y eran más jóvenes de lo que habrían debido ser. Además, hablar sobre ellos en tercera persona del plural, en género masculino, era correcto, pero no exacto. Porque el grupo reunía tres hombres y dos mujeres, cosa que calmaba en una proporción de casi la mitad los sueños de algunas señoritas de conquistar corazones y de cruzar océanos.

En torno a la fosa común, allí donde había tantas controversias, pasiones y sospechas relacionadas con el tiempo y las circunstancias de la muerte, los cinco habían sido considerados en algún momento unos salvadores. Solo individuos con un aura providencial habrían abandonado las riberas del estuario del Río de la Plata para llegar al otro extremo del mundo (a un castro dejado por Aureliano en manos de los bárbaros y de los siglos), habrían examinado montones de osamentas (inmunes a la historia reciente del lugar en que habían aterrizado) y habrían dado un veredicto clarificador (con enrevesadas consecuencias locales y nacionales). A decir verdad, a la espera del avión que había despegado por encima de dos ríos confluyentes, el Paraná

y el Uruguay, se había perfilado una sola satisfacción general: la historia de la tumba colectiva se acercaba a su fin. Por lo demás, el aparato que se suponía que iba a sobrevolar la pequeña ciudad, las montañas y las fortificaciones romanas había dado lugar a infinitas esperanzas particulares, algunas confesadas, la mayoría secretas. El comandante de policía, por ejemplo, quien seguía propagando monótono y cada vez menos convincente la variante de una ejecución sumaria en los años cincuenta, habría renunciado a muchas cosas en el mundo, hasta a la cebolla, solo por oír a los pasajeros del avión dar fe del crimen político. No le preocupaba que las entrevistas y las declaraciones de las que se ocupaba desde principios de verano pudieran vengarse pronto, transformándole en una caricatura, como el rumor que ya no era rumor, sino información, referente a su paso prematuro a la reserva. Desde la perspectiva de los buscones de lo sensacional y de los creadores de personajes ejemplares, después de haber abonado la versión y los tics del mayor, después de haberle descrito como un justiciero que revelaba un asesinato terrible y se oponía a que borrarán las pistas, la mayoría de los periodistas también apostaban por una conclusión lujosa por parte de los desconocidos del otro hemisferio, deseaban una confirmación para todo lo que habían puesto sobre papel o dicho al micrófono semana tras semana. Titu Maeriu —en las siguientes circunstancias: con años de vida detrás de las rejas, con suplicios padecidos, sabiendo que decenas de miles de otros seres no pudieron soportar lo que era insoportable y partieron al otro mundo, asombrado de que su pretendida libertad de después de la amnistía se hubiera reducido al matrimonio y a una tesis doctoral sobre la resistencia de los túneles en estratos de rocas sedimentarias, convencido de que a los que se habían ido de las prisiones al cielo les habían crecido alas y habían sido puestos a la derecha del Padre, consciente de que no había merecido mucho más que ellos, preguntándose si había sido o no más afortunado, advirtiéndolo a su alrededor qué fácil es todo para las personas que no saben, no se asombran, no están convencidas y no se preguntan— rezaba al buen Dios para que aquellos extranjeros de Buenos Aires no perturbaran la paz de los ángeles y permitieran el homenaje de los asesinados con la hoz y el martillo. En sus largos momentos de soledad, paseando o en la habitación del hotel, había esbozado y después proyectado con todos los detalles de ingeniería ocho variantes del mismo monumento. Lo veía erigido al lado de la fosa común, mirando a levante, representando no el suplicio, sino la luz que le sigue, no las lágrimas de los vivos, sino su reconocimiento.

Todos los demás, los fiscales militares, el forense y los arqueólogos, conocían demasiado bien la edad de las osamentas, en la medida en que tal conocimiento no supone precisión matemática sino un cálculo aproximado, con un margen de error de años o decenios. Y la edad no era dos veces, tampoco tres, sino cuatro o cinco veces mayor que la que calculaban los adeptos de la idea de la masacre postbélica. Los magistrados, el doctor y el historiador intuían también la causa de aquella muerte en masa, suponían además el motivo de una sepultura tan atea, al fin y al cabo se habían abierto fosas comunes también durante la peste de Caragiale^[8] y durante otras incontables plagas. Les era imposible sin embargo que les hicieran caso, a los primeros porque eran asimilados a unos perritos obedientes de los hijos, yernos, nietos y sirvientes de los comunistas, que accedieron al poder después de que padres, suegros, abuelos y protectores fueran perseguidos, a los últimos a causa de su oficio más bien abstracto y del hecho de que no tuvieran ningún papel en el organigrama oficial de las investigaciones. Más aún, la presencia del coronel Spîru al frente del equipo de la fiscalía, un sujeto que (escribían los periódicos) había ido a la escuela en Leningrado y había servido en tribunales militares ya desde su juventud, anulaba también la menor posibilidad de credibilidad. Puede que esto fuera un motivo, no el único, por el cual los arqueólogos preferían la actitud contemplativa, al no tragar a los fiscales, a los que alejaban de la galería de la cabaña como si les olieran los pies. Allí, en la galería, cuando no había gente agradable a la que hiciera daño una tal fantasía (como pudiera ser el enviado por los antiguos detenidos políticos), todos pulían y añadían elementos nuevos a una epopeya que empezaba en la época de los Antoninos, con la adopción que hizo el septuagenario Nerva y el nombramiento como sucesor al trono de Marco Ulpio Trajano, gobernador de Germania Superior, recorría la guerra transdanubiana de los años 101-102, que había hecho posible, en igual medida, castigar de rodillas a los más bravos de entre los tracios y recuperar las insignias perdidas durante la campaña de Cornelio Fusco, enlazaba con la guerra de los años 105-106 por el puente levantado sobre el río por Apolodoro de Damasco, incluía la inauguración el año 133 después de Cristo, en época de Adriano, del acueducto de la colonia Ulpia Traiana Augusta Dacica (hecho que había puesto punto final a un insoportable período de higiene precaria) y la construcción de aquel castro aislado entre montañas (situado ahora en un pequeño balneario), pasaba por la gran retirada del año 271 de la administración, de los plutócratas, de la población urbana y de los ejércitos imperiales, abarcaba las luchas intestinas de Constantinopla, los asedios de

los turcos seljúcidas y el triunfo en 1453 de Mohamed II, iba después a la velocidad de las carabelas hacia las Indias y por un error de navegación de Cristóbal Colón, no de las brújulas, daba con la costa amerindia, se identificaba con la gloria y con la devastación de los conquistadores conducidos por Hernán Cortés, describía el anclaje de unas naves (a las órdenes de Pedro de Mendoza) en un estuario cegador a la salida del sol, que todavía parece hoy, como en febrero de 1532, una llanura de plata, bautizado Río de la Plata, abarcaba la declaración formal de la independencia de Argentina el 9 de julio de 1816 (gracias, en cierto modo, con retraso, a Bonaparte), recorría sin prisa la historia moderna y contemporánea y llegaba a aquellos expertos en la determinación de la antigüedad de unos restos humanos que apagarían la llama provocada por la gigantesca tumba colectiva y harían posible la reanudación de las investigaciones en la armería del castro aislado entre montañas (situado ahora en un pequeño balneario). Dicho brevemente, Trajano (Optimus Princeps) dominaba desde la sombra toda la creación épica de los arqueólogos porque las fortificaciones que albergaban involuntariamente la fosa común llevaban su sello de primer emperador provincial y los cinco expertos de más allá del Atlántico, por su vertiente hispana, que tampoco le era extraña a él teniendo en cuenta que había nacido en la ciudad Itálica (Bética) de España, en el año 53 después de Cristo, podían ser considerados sus descendientes lejanos. En lo que a ellos se refería, los fiscales militares no eran tan imaginativos, sencillamente esperaban que se terminara todo, que quedara claro que no habían intentado falsificar la proveniencia ni la edad de los huesos y luego marchar a casa.

Los antropólogos argentinos padecían una enfermedad nacional crónica, «los desaparecidos», cuya fase aguda, febril, había pasado hacía mucho. Niños de un palmo de altura en los primeros cursos de primaria cuando regresó como presidente Juan Domingo Perón (después de dos decenios de exilio), cuando murió de forma más bien precipitada y lo sustituyó como jefe de la república su última esposa, la tercera, Isabel Martínez (la sucesora de Eva Duarte, la semisantificada ya en vida con el nombre de Evita), testigos inocentes de un encarecimiento de la vida del 355 por ciento, de las huelgas interminables, de las manifestaciones por la calle y de los atentados perpetrados por diferentes facciones insurgentes (que elevaron la cifra de las víctimas, en solo seis estaciones, a 700), ellos, aquellos mocosos, vieron cómo el 24 de marzo de 1976 el teniente general Jorge Rafael Videla, comandante de

las fuerzas armadas y de la junta que acababa de dar un golpe de Estado, se instalaba en el poder y decretaba la ley marcial. Convertidos entre tanto en alumnos de secundaria y asaltados por los discursos oficiales sobre la reinstauración del orden, omitieron de manera infantil fijarse en determinadas cosas y acontecimientos, principalmente en que se podía hablar con fundamento de un declive de la violencia visible. A fin de cuentas, por entonces, hasta 1978 como mínimo, eran solo unos chiquillos tan hipnotizados por El Mundial como por una boa, dispuestos a pelearse y a gastar sus pequeños ahorros en camisetas, relojes, calcomanías y gorras con Gauchito, recortaban de periódicos y revistas las fotografías de sus jugadores favoritos, bebían las palabras de César Luis Menotti, creían en su carisma de estratega, en su corte duro de los maxilares y en sus ojos chispeantes como las eternas nieves del Aconcagua. Y el verano del setenta y ocho, cuando el tan señalado día en el calendario por fin coincidió con el día que había empezado y cuando, al atardecer, se oyó el primer silbato del árbitro, en Rosario, en aquel deslucido R.F.A., 0 Polonia, 0 se volvieron locos del todo. Entre las nubes de confeti que cubrían no solo las tribunas de los estadios en cada batalla del equipo nacional sino el país mismo, bajo aquellas escansiones frenéticas y entrecortadas (imitables fonéticamente más o menos así: ¡¡¡Ar-gen-ti-na!!! ¡¡¡Ar-gen-ti-na!!!), temblaron al lado de sus ídolos que se abrían paso hacia el trofeo supremo, sufrieron terriblemente el fracaso en la fase de grupos contra Italia (más aún cuando uno de cada diez compatriotas suyos era de origen macarrón), se alegraron con lágrimas como semillas de limón con el resultado redentor de 6-0 del partido contra Perú (aunque en algún lugar, en aquel lugar inidentificable anatómicamente, pero llamado fuero interno, sentían gotas de vergüenza por lo menos como granos de café), gritaron hasta perder la conexión con las cuerdas vocales cuando Mario Kempes, con su ondulante melena y con movimientos de puma, marcó el primer gol de la final, ovacionaron los pases mágicos de Ardiles, las tijeras de Luque y las segadas de Passarella (unos indescriptibles movimientos de tango), se mordieron las uñas como si se las arrancaran cuando Nanninga igualó para Holanda, exhalaban un profundo suspiro como sobrevivientes salvados de ahogarse, cuando Rensenbrink envió el balón al larguero en el minuto 90, dieron el paso a la prórroga como un paso hacia la madurez y entraron en estado de trance, junto con toda una nación, cuando el dios Kempes (El Goleador) y Bertoni llevaron el marcador a 3-1 y confiscaron la Copa Jules Rimet, con lo que arrojaban a los argentinos en medio de un régimen militar a la condición de campeones del mundo. Después de aquel momento irrepetible, en que medir

el pulso habría sido imposible a causa de su velocidad, en que el entrenador Menotti era lanzado al cielo por sus creyentes soldados del terreno de juego, y un niño (algo mayor que los futuros antropólogos) sollozaba en el césped desde el puesto de reserva, sin que nadie le prestara atención, aunque habría de ser rebautizado como El Pibe de Oro sobre su nombre real, Diego Armando Maradona, y habría de entrar en la galería de los grandes artistas (por orden alfabético, entre Mann y Marcello), en fin, exactamente en aquel momento se terminó la borrachera del fútbol, se hizo la calma de después del estruendo y del jaleo, los ojos se volvieron a acostumbrar a las caras, a los objetos y a la realidad circundante, parpadearon asombrados, después contrariados y asustados, más tarde espantados. Con el telón de fondo del declive de la violencia visible, la violencia invisible se había desbocado. Se detenía a la gente en autobuses, en aceras concurridas, en parques, en su trabajo, en las mesas de las cervecerías, en los mercados o en el cinematógrafo, algunos todavía disfrutaron de algunas bocanadas de aire familiar en sus propias casas, sobre todo por la noche, cuando los arrancaban de las sábanas, los sacaban a la fuerza por la puerta y los tiraban en furgonetas con reputación de coches fúnebres. No regresaban. Ni al día siguiente, ni al domingo (aunque todos creían que era día de descanso por voluntad divina), ni a la semana, mes o año siguiente. Y los cinco alumnos de secundaria, sin que entonces se conocieran, sin que ninguno supiera de la suerte de los otros y mucho menos supiera cada uno la suerte que le esperaba, fueron alcanzados en aquel período por los gérmenes de la enfermedad de «los desaparecidos», una enfermedad incurable cuando se trata de la desaparición del padre, de un profesor querido, del abuelo, del dependiente de la heladería de la esquina y de un vecino con la costumbre de repartir caramelos a los chiquillos, hacer volar cometas con los niños y jugar a la pelota con aquellos a quienes asomaba el bigote. La enfermedad avanzaba despacio y a escondidas, como muchas de las dolencias pecadoras, no atacaba un órgano vital de los clásicos, sino justamente aquel lugar inidentificable anatómicamente, pero titulado fuero interno, en el que se habían formado unas gotas por lo menos como granos de café después de la victoria amañada del partido contra Perú. Por otra parte, para ellos cinco (que se hallaban todavía en el estadio de dedos independientes y no sospechaban que, juntos, llegarían a formar una mano), aquel partido se transformaba con cada día que pasaba de disparate, de farsa mal dirigida, en el símbolo de la manera de ser de los oficiales superiores y de Jorge Rafael Videla. Un símbolo visible. ¿Pero cómo habría sido un símbolo invisible? La respuesta a esta pregunta, se decían los niños que ya no eran

niños sino adolescentes, la habrían podido dar únicamente los desaparecidos, «los desaparecidos», a condición de haber seguido con vida. En marzo de 1981, las aguas de la junta militar empezaron, sin embargo, de repente, a agitarse, a volverse grises y a estremecerse como en vísperas de una tormenta y Videla fue desposeído de los instrumentos del poder por el teniente general Roberto Viola. Poco después, en su condición de alumnos de colegios laicos o católicos, los cinco ya no encontraron al teniente general al frente del Estado, porque le había cogido el sitio el teniente general Leopoldo Galtieri, mediante un truco de ilusionista. Como el estado de la economía nacional se parecía a un terreno yermo cenagoso y lleno de boñigas (sobre el que habían tenido lugar corridas de toros bajo lluvias abundantes), como la desaparición de uno, de dos, de cincuenta o de cien argentinos se había transformado en la desaparición de treinta mil, como aquellos treinta mil tenían por lo menos trescientos mil parientes y amigos, sin contar conocidos, compadres, el clero, las almas caritativas, los defensores de las causas justas y los maleantes aficionados a las manifestaciones ruidosas, como la República Argentina no contaba con más de treinta y siete millones de almas y los rumores, los vestidos de duelo de las madres y la semisacralización de Evita Perón estaban más vivos que nunca, Leopoldo Galtieri apostó el 2 de abril de 1982 por el segundo gran truco. Y el procedimiento, extremadamente complicado en el sistema contemporáneo del ilusionismo internacional, le salió bien hasta cierto punto, porque confiaba en el sentimiento patriótico de los espectadores, un sentimiento impetuoso y enaltecedor, vigoroso, sin matices ni dudas, guardado en naftalina ya desde la bajada del telón de El Mundial. ¿Qué importaban treinta mil desaparecidos (a lo mejor habían huido con amantes, a lo mejor habían hecho desfalcos y habían decidido esfumarse, a lo mejor habían emigrado, a lo mejor solo habían representado su arresto, a lo mejor, a lo mejor, a lo mejor, quién sabe), qué significaban ellos en comparación con el honor y la bravura de arrancar de las manos de los albinos de los ingleses las islas Malvinas, aquella tierra paradisíaca (por otra parte un tanto estéril y barrida por los vientos), hasta cuyo nombre esos remilgados habían profanado, cambiándolo por el de Falkland Islands? Con semejante telón de fondo, se había vuelto secundario hasta el hecho de que Osvaldo Ardiles, el centrocampista que llevaba (de manera exclusiva) el número 1 en la camiseta y en los corazones de todos, daba lo mejor de sí mismo por un equipo inglés, el Tottenham Hotspur, del cual recibía también el sueldo. Galtieri tenía una sartencita por el mango, y el hundimiento del HMS Sheffield, aquel ultramoderno destructor con las insignias de la Royal Navy, la transformó en

una paella durante una semana o dos, cuyas asas solo había cogido el legendario comandante Manuel Belgrano, uno de los padres de la patria, en septiembre de 1812, en las batallas de Tucumán y de Salta contra los españoles. Los británicos tienen en general un gran sentido del humor, pero no en el campo de batalla y en aquel caso (la primera guerra *live on tv* [en directo por televisión]) se mostraron completamente huraños. No solo el truco no les divirtió, sino que echaron de tal manera por tierra la representación del teniente general, que hicieron que se quemara con las asas y cayera en desgracia ante su propio público. Así ocurrió que el 14 de junio, poco antes del debut de otro El Mundial, España 82 (que los campeones en *titre* [actuales] habrían de abandonar prematuramente y con el rabo entre las piernas), el general de división Reynaldo Bignone asumió con gravedad y sentido de la responsabilidad la función suprema en el Estado. Lo que sin embargo no había advertido nadie durante el segundo número de ilusionismo del señor Galtieri, bajo la fascinación de las olas espumosas y de los obuses que acariciaban las Malvinas, era la existencia de un tercer truco, pequeño, poco espectacular, eclipsado por la grandeza del que se estaba llevando a cabo. Se trataba de la destrucción en cuarteles y en otros espacios del ejército, al amparo de la guerra, de la gran mayoría de los documentos referentes a los desaparecidos. Y ardieron entonces lentamente, sin que los finos remolinos de humo pudieran rivalizar con la hediondez y la niebla de las explosiones, toneladas y toneladas de escritos con el sello «rigurosamente secreto», órdenes de arresto y ejecución, listas y más listas con los nombres de los arrancados de entre sus semejantes como hierbajos o dientes cariados, recomendaciones expresas para el personal de las cámaras de tortura, notas y conclusiones de los interrogatorios, estrategias y disposiciones para borrar el rastro de los muertos, sus biografías y su identidad. También se convirtieron en ceniza papeles que incluían la localización de los centros de detención, se convirtieron en hollín los organigramas de personal y las nóminas, las actas taquigráficas de algunas reuniones del consejo de la junta y del gran Estado Mayor (aunque los dos foros eran uno solo), cintas magnéticas, fotografías y rollos de película, incluso las agendas personales de los oficiales que habían hecho funcionar aquella maquinaria terrible, que no hacía ruido, no se averiaba y producía cantidades inmensas de aflicción. Después sopló el viento y la ceniza se dispersó.

Esta sería una explicación, una entre muchas más, por la cual la extraña enfermedad de «los desaparecidos», privada de las clave referentes a su origen y evolución, prácticamente sin datos del cuadro clínico (como serían,

para otras enfermedades, los resultados de los análisis de sangre, saliva y orina, las radiografías, el nivel de la tensión arterial, etcétera, etcétera), había echado raíces profundas en los cinco alumnos de instituto (y en otros cuantos millones de argentinos) y se había vuelto incurable. En cuanto al general de división Reynaldo Bignone, mientras preparaba el paso atrás de régimen militar a democracia, con cautela y sin precipitación, lo justo para arreglar muchas cosas y que no se organizaran elecciones a toda prisa (al fin y al cabo tiempo había bastante y el fin del mundo no empezaría en el estuario), constató una mañana húmeda de octubre, cuando la gente cruzaba el umbral de los colegios electorales, que se había mantenido dieciséis meses en el poder, que la inflación había saltado por encima del 900 por ciento y que la deuda externa del país (que no tenía que devolver personalmente) había alcanzado cotas sin precedentes. Sonrió y se retiró entre bastidores. Al entrar en escena el mismo día de octubre de 1983, pero ya hacia medianoche, después del anuncio de los resultados preliminares del escrutinio presidencial, Raúl Alfonsín, el líder de la Unión Cívica Radical, sonrió también él. Resucitado por la victoria, extenuado por la campaña electoral, confiando en sus capacidades y en la predestinación. El título de doctor le prestaba algo del optimismo de los médicos recién salidos de la facultad que no dudan que pueden curar hasta los casos desesperados. Al cabo de tan solo dos meses, fue creada la CONADEP (la Comisión Nacional sobre la desaparición de personas), con diez miembros nombrados por el presidente Alfonsín y con otros tres designados por los diputados. El 29 de diciembre, uno de esos días en que este organismo estaba haraganeando al máximo, Ernesto Sábató (el escritor mismo) fue elegido por unanimidad director de aquella comisión que no tenía autorización judicial sino únicamente el papel y el deber de recoger información, de investigar los hechos, de redactar informes periódicos y de transferir a las cortes los expedientes referentes a crímenes. Y ocurrió un fenómeno menos habitual: aunque estuvieron sus buenas semanas constituyendo sus propios departamentos internos (de Testimonios, para Documentación y Procesamiento de Datos, de Procedimientos, el Jurídico y, finalmente, el Administrativo, sin el cual ninguno podía funcionar), la CONADEP no se conformó con las usanzas válidas para todas las comisiones que investigan algo. Más concretamente, no se perdió en la frondosidad de los detalles, no se convirtió en una sala de esgrima (destinada a duelos políticos y de honor) ni tampoco escondió debajo de la alfombra la suciedad acumulada. No obstante, así como hay algo podrido en Dinamarca, seguro que debía de haber algo podrido también en Argentina. El presidente del Senado, por

ejemplo, a diferencia de su homólogo de la Cámara de Diputados, había hecho caso omiso del decreto al cual la comisión debía su nacimiento y se había negado a contarse entre las comadronas y nodrizas de aquel foro independiente, privándolo así del nombre y competencia de otros tres miembros. Siguió, como era previsible, el poner palos a las ruedas, acción insidiosa y oculta, a punto en cualquier momento para impedir el avance del carro y para volcarlo. Parece sin embargo que los radios de las ruedas eran duros, en cualquier caso más duros que los palos que rompían en pedacitos, porque un primer informe de la CONADEP salió de la imprenta en 1984 estremeció en igual medida a la imprenta y a los tipógrafos, a los cinco alumnos de colegios laicos o católicos (ya en el último año o en el penúltimo) y a todos los lectores de lengua española. Más aún, aquel compendio de atrocidades no se redujo al dominio lingüístico original, demostró enseguida a los hablantes de inglés, por medio del editor neoyorquino Farrar Straus and Giroux y con el título *Never Again (Nunca Más)*, que el adjetivo *horrible* tiene acepciones ilimitadas. El texto se basaba en 50 000 páginas de testimonios e investigaciones que había comprimido en incontables casos individuales y en una síntesis general (la descripción detallada de la maquinaria que no hacía ruido, no se averiaba y producía cantidades inmensas de aflicción). En los 340 campos de concentración destinados a los opositores a la junta, anónimos, lo más aislados y perdidos posible en una superficie nacional de 2 780 000 kilómetros cuadrados, las reglas fundamentales habían sido la brutalidad infinita y el capricho absoluto. Todos los arrojados a aquellos infiernos en miniatura habían vivido sus días (de hecho el resto de sus días) atados de pies y manos, casi ciegos a causa de las capuchas que les tapaban los ojos, hambrientos, obligados a yacer sobre sus propios excrementos o sumergidos en las letrinas de los soldados. A los detenidos les era imposible comunicarse unos con otros y los maltratos a que eran sometidos revelaban las frustraciones sexuales de los militares destinados a lugares tan desiertos, iban desde viejos métodos de la inquisición, refinamientos del sadismo asiático hasta técnicas nuevas inspiradas por la corriente eléctrica. Uno de los últimos suplicios, utilizado a menudo durante los años en que tres tenientes generales y un general de división se habían sucedido en la dirección de la república, había consistido en enterrar hasta el cuello los cuerpos extenuados y dejar las cabezas inertes al sol, para que se cocieran y reventaran como sandías. Por las confesiones de los escasos supervivientes se supo que con los interrogatorios ni siquiera se pretendía conseguir informaciones concretas, sino que eran meros pretextos de tortura gratuita, tratados primero como tareas del oficio,

después como formas de ahuyentar el aburrimiento y como deporte en sí mismo, que despertaba la imaginación, las habilidades y la pasión de los jugadores. En un momento dado, surgió, sin embargo, un grave problema táctico: los cadáveres. Para unas mentes que, al amparo de las gorras de plato, habían puesto en marcha (y después a punto) aquel vasto sistema penitenciario (que flotaba de incógnito por encima de tribunales y de prisiones oficiales), la cuestión había de resolverse, e incluso estuvo resuelta por un tiempo, mediante fosas comunes bien escondidas y camufladas. Solo que el número de muertos, elevado, muy elevado, extraordinariamente elevado incluso para los estrategas de toda la operación, ya no permitía la aplicación del plan inicial. Y entonces, especificaba el informe elaborado por la CONADEP, habían sido sacados los aviones del ejército de los hangares y alimentados con combustible, habían sido guiados hasta las pistas de despegue y llenados con una carga poco habitual: cuerpos humanos en las últimas, secos, chupados, hinchados, marchitos, doblados, tumefactos. Los aviones emprendían el vuelo (declaraban los pilotos, que recordaban que todos los niños sueñan más pronto o más tarde en ser pilotos), sobrevolaban tierra firme y parte del océano, abrían las trampillas concebidas para las tropas paracaidistas y soltaban desde grandes altitudes aquellos cuerpos para que se los tragarán las aguas del Atlántico. El caso es que (quizás de ahí los remordimientos de los pilotos y los pensamientos sobre los deseos de los niños) algunos de los muertos no estaban exactamente muertos y sus gemidos y estertores se oían claramente en la cabina antes del salto final. Y había algo más: las viviendas de los desaparecidos habían sido saqueadas y sus propiedades vendidas y vueltas a vender, lo que significaba que la enfermedad de «los desaparecidos» había permitido a algunos, no a los pilotos, en cualquier caso, llenarse los bolsillos y mirar serenamente hacia la vida civil posterior a la vida de uniforme. Entre unas cosas y otras, la comisión traída al mundo (mediante cesárea) por el doctor Raúl Alfonsín consiguió el invierno de 1984 hacer visible lo invisible. Hubo un minuto (o quizás fueron más) en que los pelos de la cabeza de la nación se pusieron de punta y en que las narices se olvidaron de respirar, también entonces los plañidos de las madres se transformaron en gritos ensordecedores, los rostros de las madres se volvieron blancos como la cal y los ojos de las madres se abrieron tanto que parecía que se salían de las órbitas, se esparcían hechos añicos por el pavimento y abrasaban como el ácido sulfúrico todo lo que tocaban. Después de aquel minuto (o cuantos fueran), los políticos prepararon discursos piadosos, vistieron ropa de luto, se aclararon las voces al revés de lo

normal (de manera que sonaran roncadas, trastornadas, no claras e impetuosas) y se dejaron ver en público para demostrar su estado de conmoción y de indignación. El ministro de Justicia renunció temporalmente a las corbatas de colores vivos y prometió todo tipo de cosas, mientras que la misma Justicia, como aparato, como mecanismo en permanente función, servil, pero también indiferente al nombre y a las palabras de un ministro pasajero, hizo también un breve descanso de un minuto (evaluando la situación, como si rumiara las promesas) después del cual reanudó su incansable correr mordiéndose la cola. A los oídos de los cinco estudiantes, que ya habían pasado la angustiosa prueba del examen de bachillerato, llegaban de vez en cuando nociones como el principio de la responsabilidad individual (y no colectiva), la ausencia de pruebas incriminatorias contra ciertas personas (generalmente con muchos galones en las hombreras o con ribetes en los pantalones), la falta de competencia de los tribunales civiles en las causas referentes a militares (¿y un cuervo qué le hace a otro cuervo?), la presunción de inocencia (¡cuando existían tales culpas!), la ofensa a las autoridades (con la consecuencia de procesos por calumnia), la garantía de la propiedad (incluso cuando había sido adquirida por vías dudosas) y etcétera, etcétera, etcétera y etcétera. Portadores del virus de «los desaparecidos», a los cinco les afectó más la imagen de las madres secas de lágrimas que la impotencia de la democracia para romper con el pasado. Y llegaron a estudiar en universidades norteamericanas junto a cientos de compatriotas que padecían la misma enfermedad, donde se especializaron todos en un tipo de antropología criminalística del que esperaban (lo mismo que las petrificadas madres) que les ayudara a encontrar los muertos de la tierra, si no los del océano también, a identificarlos, por turnos, de manera que regresaran por fin a casa, ni que fuera en ataúdes sellados, y descansaran en las tumbas de sus propias familias, no en soledad. Atraídos por el culto a la Super Bowl, a la NBA y a la NHL, se alegraron más discretamente cuando el niño de antaño, El Pibe de Oro, maduro y juguetón en el verano de 1986, tocó un balón con la mano (la mano de Dios, dijo más tarde) en un partido de *soccer* contra esos albinos y remilgados de ingleses (que no se cansaban de destrozar un nombre suave, las islas Malvinas) y condujo a su equipo a la final con 114 500 espectadores en El Mundial mexicano, en el «Azteca», donde mediante brujería, con el apoyo de sus ayudantes de campo, Valdano y Burruchaga (ambos llamados Jorge) y mediante continua comunicación con Santa María Madre de Dios, dominó a los alemanes y llevó de nuevo a los argentinos, esta vez no de en medio de un régimen militar sino de un caos económico, a la condición de campeones del

mundo. Luego, la inflación galopó hasta un 1200 por ciento, el índice de desempleo se acercó al punto de ebullición, el optimismo inicial del presidente Alfonsín se tornó rictus, gestos amargos y angustias y los antiguos becarios en los Estados Unidos se diseminaron en el interior de aquel triángulo gigante, con base en el trópico de Capricornio, con una punta en Tierra del Fuego, con el lado occidental en las crestas de la cordillera de los Andes y con el oriental, de 2200 millas marítimas de longitud, en la costa del Atlántico. No se los veía en los alrededores de las grandes ciudades ni tampoco cerca de las carreteras o de la vía férrea, por el simple motivo de que la junta militar había situado las fosas comunes en lugares lo más desiertos posible. Intentar encontrarlos era como buscar una aguja en un pajar porque ellos mismos se habían desvanecido, junto con su enfermedad incurable y su profesión recién obtenida, en la inmensidad de la pampa, sobre todo en su parte occidental, árida y sin precipitaciones, en los vastos bosques de araucaria y de haya austral, en las mesetas barridas por vientos de la Patagonia, en la llanura azotada por lluvias torrenciales de Gran Chaco, en las pendientes de las montañas, entre los lagos y nieves previos a los eternos glaciares del sur, en las zonas del norte en que era perceptible el rugido de las cataratas del Iguazú, en una especie de círculos concéntricos, imaginarios, que encerraban en medio la laguna Mar Chiquita. Con ciertos esfuerzos, aquellos investigadores que buscaban a tientes restos humanos y que hacían que los desaparecidos reaparecieran con su nombre y su ataúd, habrían podido ser encontrados en las tabernas de pueblos y villas, por la tarde, bebiendo y escuchando *rock*, parloteando, deseando quedarse dormidos sin esfuerzo y dormir a pierna suelta. Al cabo de años y años de rebuscar por el triángulo que medía 2 780 000 kilómetros cuadrados y que había sido bautizado el País de la Plata, mucho después de que Carlos Menem (como presidente peronista de pura sangre) hubiera frenado la inflación, el déficit del presupuesto público, la balanza de pagos y otras abstracciones semejantes, para volver a enredarlas a continuación, poco después de que Menem cediera el poder a Fernando de la Rúa y después de la consumación de otros tres banquetes futbolísticos (Coppa del Mondo, World Cup y La Coupe du Monde), uno de los equipos de antropólogos, una mano con cinco dedos, llegó una mañana al aeropuerto de Buenos Aires para despegar hacia un pequeño país europeo, controlado durante unos cuantos decenios por los soviéticos, para dar un diagnóstico a otra fosa común. Habían sido invitados por un gobierno con bastantes gatos encerrados (y su elevado número se vislumbraba entre las líneas de la correspondencia diplomática, hasta parecían oírse los maullidos), pero

también por antiguos detenidos políticos, que creían en su neutralidad y en su pericia. Las dos mujeres del grupo fueron al baño antes de embarcar y se aliviaron. Los hombres no se preocuparon, al fin y al cabo los aviones tienen lavabo. En cambio olvidaron en un banco del aeropuerto unos periódicos y un paréntesis abierto: (hasta aquella noche desenfrenada entre milenios, llamada un tiempo 31 de diciembre de 1999 y, después de las campanadas de los relojes de las catedrales y después de las alocadas salvas de fuegos artificiales, el primero de enero de 2000, cuando habían transcurrido veinticuatro años desde el golpe de Estado del teniente general Jorge Rafael Videla y diecisiete desde la sonrisa del general de división Reynaldo Bignone, no había sido condenado ni juzgado nadie, pero absolutamente nadie, por la propagación con conocimiento de causa del virus de «los desaparecidos», por enlutar a las madres y por infectar tantos fueros internos).

6

A Eugenia Embury la puedes embaucar con la conciencia tranquila, fijándote en que tantos gatos y flores ya no dejan lugar a sospechas, sabiendo que el letargo de los pequeños felinos y los aromas de las plantas dirigen los ojos hacia el pasado y no hacia el día que esté transcurriendo o hacia los tiempos por venir. Mentirle es sin embargo un atropello, no porque se trate de una justa portadora del título de *lady* ni tampoco porque sea una persona delicada, con el pelo blanco recogido siempre en un moño, sino porque la verdad no la irrita, sea cual sea su apariencia. Por tanto, para no cometer un tal pecado, Jojo tuvo que ir a Bucarest, aunque solo desde la mañana hasta la tarde del mismo día, para volver a fijar la fecha de un examen al que no se había presentado anteriormente, en la época sin metáforas-fruta en que no nos conocíamos. Habíamos decidido juntos que aquel viaje era obligatorio, habiendo acechado incontables veces a su abuela desde detrás de las cortinas con volantes de casa de Paulina, cuchicheando, intentando componer una imagen del lord lo más cercana posible a lo que debía de haber sido, a partir de fragmentos de relatos, de líneas epistolares leídas a escondidas, de deducciones, de la fisonomía que nos desvelaban unas pocas fotografías, de secuencias imaginadas en la buena tradición de la lógica, de las migas materiales de su breve vida conyugal (que eran una botella de agua caliente de caucho, una docena de abanicos japoneses, unas cuantas pipas y atlas geográficos, un pequeño revólver puesto ingeniosamente a salvo de pesquisas policiales, una copa de champán). Posponíamos con abnegación el problema del examen de la facultad, llamando regularmente a la secretaría, hasta que quedó claro que el profesor de meteorología no podía ser localizado más que un miércoles ya que después desaparecería en un congreso internacional. Jojo estaba en posesión de todos los secretos de la pareja Embury, ella había leído las cartas, ella había visto las fotografías, ella había descubierto la pistolita en el doble fondo del buzón, fuera, en la fachada de la casa, en un lugar en que los milicianos y los agentes de la policía secreta no buscaban nunca, aunque dentro lo revolvían todo, solo ella tenía a la puesta del sol aquel poder irreal

sobre los colores, transformando el rojo en verde, después en azul marino y violeta, mediante un simple destape de hombros y senos. Yo había aceptado sin reservas la invitación de Dumitru M. de comer juntos porque coincidía con aquel miércoles y después de quedarme solo, al alba (Jojo había salido antes de que se hiciera de día para no ser vista desde las ventanas de los alrededores y para no encontrar a ningún conocido hasta la estación), dormité un rato en la bañera con agua caliente, utilizando sus sales y su espuma de baño. Más tarde, cuando apenas habían dado las ocho y media, me di cuenta de una cosa inusual: miraba muy a menudo el reloj. No me atraía ninguno de los libros de la mesita, era inútil revisar las notas de la libreta (el castro romano estaba todavía bajo tutela de los fiscales), encendí en un momento dado la radio, la quité enseguida, puse en remojo ropa sin llegar a lavarla, salí al patio con una manta, el sol calentaba bastante y después de chamuscarme un poco la espalda me hizo desear finalmente algo, una ducha fría. En el armario tenía comida suficiente, pero no toqué nada para atizar mínimamente el hambre y volverme creyente en las virtudes de cocinero del hombre más anciano de la ciudad. Salí hacia su casa sobre las once, no directamente, porque habría llegado en unos pocos minutos, sino dando un gran rodeo, por calles y callejuelas que subían hacia la antigua cochera de los bomberos, un lugar desde donde, si te ponías de espaldas a los edificios de estilo prusiano y a la ciudad que se extendía bajo ellos, no te quedaban delante de la vista más que las montañas. Por encima del bosque flotaba una bruma estival, se levantaba también por los valles y por las pendientes abruptas, no demasiado, no llegaba a las peñas ni a los guijarrales, dejaba intacta aquella mancha de debajo de la cresta del sur que solamente los ojos instruidos conseguían distinguir. Sin embargo, la toponimia es una ciencia curiosa, hostil al presente, creyente en el pasado equívoco, dispuesta a poner precio a las memorias colectivas inciertas y a no dar un céntimo por aquello que puede verse o palparse. La mancha lejana, un claro en el que las piedras de unos pequeños cimientos estaban amontonadas entre la maleza, se llamaba la Cabaña del finlandés y de ninguna manera el nombre estaba relacionado con la mañana en que Jojo había tirado su ropa sobre la hierba y me había desabrochado el cinturón riendo.

A pesar de mi paseo, Paraschiva M. se cuidó de que no llegara demasiado temprano a comer. Me cortó de nuevo el paso al pie de las escaleras, esta vez con el pelo bien recogido con horquillas, sin ofrecerme galletas, diciéndome que quien toma a risa un milagro divino es un ignorante o un pagano. Le di la razón («Un milagro es un milagro, señora», me sorprendí citando a tía

Paulina) pero no le escondí que tenía otra opinión sobre el suceso nocturno del final del ayuno.

Y creía lo siguiente: las cuchillas de la máquina de picar no habían sido apretadas como era debido, se habían movido de su sitio y habían vuelto loco el mecanismo, ella no las había visto cuando había vaciado el embudo y las había puesto en alguna fuente, junto con la carne («Ocurre con los objetos pequeños —añadí—, sobre todo si de por medio hay tantas dioptrías de miopía y un estado en que el techo se mece como una hamaca»), las había buscado en vano luego y la mujer que había venido a limpiar, con las prisas (habría querido, la pobre, acabar cuanto antes, encontré yo la explicación), las había puesto en la otra máquina, con los trozos de carne, con la cebolla y con las migas de pan. ¡Un ignorante o un pagano!, repitió con el índice levantado, dio un portazo y corrió ruidosamente el pestillo. Yo subí los escalones de madera de abeto porque el anciano me esperaba arriba tosiendo como para dar a conocer su presencia, vestido con una camisa blanca y con el chaleco negro de terciopelo.

¡Y qué sorpresa! El gusto de las palomas. Delante del cual todo se desvanecía, la vestimenta del anfitrión, los platos de porcelana con los bordes ondulados, las distancias rigurosas entre los vasos, los cubiertos con troquelado austríaco, la franja de luz de la tapa plateada de la fuente y después el líquido de debajo, también destellando, cubriendo las redondeces cobrizas de los pájaros cazados la víspera. Aquella escenografía de la comida tenía sin embargo sus virtudes, despertaba los sentidos, conquistaba, preparaba la alegría de las papilas gustativas, así como durante mi niñez, en una casa fiel a las patatas fritas, mis fantasías culinarias habrían sido impensables a falta de las ilustraciones del libro de recetas, que se dejaban acariciar, incluso besar; un pequeño deleite con fotografías en vivos colores de asados, *soufflés*, ensaladas o pudines, la mayoría aliñados con especias y verduras, algunos presentados en gelatina, igual de vistosos que las tartas, bizcochos de molde y cariotas envueltas en azúcar en polvo, regadas con almíbar, sobre las cuales reinaba la fruta fresca o confitada. En lo que se refiere a Dumitru M., era un artista de la gastronomía que había ennoblecido un sintagma incitante, fuente de palomas en salsa de vino blanco. Le estaba agradecido. Fumando, escuchándole, sorbiendo un digestivo alemán con aroma de almendras (obsequio de su hija, la misma que le había regalado a Paraschiva el tensiómetro).

ESCENA I

Se tapa los labios con una servilleta. Hace una señal por encima del hombro, hacia atrás, allí hay una pared blanca en la que proyectará imaginarias secuencias de guerra.

«¡Cuánto envidiaba a los ratones de campo! No era difícil encontrarlos por la hierba marchita, sobre todo grama, escarbaban buscando raíces, arrancaban los pinchos a los cardos para llegar al centro, seguía a algún hámster mientras rondaba por los charcos antes de arriesgarse a beber, ¡y cómo bebe!, apresurado, con la lengua del tamaño de un cuarto de uña, conseguía verla de vez en cuando con los binóculos, minúscula, no rosa, blanquecina, sin nada que ver con la piel rojiza, veía cómo desaparecía en un sitio y reaparecía en otro, con la nariz a punto para recibir lo que le traía el viento, olor de manzanilla, de letrina, de carroña, de potajes con olor a lejía de las cocinas de campaña, me gustaba cuando se levantaba sobre las patitas de atrás, atento a los ruidos y a las sombras. Ocurría a veces que aquel gesto investigador fuera su último gesto, porque había algún imbécil en las trincheras dispuesto a apretar el gatillo por aversión a todos los roedores, parientes de las ratas, para combatir el aburrimiento o por alguna apuesta con los camaradas. En tales situaciones, el ratón no era citado en la orden del día, ni condecorado *post mortem*. Pero si la bala no acertaba, él llenaba las galerías de crías, follaba a placer. Lo cual a nosotros nos era imposible. Nos correspondían en cambio bastantes honores, entre ellos monumentos, con su predilección inexplicable por las plazas y las estaciones, masivos, siempre con sitio para largas series de nombres. Y también estaba la compasión de las señoras que adoran a los héroes, les encienden velas después de la misa de domingo y en las fiestas importantes. Cuando digo que envidiaba a los ratones de campo, es que de verdad les envidiaba: así llegué a echarle mano a una campesina sucia, en un granero, después de otros tres oficiales mayores en grado. Tenía un olor agrio como de yegua corrida más de la cuenta, iba desaliñada, con los ojos acuosos y se estrujaba las tetas ella sola, como si exprimiera limones. Aquella noche vacié yo solo una botella de aguardiente, debía de ser de litro, litro y medio, lloré y soñé con las chicas con sombreros y paraguas, con los labios y mejillas adorablemente pintados, las chicas que

se movían por el escenario como si estuvieran hechas de caucho. Me contaron por la mañana que había interpretado un largo número de cancán y que había amenazado con la pistola a los que intentaron pararme. Encaramado al capó de un camión, sin parar de dar patadas al aire, levantando el borde del capote por encima de la cabeza, había homenajeado a las jóvenes bailarinas, actrices y cantantes que se encontraban tan lejos, en un mundo desaparecido, sobre el cual algunos mentían diciendo que iba a resucitar. Había sido aclamado por los soldados, pero también, desde algún lugar de la noche, por aquellos uniformes distintos, con estrella en la visera, que habían demostrado que sabían gritar y reír. No me había molestado ningún disparo, lo que significaba que a los ratones de campo les había ido bien. Y había homenajeado a las chicas por su alegría. Por su risa picante que solo se paraba al entrar en el amplio recibidor de mi casa, donde las invadía la palidez. Examinaban temerosas los cuadros, las piezas de porcelana y la lámpara de pie, pisaban la alfombra como la placa de un horno, medían de arriba abajo al criado y se dejaban a su vez ser estudiadas en un arrebato de curiosidad recíproca. Ellas merecían ser mordisqueadas en la barbillita o en el lóbulo de la oreja, pero el chico que les abría las puertas desde el salón las invitaba dentro, ponía música en el gramófono, a la sordina, les servía licores y las invitaba a hundirse en los sillones, le hacían falta unas cuantas patadas en el trasero porque no entendía que se pueda mirar a alguien sin abrir los ojos como platos. Yo las tenía entre algodones, las mimaba como a reinas. Era el amo. Y lo seguí siendo mucho tiempo, hasta la aparición de Paraschiva, en la época en que la línea Maginot, a pesar de su edad y de los ininterrumpidos elogios, no había perdido su condición de tema mundano. Los franceses irradiaban fuerza y yo no lograba distinguir a las cuatro hermanas que habían llegado no hacía mucho a mi calle. Me las encontraba paseando, en el patinadero, en el teatro al aire libre, frágiles, coquetas, inseparables, niñas sonrosadas por el frío, por el calor, por el polvo, por el polen, quizás un rasgo de la familia que las hacía emanar siempre frescor o emoción. Me quitaba el sombrero por educación, un saludo obligatorio. A ella la vislumbré apenas una tarde, desde el despacho, mientras cabeceaba al lado de la estufa mirando cómo las gotas de lluvia jugaban en las chapas de las farolas. Enfrente había una ventana como un círculo, una especie de ojo de buey liberado por primera vez de la tutela de las colgaduras y Paraschiva, con el pelo suelto, negro, largo hasta las caderas, daba pasos somnolienta por la habitación. Iba tapada por un camisón transparente y por el velo lechoso se distinguía un cuerpo de virgen que había entendido bien lo que le estaba ocurriendo y lo que iba a seguir. Debía de

estar en compañía de un espejo, preocupada por cada detalle reproducido por el cristal plateado, se doblaba hacia delante y desparramaba la melena hasta las rodillas, entonces los hombros quedaban descubiertos, arqueaba la espalda y pasaban tantas cosas, las puntas de las mechas abrazaban los tobillos, una mancha surgía bajo el vientre, un poco abombada, como un acerico, dos bultos con franjas color café le crecían en el pecho. La pipa se me había apagado sin darme cuenta, como una prueba de que el tabaco holandés no era mi principal pasión. Dándome la cara, Paraschiva se desabrochó los botones y dejó que resbalara la indumentaria vaporosa. Las gotas se habían juntado en una tela densa en la ventana redonda, yo mordí fuertemente la madera de cerezo, la pipa crujió entre mis dientes, se agrietó, pero el delicado cuerpo no mostró su desnudez. Por debajo del fino tejido apareció un vestido azul, de tela gruesa, por el que no pasaba un rayo de luz. Un vestido austero, que le prestaba de repente la cara y la postura de una gobernanta de la escuela austríaca: el cuello rígido y los labios crispados, la barbilla soberana levantada, las manos juntas en la zona en que el estómago se abre camino por medio del píloro hacia el duodeno. La bombilla de la habitación se apagó pronto, la casa se ensombreció, el contorno de la ventana se perdió en la oscuridad. La escena de voyerismo había concluido, la primera, la que inculca placer, me quedé de pie hasta mucho después de medianoche, al lado de la estufa. No había creído nunca en las alucinaciones, mucho menos en los hechizos, fuera llovía a cántaros, los tejados tintineaban bajo las gigantes gotas. Las tardes siguientes no salí a ningún sitio, el cielo estaba despejado, vidrioso como solo lo está en invierno, y la representación se repitió, siempre a la misma hora, una danza instigadora, cautivante. La joven mujer se acostumbraba cada vez más a sus propias formas y al papel que le había repartido el director celeste, palpitaba, ondulaba, sus muslos esbeltos rozaban la seda translúcida, ¡era de mármol, Paraschiva!, y después, regularmente, el milagroso camisón era abandonado, tranquilamente, y hacía acto de presencia aquel vestido sobrio, insoportable. Nos casamos en febrero, con una helada intensa, ni cinco meses después de la destrucción de mi pipa de madera de cerezo. Pero antes de la boda le había hecho infinidad de visitas en la casa que parecía un barco, fruto de las inclinaciones de armador del arquitecto o de cruceros no realizados. La señorita tocaba el piano, tenaz, interpretaba romanzas mientras su padre, un diligente funcionario de la Justicia, murmuraba cada vez la letra. Los pequeños conciertos les encantaban a las hermanas de Paraschiva porque podían ocuparse sin prisa de trufas, galletas con pasas y nueces glaseadas. Masticaban discretamente para dejar que las

notas y palabras sonaran claras, solamente Eleonora, una tía asidua a aquellas reuniones, se olvidaba a veces de la solemnidad del momento, cautivada por los dulces, y empezaba a chasquear la lengua. Recibía en el acto un empujón de la madre, su prima, miraba asombrada a su alrededor, ponía los brazos en el regazo. Con resignación. Después examinaba el dibujo complicado del tapiz, líneas serpenteantes por encima de figuras geométricas regulares, en una mezcla de verde y amarillo mostaza. De ella me había enterado por un contratista, cliente de mi fábrica, que cuando tenía veinte kilos menos había estado prometida con Vlaicu. Y me sabía mal por el pobre piloto. En aquellos días, si no se hubiera hecho papilla al cruzar los Cárpatos, yo habría estado dispuesto a construirle a él cien aviones. De mi bolsillo. Más adelante, no obstante, al cabo de dos o tres semanas de matrimonio, desapareció aquel arrebató mío. Paraschiva había rechazado el dormitorio común, la primera noche apelando a una migraña, las siguientes tres achacando la indisposición a las náuseas, después dándome a entender, en el lenguaje de la buena educación, que tenía que soportar una menstruación impetuosa, sin precedentes, después renunciando a buscar explicaciones. El criado evitaba las viejas costumbres porque la señora no estaba en absoluto impresionada por los perfumes de los licores y por la novedad de los discos de gramófono. Como mínimo había ahorrado un dinero. Con el aviador. Sus caricias las conocí más tarde, cuando me enviaron al frente. Todos se van por la patria, me susurró al oído después de una cena de costilla de ternera y coliflor gratinada, me cogió de la mano y me condujo al lecho conyugal todavía immaculado, subimos las escaleras de puntillas, ella con el dedo en los labios, como si nos hubiera podido sorprender alguien, yo dócil como un perrito, perro de lanas o un caniche, se las arregló sin encender ninguna lámpara, encontró la puerta, el picaporte, la colcha sobre las sábanas, superó todos los obstáculos y me atrajo encima de ella, abierta como una concha. No son tiempos de amor, me dijo por la mañana, envuelta en las sábanas paseando sus dedos por mi pecho. ¡Era de mármol! Apenas había empezado a contar los viajes entre la sala de estar y aquella estancia mágica del primer piso cuando descubrí de repente el miedo, el olor graso de la sangre, los piojos gordos con los que se podía licuar una grasa aceptable para botas, la sarna, el gusto del pan enmohecido, la frialdad metálica de las armas, si no afectuosa, por lo menos salvadora, el frío, la humedad, la preocupación por la propia respiración antes del alboroto de la victoria y de los ideales de la patria, la ausencia de cualquier noción de paraguas cuando empezaba o cuando no paraba la lluvia, la admiración por los ratones de campo, siempre buscando

alimento en aquellas tierras abandonadas. Y ella no recordaba sus propias palabras, los tiempos le parecían ideales para el amor. Ni siquiera se trataba de un oficial de intendencia o de algún joven guapo, poseedor de un certificado de no combatiente. Sino de Jesucristo».

ESCENA II

El vino, ligeramente seco, se aviene con la tarde calurosa. A la izquierda del anciano hay una caja claveteada, va a levantar la tapa lo justo para que salga de dentro el aire viciado de los tiempos de paz.

«Desde arriba, las personas se veían como insectos. En invierno. Por la extensión de nieve, cuando caminaban dando traspiés, parecían cucarachas de cocina por un techo rugoso, recién encalado. Después de que se apoderara de mí el frío, y ello ocurría rápidamente, por muchos jerséis, calzoncillos largos o pares de calcetines que llevara, sentía la necesidad de aplastarlos. Luego se me pasaba. Necesitaba dos, tres sorbos de aguardiente para compadecerlos, aunque en la cabina de la grúa las manos se me entumecían en las palancas de hierro, completamente heladas. Observaba cómo se reunían al lado de fuegos y pateaban la nieve, cómo gesticulaban cuando se peleaban, cómo se calaban siempre el gorro hasta las orejas y se daban uno a otro cigarrillos, sin saber muy bien quién fumaba y quién no, porque el humo se confundía con el vaho de la respiración. Se ganaban también ellos el pan en las obras de Sovrom. De hecho, no lo ganaban, ¡qué demonios!, se lo regalaban los comunistas, los chicos esos generosos, que también habrían podido registrarlos en el inventario de las cooperativas agrícolas, en la misma categoría que los caballos y el ganado. Parecía que en mi caso no se esforzaron mucho... Me enseñaron el oficio. Hombre hecho y derecho, después de que me quitaran las casas, la fábrica, la viña, los cuadros, las joyas y el dinero, me hicieron operario de grúa. Y a Pascal, un magnífico setter irlandés, un príncipe, le dispararon un tiro en la cabeza mientras se pegaba a la rodilla de mi esposa, en un canapé. Se estiró más largo que de costumbre, un hilo de sangre que salía de la oreja se abrió camino hasta el pecho, hasta el mechón blanco de pelo, los ojos se le quedaron entreabiertos, expresando algo que los comunistas no podrán entender nunca. Paraschiva gritó, pero no fue un grito, sino así, una devastación, un sonido que no pertenecía a las cuerdas vocales, y ellos se rieron y siguieron revolviendo cosas por la biblioteca, uno le gritó: ¡¿qué tienes, vieja, no has visto que quería morderte?! A menos nueve o catorce o veinte grados, mi memoria sufría un choque térmico, muchas cosas ya no importaban, recordaba solamente el abrigo de visón. Había llegado a

casa con el carruaje, después del mediodía, era justo después de la Natividad de la Virgen María y me encontré en la puerta a un individuo seco, con algunos dientes de menos, con el pelo untado de grasa, seguro que no era brillantina, justo salía con un fardo de ropa, dudaba, no sabía si esquivarme o arrancar a correr, no paraba de decir que la señora era muy piadosa. Y lo era. Reconocí en sus brazos el abrigo, algunos vestidos, un pijama de seda cuyos botones la molestaban, el anorak de esquí. A Paraschiva la vi en el umbral de la puerta, sonriente, tratando de espantar el bochorno con un abanico. No utilicé mi bastón, ni los puños, saqué la cartera y le pagué al cochero dos trayectos, el que acababa de hacer y otro por adelantado, después ayudé al listillo ese a subirse y, de espaldas a mi mujer, le insulté acordándome de su madre. Pero durante heladas como aquella, no fallaba, echaba de menos el abrigo. Principalmente porque las botas canadienses, en cuya nacionalización no había pensado nadie, perdían su carácter protector. Los pies se me transformaban en carámbanos, los riñones me dolían cada vez más hasta que hacia finales enero no pude aguantar más y meé desde lo alto de la cabina. El chorro y la mancha del suelo, a más de diez metros por debajo de mí, no tenían color amarillento sino tirando a rojo, como las fresitas. Suerte del aguardiente. Me ayudó a olvidar y a aguantar unos días más. Consumido en cantidades serias. Era de manzanas silvestres y se lo compraba a un gitano ceceoso, un acordeonista que no me pedía dinero sino discos de gramófono. Por otra parte, mientras estuve trabajando como operario de grúa, me pulí toda la colección. Había contado hasta con seiscientos discos. No lo lamenté demasiado porque en el hospital te abrumaba el calor. Me habían dado una manta deshilachada y sucia pero la estufa tragaba tanta leña que por la noche soñaba que estaba en los baños públicos, en una sauna. Además, cada vez que ardía el fuego el humo se colaba por las grietas de los azulejos de terracota e invadía el salón, repartiendo un poco de intimidad. Las figuras de las otras camas no se volvían invisibles pero se alejaban, se diluían, llegaban a formar, gracias a Dios, un todo con el decorado. Quedaban únicamente las voces, con todo tipo de tonos e inflexiones, discusiones infinitas sobre la guerra, legumbres, crisis de hígado y mujeres, que superaban el efecto de cualquier medicamento. Por un simple motivo: el teatro radiofónico me provocó siempre somnolencia. Me deshacía por una sola voz, la de Ghiță, porque si no hubiera sido por él, el frío habría tomado posesión de la inmensa sala en que yacía, como había hecho con el resto del hospital. Ghiță, un tapicero que sufría de insuficiencia renal, no tenía ninguna culpa de que su hermano fuera comandante de la Policía Secreta, en cambio las brasas lo tenían en cuenta y

se apiñaban en nuestra estufa de azulejos. Paraschiva no me visitó hasta marzo, convencida de que había llegado el momento de la extremaunción. Iba vestida de negro, desde los botines hasta el chal de cachemira y su rostro, incluso en semejante circunstancia, tenía brillos de mármol. Sabía que a mi esposa, cuando iba de viaje, no le gustaba el equipaje voluminoso y no me enfadó la demostración demasiado prematura del duelo. La acompañaba un sacerdote joven que se encontraba según todas las apariencias en un ayuno prolongado, rubio, nada hablador. Me examinaban con compasión, preguntándose seguramente dónde había llegado la parte de mí que había abandonado este mundo. Eran agradables pero los eché fuera después de solamente un minuto. Porque no me habían traído flores. Ni campanillas de las nieves, ni freesias, ni siquiera perpetuas. Se fueron en silencio, piadosamente, así como corresponde que te retires del cementerio después de haber encendido la lamparilla del panteón familiar. Suspirando, Paraschiva cerró la puerta tan despacio como la había abierto, en el umbral debió de decir amén. En lo que a mi orina respecta, recuperó su claridad original a mediados de abril. De golpe. Era un miércoles cuando los hematíes se retiraron dóciles hacia venas y arterias, hacia los finos vasos diseminados por los tejidos. El joven doctor limpió enérgico los cristales de las gafas y estuvo estudiando asombrado, sus buenos minutos, el líquido recogido en el bote. Le imité incontables veces las semanas que siguieron, en el retrete, en la caseta miserable donde admiraba los matices amarillentos esparcidos por los azulejos, delicados, como de limonada. Había sido desposeído de un riñón, pero era una pérdida razonable; entretanto, los cerezos del patio del hospital se habían vuelto blancos, invadidos por una multitud de flores pequeñas, frágiles como mariposas. Y la hierba verde rodeaba el edificio de detrás de los pabellones, dándole un aire soportable. Con un decorado soleado, vivo, puede que la salida de Ghita, en un ataúd, hubiera sido distinta. En primer lugar, todos nosotros, apretados en las ventanas del salón, no habríamos visto la morgue como una construcción repulsiva ni tampoco habríamos callado tan coléricos. Después sus parientes, guarecidos bajo paraguas y gabardinas, atentos a no hundirse en el barro hasta las rodillas, habrían podido pensar por lo menos un instante en el lugar verde mencionado por el pope. Abandoné el hospital en primavera. Con dos bolsas en las manos, con el certificado de jubilación en un bolsillo y unas botas rotas en los pies. Acerca de las botas canadienses me dijeron que se habían extraviado por el almacén. El joven doctor, corriendo, me alcanzó al final del paseo central, cerca de la puerta, su palidez había desaparecido gracias al esfuerzo y dos manchas púrpuras le

pigmentaban las mejillas. Me condujo del brazo hasta la calle, afirmando que me debía mucho. Le respondí que más bien yo estaba en deuda, pero que en aquel momento no la podía saldar. Sonrió. ¡El pobre! Supe más tarde que se suicidó en el Canal^[9], en el quinto año de prisión. Se ahorcó con una cuerda trenzada con trozos de zamarra, en el lavadero. Como no se me había perdido nada en otro sitio, redescubrí aquí qué generosos que son los comunistas. Once niños, los conté, jugaban a tú la llevas en el pequeño huerto de manzanas, el balcón del primer piso estaba invadido de ropa puesta a secar y en la planta baja, en la terraza, unas mujeres pelaban judías, cotorreando, con una gallina clueca con pollitos entre las patas. Una de ellas me aconsejó que diera gracias a Dios, otra más entrada en años, gorda, me preguntó por qué demonios no había muerto, porque se casaba su hijo y había puesto los ojos en mi habitación. No supe si bromeaba o no, lo cierto era que en casa se habían mudado cinco familias y el Consejo Popular todavía nos toleraba también a nosotros, de alquiler, en el desván. En esta habitación. En que se habían amontonado tantas cosas. Reconocí un sillón de la antigua biblioteca, un armario, el tocador que se había quedado sin espejo, el reloj de péndulo, unos cuantos iconos. Hacía mucho tiempo que no se aireaba y el polvo se había ido esparciendo como una capa triste, tuve que soplar e incluso sacudir el sobre que me esperaba en un estante antes de abrirlo. Paraschiva, utilizando una tinta violeta, me comunicaba que había escogido la vida en Dios. Me pedía que no la perturbara y me aconsejaba que no echara abajo la pared del sótano que daba al norte. Lo había hecho ella antes. Así son los tiempos, escribía, y el frescor de la tarde hizo que me volviera a poner el abrigo que había colgado en un clavo. Si no hubiera donado el collar de perlas, añadía, la superiora no la habría admitido en el monasterio».

ESCENA III

Hace girar con los dedos de los pies el vaso vacío. Le parece que por la ventana entra el humo de un fuego de hojas, un signo de un tiempo que fue y que volverá a venir.

«No nos cruzábamos una palabra desde hacía seis meses. Antes tenía mi armarito abajo, en el recibidor, lo tenía cerrado como contraataque, porque ella había puesto primero sus provisiones bajo candado. Cuando bajaba, lo abría con la llavecita, cogía lo que necesitaba de dentro y me iba a cocinar y a comer a la cocina. Ella acechaba detrás de su puerta, oía los golpes de mi bastón y mis pasos alejándose, el ruido de platos y cubiertos, el agua del grifo, sabía cuándo podía salir para rebuscar y escoger lo que le gustaba de mi armarito. Generalmente robaba dulces y fruta, muy de vez en cuando queso. Un día imité aquellos sonidos, golpeé con el bastón el suelo y froté las zapatillas sin moverme, cada vez más flojo, la sorprendí cuando salía de su habitación y se llenaba una taza entera con miel del bote. Cuando me vio, gritó un poco y levantó las manos. La miel se le derramó por el vestido y por el jersey, la taza se rompió por el asa, el bote se hizo añicos. Reí. Desde entonces no me ha vuelto a dar los buenos días. ¿Qué te ha dicho? Que eres un ignorante o un pagano, ¿no? No te enfades con Paraschiva».

CAPÍTULO V

I

De entre los monjes, discípulos y trabajadores de Piatra Roşie (y se habían reunido más de veinte almas desde que había llegado el verano y habían empezado a pintar la iglesia y a cubrirla con chillado), aquel jovencito, un ayudante del carpintero, casi siempre con los pantalones arremangados y con serrín en las cejas, fue el primero que vio la mecha negra azulada. Había vuelto corriendo de la ciudad, adonde le habían enviado a por una hoja nueva para la sierra, un escoplo y cola, no se paró junto a los andamios o junto a las barracas, continuó subiendo, encontró al padre en la parte de arriba del claro, en la ladería soleada donde leía siempre después de comer y, con la respiración entrecortada, le anunció el horror de la ciudadela. Onufrie se quedó mirando cómo jadeaba, cómo gesticulaba como si estuviera buscando las palabras con las manos, le escuchó hablar balbuceando, con largas pausas, sobre un diluvio de huesos humanos que no se habían precipitado desde el cielo, como la lluvia, sino que había surgido de la tierra cerca de un muro derrumbado. No hizo preguntas, no le interrumpió, se sacó lentamente el sombrero de paja y, cerrando los ojos, haciendo tres veces grandes señales de la cruz, lo apretó contra el pecho. El discípulo se inclinó también él, callando de golpe, no porque no hubiera tenido nada más que contar, sino porque después de una conmoción tan grande, que lo había aturdido, la segunda lo dejaba mudo. Mechass embetunadas se levantaban en la coronilla del padre, ajenas al pelo liso, blanco como la nata, después empezaron a desteñirse, a reblandecerse como flores picadas por la helada, soltando un líquido amoratado. Al cabo de un rato, que pudo haber sido medio minuto o un cuarto de hora, Onufrie se ajustó el sombrero así como le gustaba, caído sobre la nuca, agitó hacia el valle el dedo índice, recordando que *tres veces ha descendido la Madre de Dios de entre los cielos para darle su apoyo y confianza a Onufrie*, se apresuró a coger de su choza la sobrepelliz, la casulla y el incensario, entró también en la pequeña sacristía a por algunas velas y empujando por la espalda al chico como a una oveja lisiada se puso en

marcha para ver lo que había que ver y para incensar las osamentas del castro romano.

2

La cifra 2 puede ser a veces el principio, el origen, aunque, en el orden formal de los números, el 1 ocupa su lugar. En tales situaciones, 1 aparece como una consecuencia, tiene sentido únicamente si 2 existe. Y esta paradoja de las matemáticas, más bien fruto de la intuición mística que de las deducciones cartesianas, fue la regla con que Gherghe (más tarde Onufrie) afrontó las apariciones protectoras de la Virgen desde el azul del cielo. Hablando con propiedad, sin que hubiera tenido lugar la segunda aparición de María Santísima en su vida, la primera habría pasado inadvertida, habría sido un milagro desperdiciado. Fue necesario que Ella se encarnara en la boca de una mina, con un aire suave-autoritario, un sábado, 16 de mayo, justo a la salida de la galería de los detenidos, para que su pensamiento ahuyentara la ignorancia y penetrara en el misterio de un encuentro anterior. Onufrie celebra a su manera única aquel día, añadiendo a cada año transcurrido un nuevo corte en su dedo índice derecho, justamente porque el presente cegador de entonces (debido a la presencia cegadora) le había iluminado el pasado y, en buena medida, el futuro. En las semanas posteriores a la evasión (cuando empezó a recobrar algo de su nombre monacal secuestrado por interrogadores y guardianes) vivió como un salvaje, escondiéndose de día en hondonadas y matorrales, caminando de noche solo cuando no había luna, evitando pueblos y villas, incluso los rediles y cobijos de huertas y henares, manteniéndose lejos de senderos, de carreteras y de la vía férrea, pasando los ríos y las charcas directamente por el agua, en lugares desiertos, nunca por puentes, evitando a las personas, llevaran o no uniforme. No tenía prisa por llegar a ningún sitio concreto, en un plazo determinado, era un fugitivo satisfecho con su suerte inmediata y con la verdad que le había sido concedida hacía poco. El verano temprano le protegía del frío; era la época del ajo de oso, del toronjil, del armuelle y de las setas de ostra que crecían en las hayas y en los sicomoros, así que no sufría de hambre; se le habían vuelto a despertar los sentidos y los instintos de niño bastardo acostumbrado a apañárselas solo y, por encima de ellos, endureciéndolos, se había asentado el sentimiento de la

bendición recibida desde lo alto. Si alguien le hubiera seguido el rastro recogiendo los pegujones de pelo negro azulado cortados y abandonados cada cuatro horas, su ruta, atípica y aleatoria, en primer lugar porque tenía punto de partida, pero no meta, se habría parecido al trasladarla a un mapa a los garabatos sobre papel de una niña mimada, en que las líneas se entrecruzan, ya son oblicuas, ya curvas, van a la derecha para volver a la izquierda, suben y bajan a tontas y a locas. Aquella peregrinación, en que el tiempo no tenía medida, le permitió no obstante descubrir otra cosa además de nuevos territorios. La alegría y el afecto, frescos como eran, habían dado pie en primer lugar a la pregunta de si acaso, antes de recobrar la memoria, la aparición salvadora de María no había estado precedida por otra. Tenía miedo del pecado de soberbia y murmuró cientos de oraciones, arrodillándose allí donde se apoderaba de él ese miedo, en hierbas y broza, en la gleba de los labrados o en el blando musgo del bosque, en toperas o en el barro. La pregunta se fue volviendo poco a poco opinión, pero faltaban las pruebas, así que se vio obligado a buscar argumentos. Y, en una de las noches sin nubes, con la Luna resplandeciente, en que no se permitía salir del escondrijo, apeló a la reducción al absurdo. No conocía la noción, pero se imaginó como un alumno aplicado la posibilidad de que la Madre de Dios no hubiera intervenido nunca en su biografía hasta llegar al campo de trabajos forzados. Y, viendo así las cosas, carentes de providencia, ¿qué habría ocurrido? Se dio cuenta de golpe, estirado en unos brotes de aliso, con las estrellas esparcidas por encima, pálidas, con una de las mejillas nacarina y la otra oscura, de que habría muerto. Se habría extinguido quemado por el sol, en otra cama de ramas, mientras intentaba librarse de la tela blanca en la que le había envuelto su madre de verdad, gritando hasta que ya no hubiera tenido vigor para mover los brazos y las piernecitas fajadas. Mas él seguía vivo... ¿No era esto la prueba de que María Santísima había estado allí, en los guijarrales del río, donde lo había abandonado Stanca (cuyo nombre, además de su rostro y sus hechos, a Ella no le podía ser ajeno)? Había saltado de su lecho sin advertir el abejaruco ni el paro que se habían sobresaltado y habían emprendido el vuelo, surgió de entre el follaje espinoso, corrió por una cuesta enlosada, después por el borde de un cerro, como perseguido por los rayos de la Luna, gritando sin parar y lo más fuerte que podía, no palabras, sino como vocales silbadas, a veces tropezaba y caía, pero se levantaba y seguía corriendo, había corrido y gritado hasta que las siluetas de las cosas, árboles, lomas, viñas, un caserío durmiendo, la línea rota del horizonte, un molino, habían empezado a dar vueltas a su alrededor, como en aquel columpio de la feria a la que había ido

hacía mucho con la vieja Vuța y donde había aprendido que le dejaban en paz si iba con la cabeza cubierta. Y se desplomó. Sobre un hombro, desmayándose, sobre unos tallos de beleño. Volvió en sí temblando con la cara arañada y sucia, las lágrimas se mezclaban con el polvo y con la tierra molida de párpados y mejillas, se había herido en la barbilla y en la piel raspada, sanguinolenta, brillaban piedrecitas. No se levantó, se acurrucó como un perro mojado, lloraba hipando, y supo desde entonces que la Madre de Dios debió de examinar el río arriba y abajo para convencerse de que por los alrededores no pisaban pies de hombre, debió de cogerlo en brazos y acunarlo un rato, librarlo de los pañales y de las inmundicias del culito, lavarlo con el agua tibia que se estancaba al lado de la ribera, no iba a sumergirlo en la corriente fría como el hielo, es posible que le hubiera secado y que le hubiera envuelto en un trozo rasgado de Su falda o camisa y, conmovida por el lloriqueo, le hubiera dado de mamar. ¿El mismo seno del que había mamado su Hijo o el otro? ¿Había escuchado una nana oída también por Él u otra distinta? ¿Su pierna de recién nacido, la izquierda, había sido lechosa, translúcida o rosada como la del Niño, la que más adelante, en la víspera de la fiesta de los Santos Miguel y Gabriel, había pinchado con la punta de las tijeras? El llanto no amainaba porque Gherghe aprendía imaginando, se consumía y en igual medida se asustaba de la osadía de lo imaginado y descubierto. Y las lágrimas eran distintas de las otras lágrimas, de Mînaștirea Neamț, aunque aquellas, por su perseverancia y abundancia, habían hecho enmolecer una esquina de la estera de delante del santo icono que antes había punzado y después venerado. Se durmió llorando, con las rodillas pegadas al pecho, atrapadas entre los codos, pareciendo mucho más pequeño de lo que había llegado a ser. Se despertó no como habría podido ocurrir, cuando el sol estaba alto y abrasaba, sino justo después de que cayera el rocío, de manera que encontró otras gotas en la frente y la ropa, esta vez no el fruto de sus ojos. A causa de la sed, con una hoja a modo de cuenco, recogía gotas de agua de las briznas de hierba, pero no era la sequedad de la garganta lo que le había dado tanta paciencia. En lugar de aquella pregunta que le había mortificado día tras día (al comer, dejaba alguna vez de masticar y se quedaba sus buenos segundos, si no minutos, con la boca abierta y con el bocado sin tragar; se paraba cada vez más en medio de alguna oración, perdiendo el hilo del discurso, viéndose obligado a volver a empezar), una pregunta que se había ido transformando sin darse cuenta en opinión (y que le perseguía por todas partes, en sus refugios diurnos o en los viajes velados por la oscuridad), en lugar de ambas más bien, de la pregunta y de la opinión con que había

acompañado su último anochecer, de hecho todas las noches, muchas, antes y después de la sanjuanada, surgió de la noche a la mañana la certidumbre de que la Purísima había cuidado una vez más de él, allí, en los guijarrales del río, bastantes horas hasta que vislumbró a lo lejos a otra mujer, una mortal, la que había de ser su madre adoptiva. Le escocían los arañazos de las mejillas, las piedrecitas de la barbilla habían sido cubiertas por una hinchazón como una ciruela, con la piel carmesí, le dolía, sordo, un tobillo, había puesto mal el pie corriendo o se lo había torcido en una de las caídas.

¡Cuántas cosas habían pasado de hecho y no las había sentido! Las ramas cortantes que le habían pegado en la cara, la pendiente abrupta del cerro, la tos que había interrumpido de vez en cuando sus gritos, los latidos de un corazón alegre más de Ja cuenta pero atormentado cruelmente por su atolondrada huida, los golpes, la tierra que había rechinado entre los dientes, el riesgo de no pasar inadvertido a los infames y de ser capturado. Había llegado la hora de cortarse la mecha de la coronilla y se estremeció como nunca cuando sacó del bolsillo las tijeras recibidas en su niñez de parte del pope Nae. Las apretó en la mano, quiso por un momento tirarlas pero renunció porque antes de seguir siendo un objeto útil aquellas tijeras que habían perturbado la paz del pequeño Jesús, arañando los óleos de un icono, se habían convertido en una fuente de penitencia y de recuerdo.

Una convicción ya no es una suposición ni una congoja. Es una convicción. Generalmente no cierra un período de insomnio para traer reposo y ensueño sino que provoca otras suposiciones y congojas. Y Gherghe, que había utilizado sin saberlo el método de la reducción al absurdo y había logrado llevar la demostración a buen puerto, comprobaba pasmado cuántas nuevas dudas, temores e ilusiones surgían de un hecho verdadero, recién descubierto. Se decía por ejemplo, sobrecogido, con terror, que los detalles imaginados en una cuestión segura, como era aquel primer afán de la Virgen de no dejarlo perecer, habrían podido ser divagaciones blasfemas de su mente. La primera aparición en verdad se había producido, era indudable, pero ¿la manera en que se representaba el milagro no era un pecado? ¿Con qué fundamento había llegado a creer que María Santísima le había quitado los pañales y le había limpiado de inmundicias el trasero? ¿Por qué habría sido necesario que Ella sacrificara sus vestimentas y, sobre todo (oh, Señor, esto le obligaba al ayuno absoluto), por qué dejar que sus labios tocaran y envolvieran Su seno? ¿Por qué Sus labios habían tenido que canturrear nanas? A continuación entraba en una maraña de hipótesis y alucinaciones, relacionando unas con otras, encajaban o no. Había soportado mejor que otros

las profundidades de la mina de cobre y la prisión de arriba: el ascensor-jaula, las galerías estrechas y cenagosas, las débiles luces de las lámparas, la piedra rojiza que desmenuzaban con el pico, el veneno de los guardianes, el espectáculo de las maneras de ser y de los comportamientos de zamarra, que reunía lamentos y ensañamientos, delatores, mezquindad, aduladores, camaradería, gentileza y compasión. Pero la Purísima había decidido perdonarle aunque él se había acostumbrado al mal y resistía. Era, en buena medida, un argumento a favor de la otra aparición divina, la primera, porque hay una gran diferencia entre difícil y grave, y si Ella le había salvado del campo de trabajos forzados, de una situación difícil, con tanta más razón debía de haberle ayudado en una circunstancia grave, en la ribera del río, cuando habría muerto sin nombre y sin bautizar. Y había otra cosa. ¿Acaso, en la mina, no le habría rondado la muerte sin que él lo sospechara? Puede que tuviera que quedar atrapado bajo un techo excavado o caer en un pozo, puede que uno de los guardianes, harto de amenazar y maldecir, fuera a jugar con la pistola y hasta apretar el gatillo... Y la Madre de Dios, cuya mirada no se adormece y todo lo ve, no solo lo que ha sido o es, sino también lo que va a ser, se apresuró a apartarlo del camino de la dama que le amenazaba con la guadaña. La idea le gustaba, era como la miel, pero ¿no revelaba una vez más una desmedida vanidad? Entendió después de un ocaso tardío, como son todavía a principios de julio, cogiendo fresas al borde de la oscuridad, que había llegado con el juicio a un punto engañoso. Como si se hubiera encontrado en un cruce, meditando por dónde continuar, incapaz de decidirse, hasta que se hubiera subido a lo alto de un árbol un poco más alto, una encina o un chopo, y hubiera observado asombrado que el camino que se abre hacia la izquierda no es más largo ni más difícil que el que sale a la derecha y que ambos llevan al mismo sitio. Había intentado durante algún tiempo discernir si Ella se le había aparecido para salvarle de la muerte o solo para liberarlo de los sufrimientos de la prisión, por aburrimiento, pero la respuesta carecía de importancia. Fuera como fuera, la consecuencia era una sola: la Virgen María había abandonado dos veces el descanso y el verdor de los cielos para comprobar que seguía vivo, lo había hecho con un objetivo, con un plan, escogiéndole de entre muchos, herramienta en Sus manos edificadoras. Aplastaba las fresas con la punta de la lengua, en el paladar, en las bolsas de los carrillos, detrás de los dientes, tragaba el zumo agridulce y solo después el resto y no era capaz, él, Onufrie, a quien también habían llamado Gherghe y Mechado, de penetrar el misterio de María Santísima. Habiendo descubierto lo que había descubierto, ya no corrió a ciegas por pendientes o cumbres,

aunque había bastantes en aquel paso de las montañas, ni tampoco dio grandes voces ni gritó para que le sonara demente el eco, andaba a cuatro patas en las tinieblas, despacio, palpando las hierbas con todos los diez dedos, buscando y recogiendo en el puño lo que creía que eran pequeños frutos silvestres, masticando y tragando hojitas, piedras, hormigas, pétalos, escarabajitos crujientes, los cuales, si los hubiera examinado a la luz del día, le habrían parecido verdes como la fluorina (tanto había ganado en la mina, los nombres y brillos de algunos minerales), el gusto le había parecido agrisado hasta el amanecer, y le parecía que su deber era mantenerse alejado del pecado, sobrevivir por las propias fuerzas, previsor, para no obligarla más a defenderle de peligros, esperar paciente Su señal y la aparición última, la tercera, con la que tenía que darle su apoyo y confianza y hacerle digno de Su misión. Por la vaguada se había levantado en un momento dado viento, un viento frío, húmedo, que anunciaba lluvia o quizás solamente el amanecer, le había entrado frío y se había apoyado en el tronco de un abeto, a cubierto, recordando con una especie de sorpresa que la víspera, antes de haber cogido las primeras fresas, había estado dispuesto a continuar el viaje una noche más. ¡Cuánto había marchado! Siete semanas, casi ocho, aumentando no tanto la distancia respecto a los hombres de uniforme, como el tiempo que le separaba de su mundo. Y se había terminado. Por lo menos el cuerpo tenía sueño y brazos, piernas, pecho, estómago dormitaban a placer, dejando ir y venir todo tipo de pensamientos antes de que apareciera el sol, mientras todavía cobraba fuerza la estela lechosa de por encima del bosque, entre los cuales había una narración referente al padre Radafir, susurrada a su oído en una galería de la mina por el hermano Arhip, a quien los guardianes llamaban Buluie Vasile. El santísimo abad que le había pedido una vez que dejara de tirar por cualquier lado las mechas cortadas de la coronilla, que las recogiera en un saco (seis al día, cuarenta y dos a la semana, ciento ochenta en abril, junio, septiembre y noviembre, ciento ochenta y seis en otros siete meses y ciento sesenta y ocho en febrero, sin contar el ajuste de los años bisiestos), tenía contrato con un peluquero judío de Iași, que vendía su mercancía en Bonn y Marsella. Poco más tarde, los rayos hicieron que le picaran los ojos, parecían haber estado toda la noche en sal.

A su propio pelo le encontró un fin solamente en las montañas, donde, aparte de la cría de rebeco encontrado muerto entre unas peñas (con cuya piel se había hecho un gorro), ya no se aprovechó de los regalos de ningún animal, fuera esquilándolo, ordeñándolo, friendo su carne, fuera de otro modo. A principios de otoño, había logrado elaborar un aspa, husos y todo lo que le

había sido necesario para transformar las mechas negras azuladas en ovillos para hacer ganchillo, y con las costillas del rebeco, dejadas a la sombra y después en un torrente revuelto, para lavarlas bien, hizo una especie de agujas, con las que con el tiempo (¡y por cuánto tiempo!) tejió guantes, chalecos, una bufanda, calcetines, una manta, dos jerséis y hasta un tapiz para su gruta, en el que escribió el *Credo* con infusión de genciana. A decir verdad, también su ropa blanca estaba elaborada con el pelo que le crecía sin parar y que tenía que cortar cada cuatro horas. Habría podido, a lo largo de tantos años, renunciar a los calzoncillos, pero una vez se había puesto a leer, después de familiarizarse con las letras y su concatenamiento, la *Regla de San Pacomio* tal como había sido traducida en el Monasterio de Dobruşa en 1929, obra de San Teófano el Recluso. Y recordaba en primer lugar de aquel librito que «¡Ay de aquel que habiendo renunciado al mundo para consagrarse a Nuestro Señor Jesucristo no vive según las promesas a Él hechas!», y después que el mismo señor de los tabenitas llevaba vestidos de pelo áspero, que se ceñían por arriba, para enfriar las calenturas del cuerpo masculino. Allí, entre las peñas a las que no subía nadie, ni los pastores con sus ovejas, ni las personas de uniforme, ni los viajeros atraídos por las vistas y lo desconocido, Onufrie, tal como se había evadido del campo de trabajos forzados, sin ninguna mochila a la espalda ni ningún hatillo al hombro, carecía de muchas cosas pero, antes que nada, de la Biblia, ya que aunque había escondido una en el tomento del colchón del dormitorio de la prisión, pequeña, con letras como pulguitas, no se le pasó por la cabeza llevarla encima también en la mina. Y se puso a recomponer de su puño y letra lo que la memoria le traía a la punta de la pluma de gavilán (una plumita o una pluma de ganso era inimaginable a tales alturas), utilizando para la tinta un aceite de arándanos y como papel, corteza de píceas, que prensaba cuidadosamente cada mañana y guardaba de la misma manera que se seca la madera de construcción. Se podría decir que vio la luz en los dieciséis años allí pasados un Evangelio según Onufrie, un texto excéntrico, abundante en escenas y referencias a la Santa Virgen, en realidad una pila, de hecho muchas pilas, decenas, unos cuantos metros cúbicos (suerte que se había cobijado en una gruta espaciosa en la que había espacio suficiente para almacenaje) de tiras de madera, trozos de corteza desconchados y resquebrajados con el tiempo, acumulados justamente por el mismo que había caligrafiado en su interior, en una versión sin precedentes, las Sagradas Escrituras. Esta operación, el esfuerzo de recordar, de creación, de preparación del soporte escrito y de la escritura misma, llenó un período de tiempo colosal, con estaciones, con alimento y

descanso, con meditación, con contemplación desde arriba del mundo de abajo, con cuidado de no dejar señales de su supervivencia en aquellos parajes, con la fascinación de levantar la vista para descubrir algo aún más arriba, con la espera tranquila, a veces precipitada, de la tercera aparición de la Purísima, eterna novia, La que tenía que confiarle Su proyecto y voluntad. Era bueno que Onufrie, a quien habían bautizado Gherghe y antes habían apodado Mechado, estuviera solo, oyendo únicamente los chaparrones, el soplo, el silbido o el gemido del viento en las cumbres, la caída de copos y de hojas, el vuelo, el trino y los pasos de los pájaros, los pequeños pájaros de peña, grises, asustadizos, las grandes aves de rapiña, cenizas, también grises, impávidas, flotando por encima de los despeñaderos y de las nieblas. El agua venía de Dios, de manantiales temporales o perennes, de torrentes o de surtideros de piedra cargados por lloviznas, agua siempre potable, aunque tuviera gustos distintos. Regar, no estaba obligado a regar mucho, porque no tenía inclinación por la jardinería y no había plantado de su mano más que nueve matas de lilo silvestre dispuestas en cruz, cinco en una línea orientada al este y dos a su izquierda y derecha, no al lado del refugio, sino más lejos, para que no pareciera la intervención de una mano mortal y despertara curiosidad. Cuando florecían todos, y florecieron dieciséis veces, creía que la Madre de Dios se acercaría a deleitarse el olfato con el perfume desparramado y a frotarse las mejillas con los diminutos pétalos. La esperaba cada día sin que la costumbre cambiara su esperanza, Le hablaba de todo, contándole sueños o viejos sucesos del pueblo donde le habían apodado Mechado y le habían bautizado Gherghe, de las ciudades por las que había pasado, del monasterio, del campo de trabajos forzados, Le agradecía a menudo su primera aparición y la segunda. La asaltaba con esperanzas y suposiciones. Alguna vez le parecía que las nubes formaban un rostro de mujer, que se parecía al Suyo, y en las noches serenas, fijándose en el firmamento, encontraba agrupaciones de estrellas que copiaban Sus rasgos. Tenía que estar preparado en cuerpo y alma para lo que había de venir, por tanto añadía aspereza a su ayuno y se confesaba a menudo, confesor de sí mismo, rogando perdón en primer lugar por la osadía de confesar y perdonar a la vez y solamente después por los demás hechos, entre ellos, siempre, por la necesidad de haber pinchado con la punta de las tijeras la pierna izquierda del Niño, en un icono, la víspera de la fiesta de los Santos Arcángeles Miguel y Gabriel. Las velas para la confesión y las de las misas en la gruta, delante del retablo que había pintado el primer invierno, estaban hechas de cera de abeja, recogida con dificultad y con cuentagotas, de huecos en troncos, ahumando

los nidos y aguantando picaduras a montones. Las otras velas las fabricaba con resina, por el mismo procedimiento utilizado para las primeras, derritiéndola al fuego y vertiéndola a continuación en troncos finos y rectos de saúco, vaciados de pulpa, por los que metía, poco a poco, a modo de mecha, hilos de su antigua zamarra. En lo que respecta a la Eucaristía, a falta de uvas había aprendido a extraer vino de frambuesas, pero no se permitía tomar la comunión justo después de la penitencia, sino que se castigaba solo, severamente, como un monje que descubre pecados a cada paso y busca nuevos grados de penitencia. Una vez, Onufrie se había mandado a sí mismo cien genuflexiones durante veintidós días porque le había hablado a un oso durante el ayuno de los Santos Pedro y Pablo, cuando se había impuesto la regla del silencio. Estaba recogiendo cola de caballo en un claro cenagoso, doblado por la cintura y con la cabeza en otra parte, el oso había surgido de entre unas ortigas sin que lo notara, se había levantado sobre dos patas y había dado un bramido terrible, le había escupido y le había rodeado un par de veces y él, olvidando su obligación, lo había calmado mirándole directo a los ojos, con el índice derecho en el aire, así como habría de agitarlo siempre más adelante, cuando llevara sombrero de paja, diciéndole de un tirón el hechizo que decía su madre adoptiva a los perros rabiosos, una serie de palabras rimadas y paganas que nunca hubiera creído que recordara. La fiera se había dejado caer sobre las patas de delante y se había quedado parada, después se había echado boca abajo, con el cuello y la barbilla en el suelo, soltando un sonido adulator, como un gimoteo. Cuando Onufrie le dio la espalda y se marchó, el oso le siguió obediente a una distancia de cuarenta pasos, sin acercarse más ni alejarse demasiado durante una semana, esperándole por la noche delante de la gruta, en la hierba, y acompañándole de día durante sus paseos en busca de leña y setas, agua, resina y hierbas, y lo abandonó solo después de que lo ahuyentara con piedras y muecas (injurias no oyó) porque su amo quería esperar en soledad la tercera aparición de la Virgen y Su mandamiento. A lo largo de su vida anacorética se impuso cánones más suaves o más duros, como son todas las cosas del mundo, desde ir descalzo y repetir hasta el infinito alguna oración hasta cargar a la espalda una tosca cruz de madera de haya y prolongar el ayuno absoluto desde la luna nueva hasta la luna llena. Incluso su soledad tuvo matices, lo que demuestra a los gramáticos que el adjetivo *absoluto*, en su forma femenina (correspondiente a soledad), permite grados de comparación. Porque una cosa habían sido los tiempos en que había olvidado la existencia de sus semejantes y otra aquellos en que encontraba, ni que fuera raramente, sus signos: huellas de botas, alguna

colilla, una botella vacía que conservaba el olor a aguardiente, una mierda seca rodeada de hojas de lampazo arrugadas y manchadas. Ya había marcado con las tijeras siete líneas en el dedo, la última todavía parecía una herida y no una cicatriz, lo que significaba que habían transcurrido unos siete años y un cuarto desde la aparición de la Virgen en la boca de la mina de cobre, cuando en algún lugar lejano, en un pico del cual le separaban incontables valles escarpados, los hombres empezaban a construir algo. No los veía, la distancia era demasiado grande, tampoco entendía qué hacían, distinguía una loma como un lunar o un forúnculo en un hombro fuerte, un punto que se había vuelto centelleante tanto de día como de noche, cuando ellos debían de clavar láminas de hojalata en el tejado y poner en marcha un generador eléctrico. Más tarde, no mucho después de aquel día de 16 de mayo en que pasaba el hierro afilado por el interior del índice derecho, para que saliera sangre en abundancia y llevara una cuenta clara del tiempo transcurrido desde la aparición de María Santísima, había sido la novena vez, había salido por algún lugar entre la neblina un pilar pintado en rojo y blanco, levantado por encima de aquella loma, una prueba para muchos de que se trataba de un relé de transmisiones o de radiodifusión, un motivo de angustia y de amargura para él, que se había convencido de que los hombres de abajo habían enloquecido del todo y ya no se inclinaban ante la santa cruz sino ante pilares pintados. Una noche de lluvia menuda y fría, mientras todavía engarzaba salmos de sus Evangelios en corteza de píceas mojando la pluma de gavián en el aceite de arándanos, oyó un ruido como de trueno y salió a ver la tormenta. Fuera llovía mansamente pero en el lejano pico se veían llamas como si el pilar y el edificio de su base hubieran sido fulminados. Onufrie sopló la vela, dijo apresurado sus oraciones y se quedó dormido profundamente con una especie de sonrisa impresa en los labios y los párpados, ya que el relámpago celestial había golpeado el despropósito de los pecadores. Una mañana, tres días después, cuando regaba las matas de lilo silvestre, encontró en la raíz de una de ellas, justamente en la del este, una bolsa pequeña de cuero, cerrada por arriba con un cordón. Dentro había una nota doblada, un lápiz y un trozo de papel marrón, arrugado pero limpio, preparado para la respuesta. No tuvo mucho que leer: «Les tiré cuatro granadas por la chimenea. ¡Perdóneme, padre!». Se quedó un rato con la nota en la mano, como una mariposa conquistada con retraso por las chispas de las explosiones, descifrando detrás de la mala letra y de los signos de puntuación, que estaban donde tenían que estar, que su aislamiento era solamente una ilusión, porque unos ojos ajenos le escudriñaban desde la espesura, desde las cumbres, desde la sombra del

bosque, habían estudiado sus rutas, horarios, placeres, habían atinado con bastantes de los secretos de su vida alpina. Su primer impulso había sido huir hacia la gruta, como si allí aquel mensaje implacable y asombroso se hubiera borrado y las cosas hubieran quedado como estaban, pero terminó sentándose en un canto anguloso, pasándose los dedos por la enmarañada barba, mirando ahora al suelo, a un hormiguero, ahora a la construcción que ya no humeaba, ya no brillaba al sol y ya no soportaba el pilar con rayas rojas y blancas, consciente de que a un monje, aunque haya tirado piedras a un oso, no le está permitido ahuyentar a una oveja descarriada. Al cabo de una semana más o menos, después de hacerse a la idea de que otra alma humana se había refugiado en aquellas espesuras, había cogido el cabo de lápiz (tendría cuatro o cinco centímetros) y había dejado que su mano se deslizara por el trozo de papel marrón. «Yo, indigno sacerdote, por el poder que me ha sido dado, te perdono y te absuelvo de todos tus pecados», había comenzado su carta y, antes de que llegara al saquito de cuero y de ser escondida bajo la mata de lilo silvestre, había sido completada con una bendición y con una explicación lapidaria sobre cómo debía ser tomada la sagrada comunión, un sorbo de vino de frambuesas, dejado caer gota a gota en una bellota seca, tapada con una pajilla. Su correspondencia fue, por otra parte, larga e intensa, sin superar nunca el estilo telegráfico y sin que el destinatario y el remitente se vieran la cara. Uno buscaba la gracia de Dios después de atreverse a actos turbios y el otro, como guía espiritual, se encontraba delante de unas confesiones que nunca antes habría imaginado. Habían cambiado desde el principio el lugar en que escondían las misivas porque al desconocido le parecía que las matas de lilo, tal como estaban dispuestas en cruz, cinco en una línea y dos a derecha e izquierda, podrían haber atraído miradas suspicaces. Y habían elegido como buzón, que utilizaron casi seis años, un agujero en una peña algo más grande que un puño, lo bastante profundo para que entrara el brazo hasta el codo, que tapaban con una piedra caliza. Por regla general, hoy, a aquel hombre que escondía su cara, pasos, morada, objetivos, se le llamaría luchador anticomunista de montaña, su identidad se habría perdido en la ceniza del tiempo y en el olor a moho del archivo del registro civil, nadie asociaría un certificado de nacimiento amarillento ni una casilla del obituario a pasajes de su biografía, a lo mejor todavía está vivo y recibe una pensión, a lo mejor sus huesos se pudren quién sabe dónde. Entonces, cuando compartían aquellos territorios hostiles, unidos uno al otro por las raras y concisas epístolas, relató no obstante cómo, en una cabaña, separó a los miembros del partido de los demás, les hizo ponerse en posición de firmes y cantar el himno real mientras

freía en aceite sus carnes con la hoz y el martillo y se quedó observándoles mientras se los tragaban hoja a hoja, con tapas y todo. También contó, con su indiferencia por la caligrafía (pero respetando la ortografía y la puntuación), cómo cortó el cable de acero de un funicular y cómo detuvo la partida de tablas reales entre un alférez y un brigada perforando con una bala, desde una distancia larga, la tapa de los sesos del primero, que cayó justo en el centro del tablero y tiró las fichas y los dados al suelo del mesón donde estaban pasando la tarde. Las confesiones, tan inusuales, extendidas en papel y no dichas debajo de la casulla, cerca del altar, no se resumían a hechos de armas (algunos fracasados, como el plan para descarrilar un mercancías militar con distintivos cirílicos que venía corriendo del este o el intento de salvar de un Volga^[10] negro a la viuda que le había escondido en su huerto), comprendían también sucesos sin olor a pólvora, por ejemplo los revolcones con la viuda bajo manzanos y ciruelos en flor, después con frutos, con frutos maduros, con hojas marchitas, deshojados, luego con brotes y de nuevo en flor. En realidad, el desconocido no llegó a la habilidad de las mujeres devotas de buscarse culpas en un lugar distinto de donde están sus faltas, no le puso la cabeza como una olla con violaciones de la severidad del ayuno o del rezo, no trajo a cuento, por medio del lápiz, muchísimas cosas que otros se habrían apresurado a dar a conocer, escogió a su modo lo que tenía que ser confesado, mencionando una vez el robo de un barrilete de aguardiente y, en unas cuantas líneas, sus revolcones a solas, en los momentos en que le asaltaban las ganas y alucinaciones en la soledad de las peñas. En lo que a él se refería, a cada nueva carta recibida (y pasaban meses entre una y otra), Onufrie abonaba mediante su comportamiento todo tipo de comparaciones zoológicas: se encogía en sí mismo como un erizo entre las púas o como una tortuga en el caparazón, desplegaba las epístolas con el temor y la curiosidad de un corzo atento a los saltos y chapoteos de una rana, rumiaba su contenido como un búfalo saciado y lo digería largamente y con dificultad, como una serpiente a un ratón. Perdonaba siempre al desconocido y lo absolvía de todos los pecados, aunque había un largo camino entre la bondad del monje y truncar vidas o castigar el cuerpo hasta el deleite. En la espera ininterrumpida de la Madre de Dios, Onufrie había dado con una especie de san Jorge, bebedor de licores fuertes y con el miembro empalmado que luchaba contra el dragón, señor de ciudades y pueblos, aquel que había levantado el pilar pintado en rojo y blanco en lugar de la santa cruz y que había enviado a monjes, sacerdotes y eruditos a cárceles para mejor poder engañar a los hombres. Y si resonaban armas y corría la sangre (al dragón, entre tantas cabezas, le

cortaban una de vez en cuando), entonces tenía que ser como en la guerra. Ambos, asceta y héroe, el primero con tres nombres (uno de monje, otro mundano y un apodo), el último de nombre oculto (si es que tuvo alguno y no era solo un espíritu), no dudaban de que en tales tiempos de confrontación, la atmósfera se había llenado de odio y sed de venganza (y la nube de polvo que había levantado el Volga negro que había desaparecido al mismo tiempo que la viuda había parecido más amenazadora y más abrumadora que todas las nubes). Como antiguo combatiente exaltado por el ardor de la batalla, el desconocido estaba convencido de que cualquier emboscada pedía un bloqueo y de que cualquier acción provocaba represión, no por motivos que tuvieran que ver con la rima o con otros rigores de la poesía, sino porque nada espoleaba más que los partisanos y sus golpes aturdidores a un ejército que se creía vencedor. No estaba lejos el día en que los soldados habían de rodear las montañas y empezar a revolver las depresiones, los vertederos industriales, los bosques, las matas, las mesetas altas y las laderas, en que (muchos y tupidos como las escamas del dragón) habían de estrechar los círculos de búsqueda hacia los picos, azuzar a los perros en todas direcciones, hincar las bayonetas en hormigueros y en la tierra fértil de los prados, encender fuegos en las bocas de las cuevas y de las simas para asfixiar con humo a cualquier ser viviente que se hubiera escondido allí, pasar por el tamiz cada palmo de terreno, buscando huellas, deseosos de matar y de dejar a los cuervos, buitres y gusanos un cuerpo tieso y frío. Y para que por lo menos uno de ellos pudiera recordar que tenía el cielo sobre su cabeza al final de aquel día era necesario tomar precauciones, imaginar los mayores males para poder encontrar con tiempo su antídoto, como con los venenos. Al desconocido no le parecía suficiente que utilizaran como buzón un agujero en una peña tapado con una piedra calcárea, temía que, yendo tan a menudo allí, en busca de nuevos mensajes, acabarían por dibujar un sendero y se delatarían. Había concebido en consecuencia un sistema de señalización que respetaron estrictamente a lo largo de los años, de manera que uno supiera cuándo le escribía el otro y la maleza y la hierba crecieran a su antojo alrededor de la peña, sin ser pisoteadas durante meses por las botas. Cuando sus acciones se amontonaban martirizantes y pedían ser escritas en una epístola para que fueran perdonadas, en el tronco de un abeto seco salían unos cuantos sombrerillos grandes de hongo yesquero, fijados ni demasiado altos ni demasiado bajos para que los pudieran ver los ojos que entendían su sentido. Cuando todas ellas, las acciones, encontraban la absolución en las palabras asentadas por el servidor de Dios, el hongo yesquero se mudaba a un

sicomoro caído, con cuya madera podrida se regodeaban todo tipo de bichos, que eran picoteados por pájaros pequeños, presa para turones, gavilanes, linceos y comadrejas. En cuanto a las misivas, ardían poco después de ser leídas y las cenizas eran esparcidas por el agua a fin de que se desvanecieran. Sin embargo, su código secreto no se limitaba al anuncio de correspondencia, hasta los machos cabríos avisaban a la manada con un silbido cuando surgían peligros y las lobas apretaban a los cachorros en agujeros y huecos en troncos de árboles. Escondiendo su aspecto, nombre, refugios y caminos, el desconocido guardaba bien su piel, pero no podía dejar a merced de la casualidad a su indulgente confesor, a quien había visto una vez acompañado por un oso manso como un perrito y observado a veces cortándose mechas de pelo de la coronilla y metiéndoselas en los bolsillos. En absoluto preocupado por la precaución y los detalles, así como tampoco estaba preocupado por su parecido cada vez mayor con las fieras (la barba le había crecido hasta el ombligo y sus ropas se parecían a una piel descuidada de animal), el monje se portaba como un niño reconciliado con su niñez, no desamparado ni inocente sino indiferente a la hostilidad desencadenada entre la gente. No había pedido protección ni la había querido nunca, había ocurrido así, sin que nadie se lo preguntara, que aquel hombre que le copiaba algo a san Jorge tenía también atributos de ángel de la guarda. Y del borde de una roca o por alguna chimenea abrupta rodaban piedras cuando aparecía alguna amenaza, una rama de haya era fijada en la copa de una de las píceas conocidas solo por ellos, y Onufrie, dondequiera que estuviera, tenía que refugiarse en la gruta y tapar la entrada con cortinas de hiedra y con piedras recogidas con antelación. En invierno, la avalancha se desataba con bolas de nieve, la rama de haya era sustituida por una pelota de paja que imitaba un nido y la hiedra por un pino cortado, clavado en la nieve. Habían convenido también en una señal para acontecimientos terribles, para aquella situación única y grave, vertiginosa, en que los soldados se hubieran pegado uno al otro hasta que el dragón se hubiera encarnado gracias a tantas escamas y hubiera empezado a bramar buscándoles. En tal circunstancia (¿súbita?, ¿despiadada?) se habría oído el graznido de un cuervo tres veces y, después de una pausa, dos veces más, después el graznido se habría repetido con la misma cadencia y en una pared de una peña gris, alta, seca casi siempre porque daba al sur, habría empezado a chorrear agua y a brillar al sol. La última parte de su acuerdo, una especie de confirmación de la dimensión e inminencia del peligro, implicaba que el desconocido se había encontrado cerca de la invasión de uniformes y había derribado la presa mediante la cual, hacía mucho, había cambiado el curso de

un manantial. Pero las cosas, tal como vienen dadas por Dios, no se cumplen según las previsiones humanas, así que aquel guerrero tacaño en el uso de balas y de granadas (no porque no hubiera tenido contra quién dirigirlas sino por la precariedad de sus reservas de munición) no llegó a levantar el madero colocado en el curso del agua y, aunque lo hubiera hecho, no habría servido para nada, porque el enemigo les había rodeado una mañana lluviosa, en que la pared de la peña estaba mojada y, el sol, enterrado bajo las nubes. En aquel día inevitable, que había intuido ya desde la nota encontrada bajo la mata de lilo silvestre y que había aceptado junto con la comunión dejada caer gota a gota en una bellota seca, aquel día del que, con escalofríos, se había imaginado tantas cosas y que había ido dejando en manos del futuro, Onufrie moldeaba velas de cera de abeja esmerándose en meter la mecha en la pasta amarillenta. Se asombró primeramente del pájaro que iba a tientas en medio del diluvio estruendoso e incansable de fuera, se le cayó después de las manos la vasija ardiente, no sintió la quemadura en el dorso de la mano, salió a la lluvia arrastrando tras de sí los haces de hiedra de encima de la entrada, sin volver a ordenar las piedras una sobre otra, corrió hacia el arroyo de la izquierda de la gruta (como había aprendido en una de las cartas) y, pisando únicamente el estrecho cauce, subió hasta encontrar el avellano torcido encima del regato, se agarró a su tronco y trepó sin tocar el suelo (para no dejar huellas al alcance de hombres y perros), pasó al árbol contiguo agarrándose a las ramas resbaladizas y de ahí al abeto en que le había sido preparado el escondrijo. No tembló, no perdió los estribos ni tampoco estuvo escuchando las voces que habían llegado debajo de él, sintió en la nariz humo de tabaco y vio unos cuantos gorros militares, todo el tiempo intentó discernir si los ojos de la Purísima tenían también el color de los uniformes.

Durante largo tiempo, desde el otoño de la furia del dragón hasta el siguiente, después desde aquel otoño hasta el siguiente y otras tres estaciones, no tuvo noticias del desconocido. Ya lo creía vivo, ya muerto, rezaba por él sabiendo que la oración se desliza hasta donde no llega el pensamiento, había estado a punto, a veces, de llevarle la sagrada extremaunción, pero se había abstenido para no obligar al bien a separarse del mal y que, Dios nos libre, triunfara el mal. En todo aquel tiempo de interrupción de la correspondencia, de vuelta a la tranquila vida anacorética, había añadido infinidad de pasajes a su extraño Evangelio, lo que había significado no solamente avanzar a grandes pasos por los caminos del Redentor y de la Virgen (¡sobre todo de la Virgen!) sino también un aumento preocupante, que superaba cualquier imaginación, de las proporciones de la obra. Antes que una reconstrucción

aproximada de las palabras y milagros de la Madre y del Hijo (¡sobre todo de la Madre!), aquella Biblia resultaba ser en términos prácticos un cuerpo gigante compuesto por miles o decenas de miles de tiras de madera largas y finas como una ripia, o un poco más anchas, un cuerpo que crecía de una semana a otra, al serle añadidos nuevos versículos y, se sobreentiende, nuevos fardos de corteza de píceas. A causa de las pilas que llegaban hasta el techo casi no quedaba sitio en la gruta para un camastro ni para un rincón donde poder respirar. El retablo, hecho con pinturas extraídas de todo tipo de plantas, había quedado tapado también por los voluminosos paquetes y Onufrie se veía en la necesidad de escribir, cocinar y comer, trabajar y rezar en un espacio estrecho como un trastero. En lo que respecta a la posibilidad de releer fragmentos antiguos de aquellas Escrituras, aunque había dejado pasillos entre los montones de corteza (libros y capítulos distintos por otra parte), las cosas resultaban demasiado complicadas. Sus escritos se extendían desde el fondo de la gruta hasta la entrada de manera que el principio y partes enteras posteriores (primeros episodios, el Nacimiento, escenas de la niñez de su Niño, dicho de otra manera, la casta y tierna juventud de María) habían quedado detrás, amontonadas y hasta allí se había vuelto muy difícil abrirse paso a causa del recorrido laberíntico, de las telarañas, de los desmoronamientos y de la oscuridad (las velas se apagaban por el camino por falta de aire y aunque hubieran ardido como es debido, igualmente no habrían ayudado en nada porque la madera o se había enmohecido o se había secado y podía encenderse en cualquier momento). Después, suponiendo que hubiera encontrado el párrafo buscado (y probabilidades habría habido, porque no había trabajado en comunidad, sino ordenada y escrupulosamente), ¿qué habría podido descifrar de una corteza utilizada como papel cuando era blanquecina y lisa, todavía llena de savia, pero que se había resquebrajado y desmenuzado en pedazos? Lo que había sido acabado hacía mucho tiempo era no obstante menos importante, las plumas de gavián estaban siempre afiladas y metidas en aceite de arándanos, con tales lapiceros y tal tinta las palabras traían nuevas palabras, una línea pedía otra, el tiempo transcurría con sus precarias unidades de medida: el corte del mechón de pelo negro azulado, las estaciones, el día y la noche, los años contados desde la aparición de la Purísima cerca de la mina de cobre. Se había hecho la decimosexta línea en el dedo índice derecho y el corte de cuchillo estaba atrapado debajo de una costra gruesa, negruzca, cuando una tibia mañana, con viento del sur, habían aparecido de nuevo sombrerillos de hongo yesquero en el tronco del abeto seco. Los habían cogido hacía poco, blancos por debajo y gris claro por

encima, como si les hubieran cortado la respiración y, aunque no sabía qué sabor tenían, ni siquiera los había tocado, le habían provocado los mismos mareos que las setas venenosas. Casi había olvidado el camino hacia el buzón, delante de él había crecido un rosal silvestre y, rebuscando en el agujero de la peña, los pinchos le habían arañado las manos. La bolsa de cuero, descolorida y remendada por un lado, estaba fuertemente atada por arriba como siempre; la nota de dentro le anunciaba que las personas de uniforme habían proclamado la amnistía y le explicaba de una manera distinta de la de los diccionarios aquella tentadora palabra, la cual intentaba difundir la idea de que la libertad podía ser regalada, no solamente ganada. Tocaba con las yemas de los dedos la página de cuaderno, por una de las caras las cuentas de un niño, sumas y restas por la otra, el texto que ya no parecía un telegrama pero que seguía despreciando la caligrafía. El desconocido no le animaba a volver entre sus semejantes, tampoco le desanimaba, creía no obstante que más pronto o más tarde decidiría bajar al mundo. Y le exhortaba a vestirse como todos los demás, a cortarse la barba y el pelo, a ser discreto y callado como una sombra extraviada entre cuerpos vivos («¡Es la hora de las sombras —afirmaba el desconocido—, se les escapan entre los dedos!»), le aconsejaba evitar los lugares poco poblados, monasterios, pueblos, obras en construcción, granjas, donde ojos curiosos y lenguas afiladas habrían sabido demasiado rápido y demasiadas cosas sobre él, suficientes para ser cuchicheadas con terceros (y firmar notas informativas), le pedía que fuera a grandes ciudades, atestadas de gente, porque estaría más a salvo entre la multitud que entre unas cuantas almas. No obstante, Onufrie no se había apresurado a abandonar las montañas, había estado escribiendo y escribiendo, primero, breve y afectuosamente, la epístola en que bendecía al desconocido y le absolvía por última vez de sus pecados, después el final de su propio Evangelio, final que no podía comprimir y del cual no podía abstenerse. Para hacer sitio a las pilas de madera que contenían los hechos de la Virgen posteriores a la Ascensión, había trasladado sus cosas fuera y había dormido unas cuantas semanas bajo un techo de ramas de abeto, una especie de tienda de campaña. Había escrito en períodos soleados, había escrito también bajo la lluvia, cuando había sacrificado decenas de trozos de corteza y los había colocado por encima a modo de tejas para que las gotas no se mezclaran con el aceite de arándanos y transformaran las letras en manchas de color lila. Un amanecer sombrío, con niebla, había hecho un fuego para calentarse y hervir agua para té, había escrito también entonces hasta el mediodía, después de lo cual, sin lavar la pluma de gavián como en cualquier descanso, sin comer, había empezado a

levantar el muro de la boca de la gruta. Había colocado las piedras en filas, por dimensiones y formas parecidas, por bordes que encajaran, había utilizado como mortero una tierra amarilla, pegajosa, amasada con arena. Cuando todavía faltaba un rato para que oscureciera, había afilado las tijeras que le había dado el pope Nae y, además de la mecha negra azulada, se había cortado la melena y recortado la barba. Había extendido las filas de hiedra sobre la pared recién construida y se había puesto en marcha hacia el valle a oscuras, con dos cestas llenas de frambuesas, una para cambiarla por ropa usada, la otra para un barbero que le afeitara con navaja. No murmuraba oraciones ni salmos, sino una cancioncilla de un gatito que se convertía en gato. Dejaba detrás, por el bosque, si tuviéramos que hablar de señales, un sinfín de píceas sin corteza.

De entre tantos oficios no se acostumbró a ninguno en las ciudades, aunque había tenido infinidad de ocupaciones, cada una durante una semana, dos, nunca más de once. Se podría decir que había sido, por orden, fogonero, portero, albañil, barrendero, tapicero, camionero, joyero, estibador, artista de circo, camillero, maderero, sepulturero, panadero y bastantes más, siempre con la gorra de dril puesta, que había obtenido (además de unos harapos) a cambio de una cesta de frambuesas silvestres y que encajaba a las mil maravillas con los nuevos tiempos. Los hechos habían resultado ser no obstante más simples que aquellos títulos y las semejanzas entre las profesiones mucho más claras que las diferencias, por ejemplo ser fogonero, albañil, estibador, maderero o panadero había significado para él (como aprendiz) una sola cosa: ir cargado desde la mañana hasta la noche, generalmente en la espalda pero también en los brazos. Solo era diferente la carga de la espalda o de las manos, primero carbón y leña de haya, después cemento y mortero, cajas con clavos y tornillos, tablas y cabríos, sacos de harina y levadura. Había metido luego en la misma categoría, la de la limpieza, los trabajos de barrendero, tapicero, camionero, joyero y artista de circo, al recoger polvo, basura y hojas de los bulevares, lavar todo tipo de felpas y lana de colchas, dar con la manguera a la carrocería de camiones y remolques en un garaje, bruñir cobre hasta que pareciera oro y metal blanco hasta que imitara la plata, quitar la suciedad de las jaulas de las fieras, especialmente la de un oso alicaído por la diarrea, el cual creía haber visto en algún otro sitio antes. Entre todas aquellas actividades, el trabajo de camillero había resultado ser una combinación de muchos otros, una mezcla entre mozo (pero con bata blanca) y mujer de la limpieza (pero hombre). Llevaba

personas que habían sufrido infartos, fracturas, conmociones, peritonitis, envenenamientos, ataques de úlcera o de intestino perforado, desmayos, hemoptisis, quemaduras, pancreatitis, retenciones urinarias y muchísimas otras desgracias del cuerpo, los llevaba con la camilla de la ambulancia a la sala de guardia, de la sala de guardia a las salas, de las salas a los laboratorios o a la sala de operaciones, de allí de vuelta a las salas y, lo que es más triste, a veces los llevaba de las salas a la pequeña morgue del patio; por otra parte, le ponían a fregar el suelo de los pasillos del hospital y de las salas de espera (¡y lo que quedaba por fregar! Y después de los trapos húmedos pisaban de nuevo botas, zapatos y botines). Como sepulturero participó en un solo entierro, cuando el oso afectado por disentería murió y unos cuantos artistas de circo lo envolvieron por la tarde en hojas de plástico para dejarlo por la mañana en manos de los basureros. Se había enterado de los detalles por un antiguo colega a quien encontró en el tranvía, había ido por la noche a la casa de las fieras y había robado el cadáver, había cavado la tumba en un parque lejos de las farolas, a oscuras, atento a cualquier ruido, sobre todo a los pasos de policías que patrullaban por los paseos con una linterna, a continuación se había cortado la mecha de la coronilla y la había tirado a la fosa, encima del oso, había murmurado una oración con una vela encendida, había llorado, después había cogido de nuevo la pala y había cubierto aquel cuerpo que habría debido pudrirse en las montañas y no en medio de la ciudad más grande. Solamente como portero había logrado descansar, incluso después del entierro había descansado demasiado, hasta que le habían encontrado durmiendo a pierna suelta en el vestíbulo que vigilaba, al mediodía, acurrucado al lado de un radiador. En todo aquel tiempo urbano, poco más de dos años, no padeció hambre más que por propia voluntad, cuando hacía ayuno absoluto, y se tumbó bajo el cielo abierto solo cuando quiso inspirar el viento de primavera o cerrar los ojos bajo la multitud de estrellas. Por lo demás, tuvo qué comer y tuvo un techo sobre la cabeza, fue de trabajo en trabajo y de lugar en lugar no porque fuera inestable, así ocurría, en todas partes era callado y obediente hasta que alguien blasfemaba contra Dios o Jesucristo, hasta que notaba que le tiraban de la lengua o que le seguían, hasta que veía burradas como las de los joyeros o de los albañiles (desaparecían sacos, ladrillos y maderos por él cargados), hasta que era acorralado por alguna mujer (como en el taller de tapicería, cuando le había manoseado el trasero y entre las piernas una pecosa que no paraba de intentar ponerle en la cara un seno), hasta que le golpeaban (el conductor, un cachas rubito que le había dado una bofetada porque no había vaciado el cenicero de la cabina del

camión), hasta que descubría a alguien hurgando entre sus cosas (como en la panadería) o hasta que se echaban por tierra sus ilusiones y fervores (como en el hospital, donde había estado once semanas creyendo que ayudaba a los enfermos y sus parientes preocupados pero se encontró un día con dos individuos en la camilla, los dos con hijos, ambos casados, un ingeniero y una proyectista, sorprendidos enroscados sobre una mesa, que se habían quedado pegados como dos perros en la monta, por otra parte un caso médico clásico llamado *penis captivus*). Creía entonces, según iba transcurriendo la historia, que la Santa Virgen debería haber estado disgustada con las ciudades y haberles dado la espalda, pero estaba seguro de que Ella no se dejaba dominar por una tal indignación y trataba de repartir alegría, por lo menos granos de alegría, allí donde cabía tanta tristeza y donde sucedían bastantes infamias. La esperaba con emoción (por la calle, en mercados, en tiendas, en autobuses) temiendo que Su señal viniera de improviso y pasara desapercibida, sabía que la Purísima podía encarnarse en cualquier lugar y en cualquier momento, sin que él hubiera recompuesto Su biografía e identidad para vivir entre los hombres. En lo que a los hombres se refiere, aunque demasiado pocos llevaban uniforme, se comportaban como si los botones, las hombreras y los cinturones se les hubieran clavado en el corazón, se habían acostumbrado a respirar un aire de cuartel, de miedo, por interés, por resignación, por indiferencia. Viviendo en ciudades grandes, perdido entre la multitud (tal y como le había enseñado aquel desconocido de las montañas), había visto no obstante también la cara buena de las cosas: había renunciado a seguir siendo su propio confesor, porque habría sido un pecado sin igual continuar cuando se podía confesar con un cura, encontraba cada cuatro horas un cubo de basura en el que tirar el mechón negro azulado, entraba diariamente en una iglesia (siempre distinta, para no llamar la atención) y rezaba a sus anchas ante los iconos de la Virgen, ya no se veía en la necesidad de hacer ganchillo y ni de confeccionar ropa de su propio pelo, le daban bastantes cosas de limosna (así como le habían vestido en su bautizo tardío con la camisa blanca del otro Gherghe, el caído en Turtucaia), no faltaba nunca los domingos y las fiestas de guardar a la santa misa (aunque le habían echado de unos tres trabajos por faltas de asistencia), ocurría a veces que tenía calor cuando fuera hacía muchísimo frío, chocó huevos de Pascua rojos y respondió «¡En verdad ha resucitado!» al «¡Cristo ha resucitado!». Por encima de todo le llegó de nuevo a las manos una Biblia, distinta de aquella con forma y dimensiones desconcertantes que había tapiado en la gruta, con las tapas marrones gastadas en las esquinas y en las costuras, con páginas amarillentas y manchadas. Leyó

y siguió leyendo, leyó hasta que se hartó de estar a salvo entre la multitud y subió al primer tren que salía de la más grande estación de la más grande ciudad.

Rumores e historias nacían también aquellos años, se hablaba más fácilmente de milagros que de tierras colectivizadas, los milagros pasaban por alucinaciones de las viejas mientras que las discusiones sobre el fusilamiento de caballos o los cupos de lana, cereales y huevos llevaban a investigaciones y represalias. Onufrie, que había vuelto a su nombre monacal nada más pisar los escalones del vagón (y que no tenía atributos de héroe popular), recorría pueblos y villas atento a las charlas de las puertas, a los cuchicheos de iglesias y cementerios, buscaba noticias sobre posibles obras de la Virgen, siguiendo no tanto el hilo épico de las narraciones como sus ubicaciones geográficas, en ellas veía una oportunidad de descubrirlas en una gran extensión terrestre e investigarlas de cerca. Se había puesto en marcha hacia las lágrimas de crisma de la Madre de Dios, vertidas en un pueblo de Vlaşca (se guiaba por la toponimia antigua, conocida por todos), y había encontrado allí, delante de un cordón de soldados que rodeaban la iglesia, una multitud abigarrada y cansada —enfermos de todo tipo (ciegos, mudos, paralíticos, sordos, epilépticos) acompañados por madres, padres, cónyuges, hermanos, gitanos a montones, mocosos, mujeres llorando por tantos y tantos motivos (algunas acariciando una fotografía), seminaristas, agentes de la policía secreta, ancianos adormilados, curiosos de todo tipo, monjes y monjitas, tractoristas y pastores. El sacerdote no había sido visto desde hacía ya cuatro días, desde que le tomara declaración la milicia en una casa de mejor ver que las otras, con unas fotografías polvorientas, en una de las ventanas, de unos supuestos ladrones de gallinas. Habían improvisado también un pequeño comercio a la espera del párroco, una gitana seca y otra con la nariz como una patata vendían pipas y una jovencita juguetona se había atrevido con el pan dulce y el refresco de saúco transportado en garrafas. Anteriormente, un viejo lo había intentado también con crucecitas talladas en madera de tilo pero lo había echado el teniente de uniforme azul celeste. Durante la semana que pasó junto a los demás al raso, Onufrie no oyó campanadas (al monaguillo le habían ordenado no salir de casa y un soldado, reemplazado cada seis horas, le vigilaba en el soportal), miró las cornejas que descansaban en la cruz de la aguja del campanario, las nubes de polvo levantadas por encima del campo y el resplandor de la salida del sol en el arroyo, escuchó cómo unos decían que las lágrimas salían del ojo derecho de la Purísima y se detenían en su barbilla, cómo otros decían que resbalaban por ambos ojos, llegaban a los pómulos y

goteaban en el suelo, comió moras, un trozo de polenta fría que le dio una niña, dos *bretzels* que le dio una viuda, una mañana tuvo que mentir y decir que estaba mal de la barriga, levantarse de la hierba y desaparecer un rato, cuando se sentó a su lado un hombre con la ropa demasiado limpia y demasiado a la campesina (parecía un danzante sin cascabeles) que no paraba de charlar sobre la estupidez humana y sobre la estafa cometida por el pope al poner aceite con cuentagotas sobre un triste icono. El hombre le había tanteado y, al volver, aunque se había ausentado más de una hora, le había dado unos golpes amistosos en la espalda y había seguido enumerando miserias sobre el dinero, las esteras, las vasijas y las toallas traídas por los creyentes y que la mujer del cura se llevó a su casa, sobre los vínculos probados entre el cura y los bandidos de las montañas, sobre la inclinación de la prole sacerdotal, un niño de nueve años, por la literatura fascista, sobre la suerte de que hubieran llegado las tropas de Asuntos Internos para salvar al pueblo de una tal estafa. Las puertas de la iglesia no se abrieron durante todo el tiempo que estuvo esperando a que se abrieran, solo el buen Dios sabe qué ocurría con aquel icono de detrás de las puertas atrancadas (después de su huida, el icono fue quemado y las puertas volvieron a abrirse); hacía mucho le había intrigado la bofetada que le había dado el cachas rubito (el camionero cuyo cenicero no había vaciado) pero le había dado en los testículos al hombre vestido como para una boda, fuerte, con el pie, como para ser apreciado por todos los bandidos de las montañas y especialmente por uno en concreto, después corrió por rastros y por entre hileras de maíz, hacia un bosque. Estaba convencido de que María Santísima habría de darle a conocer en otra ocasión Su plan, al día siguiente, al cabo de ochenta, puede que de miles de días, cogió un camino de carro, dio con unas vías de tren y las siguió hacia la izquierda (ajustando sus pasos a la distancia entre las traviesas), después se fundió en el horizonte. Reapareció más adelante (puede que hubieran pasado casi tres años) en torno a Sandica, la Trompeta de Dios, una chica en los huesos con un ojo fuera de la órbita y el otro castaño a quien transportaban en un carro con toldo. Estaba siempre tumbada, envuelta en gruesas mantas o solo con una sábana (según fuera sacudida por escalofríos o calenturas), las venitas de las sienes y del dorso de las manos parecían ya azuladas, ya cenizas (en función de la luz del sol y de sus estados de ánimo), bebía únicamente agua y comía exclusivamente pescado hervido (que limpiaban de espinas, machacaban hasta que quedara hecho una pasta y le daban con cucharilla), dormía mucho, agotada por su don (la bañaban cada vez oleadas de sudor que le mojaban la camisa y las sábanas, pero las mujeres

la lavaban mientras dormía, con cuidado de no despertarla, la ungían con aceites para que no perdiera el olor a rosas, le cambiaban la ropa y las sábanas), raramente reía (una vez por estación), pedía de vez en cuando flores silvestres (sobre todo ramos de margaritas), cuando gritaba largo y agudo detenían inmediatamente el carro (si estaba en camino) o abandonaban apresurados sus quehaceres (si habían acampado en algún lugar) y se amontonaban a su lado, de rodillas, con las frentes pegadas al suelo, con las manos juntas en el pecho, dejando que se retorciera de dolor con el pelo negro suelto, bebiendo sus palabras una a una y todas a la vez, al fin y al cabo aquellas palabras no eran suyas (solo los labios y la lengua le pertenecían), eran las palabras del Redentor pronunciadas para todos los mortales pero oídas primeramente por ellos, los acompañantes de Su Trompeta. Y los acompañantes de Sandica comían a su vez solo pescado hervido y calmaban su sed únicamente con agua, no se permitían ni beber infusiones, iban siempre a pie delante y detrás del carro con tienda, su peregrinación ininterrumpida carecía de destinos (¡por imprecisos que fueran!), su objetivo no era otro que andar para propagar el grito largo y agudo y después las palabras de Jesucristo en cuantos más lugares mejor, no necesariamente para que llegaran a los oídos de los hombres, sino para que las llevara el viento como el polen y cayeran como la bruma. No eran muchos, a veces seis o siete, otras veces treinta, habían aceptado en un momento dado borrar la aureola de virgen que rodeaba a la chica al saber que los uniformes azul celeste querían dispersarlos e internar a Sandica en un hospicio. Habían ido al ayuntamiento de una pequeña ciudad, delante de un oficial del registro civil, de donde habían salido con un certificado de matrimonio entre la Trompeta de Dios (con su nombre de los registros) y Iancu, hábil pescador (de cacho y barbo en ríos, de trucha en lagos de montaña, de carpín, perca y alevín en charcas), un chico que la conocía desde que era pequeña, desde que sus padres habían empezado a acostarla en el gallinero y a darle de comer junto con las aves. Bajo la cobertura de aquel documento en que reinaba el emblema y la bandera de la república, su virginidad quedó intacta y su fama siguió creciendo. Aproximadamente entonces se les unió Onufrie, cuando los habitantes de las poblaciones por las que pasaban no les hacían caso, es más, hasta les maldecían después de que los uniformes azul celeste se hubieran preocupado de que se supiera que Sandica se había casado (¿y quién ha visto que una esposa sea todavía virgen? ¿Quién ha oído que una santa haya dado de buen grado su virginidad?), era la época en que un americano había pisado la Luna y un enjambre de canallas, unos con hombreras y grados militares escondidos

debajo de la ropa, otros ni siquiera eso, propagaban la voz de que, desde que Sandica había descubierto lo que era un falo, no le bastaba su marido y los llamaba a todos a la tienda, por turno, y les obligaba a que le hicieran de todo, por otra parte ya no gritaba largo y agudo por nada del mundo. En tales circunstancias, miraron hostiles al hombre con gorra de dril que les había esperado en una encrucijada, intentaron unas cuantas veces ahuyentarlo (con piedras, con puños levantados amenazantes), lo mantuvieron un tiempo a raya (como había tenido también él a un oso), no lo aceptaron hasta el día en que creían haberse librado de él pero había vuelto al atardecer y había tirado a sus pies un pez más largo que un ganso y más gordo que un pavo, con escamas como monedas grandes de oro, con la cola de dos palmos, repleto de hueva, retorciéndose todavía en la hierba, un pez como no habían visto nunca otro igual y que debía de pesar unos quince kilos. La desconfianza les volvió pronto cuando uno de ellos se fijó en que sus cortas desapariciones no eran casuales, como para satisfacer las necesidades de la naturaleza, sino que ocurrían con una precisión cercana a la de los relojes, cada cuatro horas. Temieron que enviara señales de manera que los uniformes azul celeste supieran sus trayectos marginales y cada vez más tortuosos, pero no se podían imaginar de qué manera lo hacía porque el recién llegado no encendía fuegos, no soltaba palomas mensajeras, no llevaba una mochila ni ningún otro equipaje en el que transportar un emisor, no gritaba ni tampoco imitaba los sonidos de los animales. La mañana en que le siguió a hurtadillas hasta unas matas de saúco y chopo blanco, Iancu les trajo la respuesta: el barbudo huraño, con su dedo desgarrado por cicatrices, de quien él (como pescador) había dicho desde el principio que había gato encerrado (al fin y al cabo nadie habría podido pescar con un hilo y un anzuelo tal carpa), se cortaba de la coronilla un mechón grueso de pelo y lo dejaba entre las hojas, para que lo olieran los perros de los soldados y dieran con su rastro. Onufrie no sintió la necesidad de excusarse, les pidió solamente que tuvieran paciencia hasta que anocheciera. Y, como no había vuelto a pasar desde su niñez (desde antes de ir con la vieja Vuța a la feria), fue con la cabeza descubierta para que todos fueran testigos y entendieran, incluida la chica con las venitas de las sienes y del dorso de las manos ya azuladas, ya cenizas. Estuvieron en círculo a su alrededor, no le dejaron solo ni un momento, miraban asombrados cómo la mecha crecía a ojos vista, recta hacia arriba, tiesa y embetunada, distinta del cabello lacio y espeso de pelos blancos, cómo se alargaba e hinchaba como un cono grande de abeto, cómo empezaba a desteñir, a reblandecerse y a gotear un líquido amoratado antes de que él la cortara con las tijeras. Hasta la puesta

del sol (era miércoles y el sol se había retirado neblinoso para prevenirles de que el jueves llovería) asistieron tres veces a aquel ciclo, con compasión, con remordimientos, mudos cada cuatro horas como pescados hervidos. Y el jueves ciertamente llovió (ya desde el amanecer) y cuando se despertaron lo encontraron a la entrada de la tienda, hablando por lo bajo con Sandica, ella hacía girar en su regazo un ramo grande de margaritas que él debía de haber cogido durante la noche. Después se fue con su gorra de dril puesta, no por el barro del camino sino a través de un sembrado de centeno, hacia el nordeste. Traspasó la puerta de Mînaștirea Neamț el sábado al mediodía y ya durante la víspera llevaba hábito y bonete. El primer mes de después del regreso se preocupó por tejer una alfombrilla negruzca, dura como si fuera de cerdas de caballo, que colocó delante del viejo icono de la Madre de Dios.

Más de veinte años se arrodilló sobre aquella alfombrilla áspera, examinando siempre el pequeño araño de la pierna del Niño, rezando, cansándose por un lado, pero conservando su impulso y paciencia por otro, encaneciendo poco a poco, adelgazando, consumiéndose, descubriendo nuevas interpretaciones para lo que había ocurrido y vías impensables para lo que había de llegar, acostumbrándose a su piel cada vez más surcada por arrugas y a los mareos, ahogándose alguna vez, volviéndosele negra la luz del sol y de las velas cuando se ponía de pie. Cayó justo allí, delante del icono de María Santísima, cuando la iglesia estaba vacía y una araña pequeña acababa de atrapar una mosca en su tela de encima del púlpito. Lo encontraron estirado sobre las losas frías, aunque él todavía estaba caliente, con las rodillas todavía sobre la alfombrilla negruzca. Los monjes se habían enredado en sus propias vestimentas y cada uno en el miedo y la confusión de los otros, el enfermero y el conductor de la ambulancia se habían santiguado al llegar con la mano y al final con la punta de la lengua entre los labios (porque tenían las manos ocupadas), los enfermeros habían cargado también en la camilla su cuerpo inerte, aunque caliente (y se rieron de la mecha negra azulada cuando le cayó el bonete y rodó por el entablado), y los médicos habían diagnosticado un derrame cerebral. Se le había paralizado toda la parte izquierda y apenas podía mover la mano derecha; lo que le mostraba el espejo de la sala cuando daba con su cara era repulsivo y doloroso. Al principio le daban de comer con una cucharilla por la comisura de la boca, le habían puesto en la cama una cantimplora y un chicuelo asmático, de campo, que había conseguido descifrar una nota escrita por él en tres cuartos de hora que contenía una única proposición, le cortaba seis veces al día el pegujón de la coronilla. Después las cosas se habían suavizado: la sopa ya no se escurría por la barbilla y los

fideos ya no le colgaban de los labios (sorbía bastante bien), se aventuraba a pronunciar algunas palabras sin asustarse al oírse (el vocabulario de los bebés le parecía suficiente), había empujado la Biblia hacia el chicuelo que le velaba (con el esfuerzo con que antes habría movido un saco de carbón o un bidón de col en salmuera), utilizaba otra vez las tijeras del pope Nae (aunque él no las afilaba ni tampoco las manejaba como era debido). Llegó a los baños de aquella ciudad de montaña al verano siguiente, cuando hablaba con chasquidos y demasiadas jotás, pero lo bastante claro para que los empleados del establecimiento le entendieran y le contestaran. Masticaba, se tapaba en la cama y se colocaba la almohada sin ayuda, avanzaba hacia la ventana a lo largo de una barandilla fijada en la pared arrastrando la pierna izquierda detrás de los pasos de la pierna derecha, miraba los bosques, cumbres soleadas y pedazos de cielo, a veces distinguía a través de los cristales sucios y a través de la cortina solamente árboles húmedos, niebla y nubes (¡y qué rápido corrían las nubes!), lo paseaban hasta la sala de tratamiento en una silla de ruedas, leía, comía dulces y le daba dinero a una asistenta para que le comprara caramelos y frutas confitadas, rezaba a oscuras, pero no para curar su cuerpo dividido en dos como tantas otras cosas en el mundo, sino por la redención del alma que se había quedado en la mitad sana, aunque el corazón estuviera en la parte enferma. Veía alguna vez la televisión, mal que le pesara, porque la voluntad de la mayoría era decisiva también en el sanatorio, después de masajes, tratamientos con barro, baños ionizados, rehabilitación y electroterapia, después de la comida y de la siesta.

En relación con aquella noche, todos sus compañeros de habitación tuvieron algo que contar, que comentar, que añadir, aunque uno de ellos habría podido callar tranquilamente porque había ido al patio a una partida de cartas y los otros tres, que habían visto entero el documental sobre el amamantamiento de las crías de ballena, no quisieron reconocer por nada del mundo que, en aquel momento, nada les pareció raro. El reumático 1, por ejemplo, decía que sintió una corriente de aire caliente que había hecho temblar su manta hacia la mitad de la película y que le había obligado a renunciar al chaleco; el gordo con piedras en los riñones afirmaba que, a escondidas, simulando prestar atención al programa, el monje tomaba unas pastillas grandes y rojas; el ingeniero de minas con silicosis decía que había sorprendido al viejo andando y balanceando los brazos sin problemas, pero que guardó el secreto para ver hasta dónde llegaba el engaño; el reumático 2, el que había salido a fumar y a matar el tiempo jugando a cartas, juraba que el viejo se había vuelto fosforescente una semana antes de todo aquel embrollo y

que él, que padecía insomnio, había estudiado largamente los rayos verdosos que desprendía, es más, hasta había hecho un crucigrama iluminado por su luz. La versión de Onufrie referente a su restablecimiento milagroso (porque había bajado de la cama al final de aquel documental, había corrido hacia el televisor con las manos levantadas y con los dedos separados, había caído de rodillas sollozando, con resuellos, con hipo, con gemidos, había balbuceado cosas ininteligibles y había restregado la frente por la alfombra hasta pelarse la piel) era que *por tercera vez había descendido la Madre de Dios de entre los cielos para darle su apoyo y confianza*, se había apoyado con Su frágil hombro en el televisor, conmovida por la ternura de las ballenas y la torpeza de las crías, le había ordenado que se levantara y que anduviese (como había hecho también el Hijo con la hija de Jairo y con el paralítico) y le había hecho partícipe, cuando ya ni soñaba con que fuera posible, de Su obra. Esto les decía, por lo menos, a sus discípulos y ayudantes, con quienes erigía el monasterio de Piatra Roşie, en el lugar y de la manera decididos por Ella.

3

Según había descrito las cosas el ayudante del carpintero, se trataba de un diluvio de huesos humanos no caído del cielo, como la lluvia, sino surgido de la tierra. Para Onufrie, que había dejado el claro de Piatra Roșie con la sobrepelliz y la casulla bajo el brazo, a pasos rápidos, con los trocitos de incienso en el bolsillo y con ocho velas en la mano, la imagen del diluvio se podía ver desde arriba, desde un recodo desnudo de árboles del camino, como si el recinto del castro hubiera sido un hormiguero. No se había imaginado ni por un instante que el jovencito con serrín en las cejas y con los pantalones arremangados estuviera diciendo bobadas, pero sintió una tibia ráfaga de viento (aunque el viento no soplaba) apenas vislumbró aquel lejano alboroto (¡como si en el hormiguero hubiera caído una mariposa o una langosta!). Con las prisas de la bajada, el incensario se daba contra los árboles y contra la hebilla del cinturón, sonaba ahora apagado, ahora como cascabelitos, ahogaba generalmente el murmullo del padre (oraciones o reniegos) y también calmaba el celo con que el discípulo, que no decía esta boca es mía no paraba de retorcerse las patillas. En el linde del bosque les salió al paso un soldado, no para detenerlos ni para asustarlos (a pesar de que lo había logrado, estando él mismo muy asustado), sino para rogarles que no le dijeran a nadie, sobre todo a los oficiales, que le habían encontrado durmiendo. Tenía la chaqueta arrugada, llena de briznas de hierba y agujas de abeto, desabrochada, es posible que hubiera soñado algo bonito porque todavía tenía los ojos lechosos; se apellidaba Butîlchin o algo así, su nombre seguro que era Andrei, les enseñó el camino más corto hacia la ciudadela y les contó confuso algo sobre unos cráneos, muchos cráneos, utilizaba además bastantes palabras en ruso, de las cuales no entendían nada. Más abajo, por la pendiente que iba a dar a las fortificaciones, Onufrie se paró dos veces y se santiguó, primero cuando dieron con un dromedario (con las patas delanteras atadas, masticando brotes de frambuesas y dientes de león, bien almohazado e indiferente a las nubes de moscas, un grandullón el camellito, como bastantes debieron de haberse encontrado la Virgen, San José y el Niño en la época de la huida a

Egipto), después cuando se les apareció de repente la fosa de entre las ruinas, cerca, ni a cien metros, más extensa que profunda, rojiza a causa de la tierra arcillosa y del sol de mediodía, con manchas blancas aquí y allá, rodeada por un gran número de personas, la mayoría de uniforme. En la segunda parada, cuando le pareció que el viento soplaba con fuerza (y el viento se empeñaba en no soplar), levantó el índice de la mano derecha y pronunció aquella frase que, según él, lo resumía y contenía todo, por otra parte un enunciado simple sobre la aparición de la Virgen. Las palabras seguro que no se oyeron en el valle, había mucho alboroto alrededor de la fosa común y de cualquier manera el sonido sube, no baja, pero, aunque se hubieran abierto paso hasta allí y se hubieran oído claramente, es difícil suponer que hubieran sido entendidas del todo por los hombres de uniforme, aunque les afectaban directamente (porque le habían golpeado en el patio de un monasterio, le habían empujado dentro de un camión con toldo y le habían condenado a trabajos forzados, le habían perseguido después de su evasión durante dieciséis años y no habían conseguido atraparlo, le habían hecho posteriormente todo tipo de porquerías y ahora, en solamente unos minutos, habrían de asistir a cómo celebraba un funeral e incensaba las osamentas y sus cabezas descubiertas, puede que inclinadas, puede que no). También entonces, en la segunda parada, el ayudante de carpintero advirtió que la barba del padre se había erizado.

Y le escucharon unos treinta soldados y unos cuantos oficiales, también le escucharon otras personas, bastantes, con ropa de calle. Al borde de aquella gigantesca tumba, sin cruz (cuando habría sido conveniente que tuviera muchas cruces), Onufrie empezó las exequias convencido de que nadie lo había hecho en su momento y de que los muertos habían pasado al otro mundo sin confesar, sin comulgar y sin vela, continuó con todos los réquiems y con la absolución de los huesos (que en cualquier caso se habían esparcido cada uno por su lado, se habían mezclado y se habían roto, de manera que ahora nadie podía recomponerlos) y terminó con la oración votiva de los cuarenta mártires de Sebastia, más breve que en la iglesia porque las velas se habían vuelto como dedales y él había enronquecido más de la cuenta. A lo largo de la ceremonia, la mayoría había perdido la paciencia, cambiaban de pierna, juntaban las manos a la espalda, delante, palpaban los bolsillos con las yemas de los dedos, tosían, bostezaban, estornudaban, iban de aquí para allá, buscaban y a veces encontraban formas de engañar al aburrimiento cuchicheando entre ellos u ocupándose de cosas sin importancia, como había ocurrido, por lo que había captado involuntariamente el padre, con un oficial joven que leía un periódico doblado, con uno con un uniforme azul marino,

calvo, que se cortaba las uñas y los padrastrós con el cortaúñas, con una mujerzuela rechoncha que apuntaba algo en una libreta, con un gordo adormilado, con traje *beige*, con un hombre con camisa a cuadros que, de vez en cuando, mordía con cuidado una rebanada de pan tostado. Aunque la atención de Onufrie no estaba necesariamente repartida por los cuatro puntos cardinales, merecía la pena suponer una atención distributiva. Celebrando el oficio en la parte de poniente de la fosa común, estremecido por la suerte de los vivos que se habían convertido en otros tantos muertos y preocupado por la suerte de los muertos cuyos huesos se había multiplicado por mil, había oído unas cuantas veces los bramidos del dromedario capado y presumido que venían de la cuesta del bosque y había dado, entre las decenas de caras, con una mirada que helaba. El camellito berreaba durante los cantos de eterna memoria y se calmaba cuando silbaba un hombrecillo con una cámara de fotografiar al cuello; la figura del oficial más entrado en años era seca, con pómulos afilados. Entre la multitud también había unos ojos chispeantes, de otro viejo, uno con una dentadura demasiado sana como para que no fuera postiza, unos ojos que parpadeaban a menudo y derramaban lágrimas, seguramente a causa del sol que les daba directamente, camino del ocaso. Al final, cuando Onufrie y el jovencito con serrín en las cejas se preparaban para volver al claro de Piatra Roşie (ya que las osamentas habían pasado a la protección del Señor y, además, llegaba el momento de cortar la mecha negra azulada), el hombrecillo pidió disculpas por el entusiasmo del dromedario, el viejo con traje de lino le había besado la mano antes de que él lograra retirarla, un policía bigotudo le dio las gracias a su manera, con palabras falsas y trabadas que olían a cebolla, y uno de los oficiales con uniforme azul marino había venido como simple correo con una pregunta de parte del comandante: ¿por qué y hasta qué punto estaba seguro de que aquellas personas, los muertos, eran cristianos y necesitaban tales oraciones? Cuando subían hacia el monasterio, les había alcanzado la mujerzuela rechoncha, que traía en la mano un aparato pequeño, como una radio, pero que no cantaba ni hablaba, sino que crujía ligeramente cuando ella apretaba un botón y lo acercaba a la boca del padre.

Al día siguiente, al alba, antes incluso de que se despertaran los discípulos que le habían cogido demasiado gusto al sueño, Onufrie se había convertido sin saberlo y sin quererlo en el héroe de un artículo de periódico con el título «Un monje santifica las osamentas de los mártires».

CAPÍTULO VI

I

La historia de aquel viaje predicho por el café (más concretamente de la embarcación, del payaso y de la letra o) no concluyó cuando parecía haber concluido (quizás a causa del corazoncito un poco torcido y del perro con malas pulgas, presentes ellos también en los posos de la taza). La tía Paulina regresó del monte Olimpo al mediodía, en pleno diluvio. Bajó del autocar bronceada y encendida por el camino, sin paraguas, con un vestido de percal con pececitos. La lluvia no dejó lugar para abrazos, no nos besamos hasta que llegamos debajo del alero de un quiosco, allí le di también el ramo de rosas (bajo un cielo terroso, no como en los sueños soleados en que el señor del frac le ofrece acianos silvestres), le eché mi chaleco a los hombros, me ocupé del equipaje y fui a buscar un taxi. Llovía a cántaros y la fila de taxis de la entrada del parque había desaparecido, como si se hubiera puesto a cubierto en lugar seco. Pasó un cuarto de hora hasta que apareció un Skoda blanco («Como una chalupa», dijo la tía tiritando, todavía con la imagen fresca de los pequeños puertos de las islas), ella se sentó detrás, estaba temblando, yo me quedé al lado del conductor, un tipo fornido y huraño que hablaba mal de los hombres del tiempo. Tampoco en casa las cosas fueron como habrían podido ir porque no íbamos a mirar desde la veranda los relámpagos ni los torrentes que se habían formado, ni a escuchar los truenos y a charlar repantigados en las mecedoras de mimbre cuando ambos estábamos tiritando, empapados hasta la médula. Para mí fue más fácil, me sequé bien, me puse ropa gruesa y nueva, bebí un té, bebí también una copita de licor de guinda, pensé que con aquel tiempo no vendría mal un fuego en la estufa. Ella, en cambio, no se recuperó ni después del baño caliente ni después del té y aspirinas ni después de estar con los pies metidos en un barreño con agua caliente y cristales de sal. Intentaba sonreír, ser agradable («Tienes que tener, hijito, paciencia con los regalos», me dijo; a continuación prometió que me lo contaría todo después de entrar un poco en calor; más tarde, blanca amoratada como si el bronceado se hubiera borrado con la toalla, estornudando a menudo, con los ojos aceitosos, pidió quedarse a solas para calmarse y descansar después de

un trayecto de dieciséis horas; también me rogó que cuidara de las rosas). Puse la mesa con los platos y los vasos del aparador, con servilletas almidonadas y cubiertos de un cajón del armario, con velas alargadas en candelabros que había encontrado en un trastero (y que Jojo había frotado con vinagre y devuelto a la vida), calenté unas cuantas veces el asado de ternera preparado según una receta del cazador de palomas (Dumitru M., el hombre más anciano de la ciudad), pero la tía no se despertó ni para una comida tardía, ni para la cena. Hacía mucho que la tormenta de fuera se había marchado hacia el sur y había regresado el sol, después el sol se marchó también hacia el oeste y llegó la luna, de hecho media luna. Cuando oscureció y llegaron las estrellas, escuché atentamente desde su puerta y lo que se oía desde su habitación no sonaba bien. Entré sin hacer ruido, Paulina temblaba bajo la colcha de lana, se agitaba, se quejaba un poco, gemía, balbuceaba todo tipo de cosas, respiraba jadeando, había un lago de sudor, estaba empapada como si también hubiera llovido en la cama, puse el jarrón de rosas en la mesita, no ayudó en nada, su frente quemaba. Y llamé a una ambulancia. El furgón llegó antes de medianoche con una asistenta jovencita y un camillero consciente de sus propias dotes de médico, la tía seguía durmiendo, de hecho no dormía, pero tampoco estaba despierta, ardía, así que la arrebujé en la colcha, la pusimos todos en la camilla y salimos hacia el hospital. No pusieron la sirena de la ambulancia (si tenía sirena y si funcionaba) y ello me tranquilizó, me dejó confiar que no fuera nada grave. No obstante, el médico de guardia, recién despertado del sueño, empezó a agitarse como si hubiera hecho caso del juicio del camillero, después me echó de la consulta. Quería café y se lo dieron enseguida, una enfermera pasó por el vestíbulo con un cazo humeante y el aroma me recordó las mañanas. Hacía frío, la lámpara de neón del techo no se parecía a otras lámparas de neón, no titilaba, no zumbaba, pero, en cambio, enfriaba el ambiente. Patrullé mucho por delante de las puertas cerradas, leí todos los carteles de las paredes, entre ellos un texto ni largo ni corto sobre una vacuna antigripal, una especie de poema farmacéutico (en el que viral rimaba con invernial, prevención con diversión, frasco con chubasco, temperatura con criatura, etcétera, etcétera), un texto acompañado por dos imágenes de la Gioconda, una con su expresión clásica, que la representaba con el frasco del medicamento al cuello, como un medallón, la otra una Mona Lisa febril, seguro que sin vacunar, con todos los síntomas de la enfermedad en el rostro. Tosí a propósito unas cuantas veces, ajusté con la punta del zapato las patas de unas sillas hasta que quedaron alineadas como militares, seguro que me oían desde dentro pero estaban

demasiado ocupados o yo no les importaba. Finalmente ya no aguanté más el dar vueltas bajo la lámpara de neón, tenía que saber qué le pasaba a Paulina y llamé a la puerta de la consulta. No me contestó nadie. Y la puerta estaba cerrada. Volví a llamar y empezó a proyectarse (en mi cabeza) un cortometraje con el médico con los pantalones bajados, con la enfermera rellenita estirada sobre una mesa (encima de registros, recetas, sellos, clips y lápices, encima de un estetoscopio que acertó a estar justo debajo del trasero), él le había levantado el borde de la bata y la falda, le había tapado la boca con los dedos (para que los jadeantes sonidos no perturbaran el sueño de la tía), ella tenía las rodillas apretadas y movía rapidito las rollizas caderas, en fin, se movía también él, más deprisa, pero la enfermera rellenita abrió la puerta antes del final, con la ropa en regla, sin arrugar. Entre el cortometraje imaginario y la realidad había pocas semejanzas: una habría sido que la enfermera tenía ciertamente la boca tapada pero no por los dedos del médico, sino por su propio dedo índice, como haciéndome una señal para que no hablara demasiado alto, la segunda era el sueño de Paulina, con la manga del jersey subida para el gota a gota. ¡Pobre tía! Después de lo que había esperado bajo la lluvia (con su vestido de percal con pececitos), ahora le habían puesto en la frente y bajo las axilas bolsas de hielo. Me dijeron que era una congestión pulmonar, que era imprescindible hacer bajar la fiebre, que habían recurrido a antibióticos fuertes y que no estaba consciente. Después la enfermera me rogó que saliera de la consulta, me empujó ligeramente por la espalda y en el vestíbulo me susurró que si se enfadaba el señor doctor despertaba a todo el hospital con sus gritos. En cuanto al doctor, por muy irascible que fuera, no tenía nada que ver con el papel que le había asignado, no era un semental, daba cabezadas en un sillón, con un ojo en la bolsa del gota a gota y con el otro en los estremecimientos de la paciente. Di también yo unas cabezadas, incluso me dormí en las sillas que había juntado y antes de que llegara el sol, por el este, me dieron una taza de café de parte de la enfermera rellenita, que había encontrado, creo, el dinero que había deslizado en su bolsillo. Me enteré de que la fiebre de Paulina se había calmado, había bajado a treinta y ocho con siete, que la tía se había despertado en un momento dado y se había asustado de encontrarse en un lugar desconocido, que había ido por su propio pie (apoyándose, ciertamente) al baño, que me había acariciado al pasar el pelo y se había puesto a llorar, que la habían trasladado durante la segunda parte de la noche de la sala de guardia a una habitación con tres camas, de momento vacías. La encontré sin suero, todavía dormida, con una capa de sudor seco en la frente que seguía ardiendo, no

tanto como antes. Por el pasillo me encontré al médico, que no paraba de bostezar y que estaba fumando delante de una ventana abierta. Un asunto feo, me dijo, pero acabará bien. Me explicó algo sobre la pulmonía y sobre el tratamiento que se debía seguir, apagó el cigarrillo en el alféizar de la ventana y me preguntó qué tipo de personas eran los argentinos que acababan de llegar para examinar la fosa común.

Colgué de la ventana el anorak amarillo, la señal para Jojo, y ella apareció sobre las nueve. Estaba asombrada porque había visto la víspera el taxi del que habíamos bajado pero no la ambulancia, porque habíamos quedado en que ya no me visitaría después del regreso de Paulina, y que nos veríamos durante un tiempo por la ciudad, en la casa de los arqueólogos y en nuestros lugares del bosque, hasta que hubiera convencido a la tía de que aceptara a un nuevo inquilino, de hecho una inquilina, que viviría además en mi habitación, allí donde reinaba en una pared la fotografía nupcial con las letras «I. F. Kissling, Ploesci, Foto-Glob» y donde había una sola cama. Le conté lo que había pasado, que el viaje solo parecía haber concluido porque se había prolongado en el hospital, que habría podido convertirse en un viaje eterno, con certificado del registro civil, no con pasaporte. Sus labios se abrieron un poco, el labio superior se sutilizaba, el labio inferior palpitaba, Jojo ladeó la cabeza y dijo palabras bonitas (para los dos). Teníamos que ayudar a la tía a curarse y a reír, a colmar sus deseos, en el fondo ella era la dueña de la casa y nuestra amiga y merecía que le fuera bien. El equipaje de Grecia (la maleta que no había perdido su aroma de naftalina y dos maletas nuevas, que no parecían para nada inglesas) lo dejé sin tocar en el recibidor, la mesa, como preparada para una fiesta («*Mesanplás*, querido», habría dicho Paulina, sin saber si habría escrito *mise en place*), quedó intacta, salvo el asado de ternera, cocinado para una comida o para una cena con ella, que terminó siendo nuestro desayuno. Estábamos sentados con las piernas cruzadas en la alfombra, comimos directamente de la bandeja los trozos de carne, el pan tostado y el yogur. Después me tumbé, con los ojos en el techo, con la vergüenza de no haber esperado a la tía con un paraguas, de no haber alquilado un taxi por todo un día, de no haber llamado antes a la ambulancia, de que ella (que me había pedido que tuviera paciencia con los regalos, que quería contármelo todo) había perdido el bronceado de las mejillas. Estuvimos de cháchara un buen rato, describí las pretensiones del camillero, la agitación del médico, la lámpara de neón y los carteles, dejé que se proyectara una vez más el cortometraje imaginado delante de la puerta cerrada de la sala de guardia, recordé incluso el número de sillas que había

alineado militarmente, con la punta del zapato; Jojo afirma que había callado de repente, sin terminar la idea del corazoncito un poco torcido y del perro con malas pulgas de la taza de café, que me había puesto cara abajo y me había quedado dormido como un tronco.

Y el sueño terminó así: su mano izquierda subía y bajaba por debajo de mi camiseta, por mi espalda, los dedos de su mano derecha me rascaban la coronilla y la nuca. En tres cuartos de hora Jojo había recogido y empaquetado un montón de cosas: dos camiones, un albornoz, un jersey de lana, un devocionario, lencería, zapatillas, jabón, toallas, un peine, un espejito, un gorrito de ganchillo, una taza y un plato, cubiertos, pañuelos, un lápiz y una libreta. Encima había colocado una baraja de cartas, me la enseñó sonriendo y me dijo que cada vez que habían internado a la abuela (Eugenia Embury, que dejaba en casa tantos gatos y tantas flores), aquel objeto había resultado ser lo más importante de todo. Cuando salimos, también sacamos del agua las rosas. No se habían marchitado. Por el camino compramos refrescos y algunas revistas, saludé a uno de los periodistas, un morenito parlanchín que no soportaba al jefe de policía y a quien ignoraba en sus artículos, él tenía prisa por ir a correos, nosotros teníamos prisa por llegar al hospital, no fue necesario que me disculpara por no poder quedarme a hablar, por cómo quemaba el sol y se iban formando nubes venía otra lluvia torrencial, también al mediodía. Paulina seguía durmiendo, era increíble lo que podía dormir, la calentura de la frente se mantenía, en la vena de la articulación del brazo había una aguja clavada, a la aguja estaba sujeto un tubito fino, el otro extremo del tubito estaba sujeto a una bolsa transparente, la bolsa estaba sujeta a un soporte metálico, el único que no estaba inmóvil era el líquido de la bolsa, que goteaba despacio por el tubito, hacia la vena. También estuvimos nosotros en una de las otras camas, sobre todo Jojo, que corrió a sentarse. Más tarde encontró en un estante un bote, lo enjuagó con agua y puso dentro las rosas, ordenó las cosas en los cajones de la mesita, mezcló agua tibia con unas gotas de vinagre y le frotó a la tía las mejillas, la barbilla y las sienes. Una enfermera, distinta de la del turno de noche, entró en un momento dado con un termómetro y, como no le venía mal una propina, nos hizo una lista de comidas ligeras y nutritivas, una especie de menú de pulmonía. Jojo se quedó en la sala, yo me fui a un restaurante a por un caldo de pollo en el que habría querido que flotara (y habría pagado por ello) carne como para siete. Por las calles el sol ya no era abrasador, se lo habían tragado las nubes, unas nubes negras y pesadas que se deformaban, se juntaban y daban lugar a otras nubes, también negras y pesadas. No vi el primer rayo,

pero el trueno me alcanzó por los escalones de un bistró donde cocinaban bien. Hicieron en la cocina lo que les había pedido, me pusieron la sopa en una ollita ligera, con tapa, que prometí devolver por la noche. El paraguas me resguardó a la vuelta de una ducha fría pero no me protegió los pantalones ni los zapatos, que se empaparon. Paulina se había despertado mientras tanto, charlaba carraspeando vestida con uno de sus camisones que le habíamos traído nosotros, con el gorrito de ganchillo puesto. Se quejaba de que, con un tal diagnóstico, no le faltaría la hidracina y de que engordaría bastante (diez kilogramos, justos, calculaba) y retiró una mano de las manos de Jojo, me llamó a su cama, estaba blanca como las sábanas y sudaba sin parar. La tía no había cambiado, como si la pulmonía hubiera formado parte del programa de viaje a Grecia y le hubiera llegado el turno. Nos explicó en qué maleta estaban los regalos, cómo y a quién teníamos que repartirlos, quería que telefoneáramos a su hermana Lucica para que no se enfadara porque no le había pedido ayuda, que no se imaginara quién sabe qué y compareciera furiosa en el hospital. Tomó unas cuantas cucharadas de caldo, tosía, pensó que la miel de acacia le haría bien. Nos preguntó a continuación, con la boca llena, si no estábamos demasiado estrechos en la cama de mi habitación.

2

Uno de los síntomas de la enfermedad de «los desaparecidos», observado por muchos sin intuir ni saber que era una señal de enfermedad, era que los antropólogos argentinos entraban por las tardes en terrazas, en bares o *pubs*, de donde salían tarde, hacia medianoche. Preferían las terrazas, aunque en la ciudad de montaña, después del ocaso, eran necesarios pantalones largos y jerséis, se paraban en lugares cerrados, con techo y humo espeso de tabaco, únicamente cuando les obligaba la lluvia, un viento cortante, un frío que confundía mediados de verano con el invierno o cuando insistía alguno de aquellos con quienes habían trabado amistad y con quienes tenían tanto de que hablar. Bebían solo licores fuertes, una de las mujeres pedía alguna vez una cerveza, la de pelo castaño y con muchos brazaletes de cobre, pero la mezclaba con ron. Se acomodaban a la música de todas partes, tal como saliera de los altavoces, pero ocurrió unas cuantas veces que el larguirucho que llevaba al cuello una cruz grande como un cáliz se levantara de la mesa, le susurrara algo al barman y, quién sabe cómo, mediante las palabras de qué lengua, obtuviera *Black Magic Woman*, de Santana. Por lo demás, intentaban enterarse y se enteraban de multitud de cosas sobre otro tipo de junta, una junta que había mantenido ocultas las insignias militares bajo boinas y ropa proletaria, que no había utilizado centros de detención pequeños, camuflados, sino prisiones gigantescas y campos de trabajos forzados, que había perdido la cuenta de los muertos, aunque los muertos eran a menudo nombres ilustres del país, que no había sido capaz de llevar a un equipo de fútbol a un campeonato mundial más que una sola vez, en el setenta, cuando la aventura había concluido después de la fase de grupos y cuando su estrella, Gîscanul [El Ganso], no había jugado ni siquiera un minuto, una junta que derribaba iglesias, que había confiscado hasta las panaderías y el aire que respirábamos, que había hecho a su manera más o menos lo que hizo Castro, pero con las idiosincrasias del lugar, con más dureza, durante más tiempo y con Moscú más cerca. Las osamentas que habían quedado después de las dos juntas sin duda eran iguales, culpables no había y tanto en uno como en otro caso

parecía que se hubieran volatilizado o que no hubieran existido nunca, los nuevos políticos se parecían a los perros dingo y a los zorros, la gente olvidaba rápido en ambos hemisferios, la compasión y la cólera compartían la suerte de las flores de otoño sobre las que cae la escarcha, se habían vuelto blancas, se habían marchitado, después secado bajo el peso de los alquileres, de los precios, de la inflación, de las telenovelas y de los *talk-show*, de la vida familiar, de las victorias y derrotas en los estadios, el hoy y el mañana eran más importantes que el ayer y el anteayer y los políticos, con la pericia de los perros dingo y de los zorros, se referían sobre todo al pasado mañana. Así como cada individuo presenta sus particularidades, también cada junta había tenido las suyas, una había inventado la reeducación, azuzando a un puñado de detenidos perturbados contra los otros detenidos, fomentando el sadismo (en el penitencionario de una ciudad del llano conocida posteriormente por los regates de Gîscanul y por el festival de los tulipanes) como si estuviera protegiendo las artes, la otra había descubierto un truco funerario, haciendo desaparecer los cadáveres poco tiempo después del movimiento de unas banderitas en las pistas de despegue del ejército, cuando los aviones llegaban al ancho mar y abrían las trampillas para paracaidistas. Un sinfín de detalles, matices, cronologías y pasajes biográficos eran tratados en aquellas conversaciones en terrazas, bares y *pubs* en los que se encontraban dos mundos, se vaciaban bastantes vasos y se llenaban unos cuantos ceniceros. Como siempre, las palabras diurnas no tenían la incandescencia de las frases nocturnas, los hechos consumados a la luz del día parecían enanos al lado de las ideas llegadas después de la caída de la noche. Una mañana, por ejemplo, uno de los argentinos, el que había aparecido en el castro romano con la camiseta con flecos, tuvo la impresión de que había gato encerrado en lo de las falanges de las manos. Examinaba cientos de bolsas en las que los fiscales habían sellado las pruebas, les daba la vuelta por todos lados y las colocaba en orden en las cajitas, cuando la minuciosidad de la profesión y su experiencia visual se tocaron de golpe como dos cables eléctricos, el contacto provocó chispas y las chispas le hicieron volver a empezar, por octava vez en una semana, esta vez con un objetivo concreto. Y, poco a poco, la sensación de que había algo que no era como debería haber sido se volvió una certeza. De entre los huesos y huesecillos inventariados por los magistrados militares, faltaban los huesecillos de los dedos meñiques. Dio un silbido corto, de una manera difícil de imitar, y los antiguos alumnos de instituto del verano en que Mario Kempes había perforado nubes de *confetti* y había llegado al cielo (allí donde reinaba una estatua de oro, la copa «Jules Rimet») se cerraron como los

dedos de una mano, otro verano, sobre todo porque se trataba también de un dedo, de hecho de una multitud de dedos, dedos meñiques, sin ninguna intención metafórica. Los cinco habían adquirido el reflejo de formar juntos una mano o un puño mucho tiempo atrás, en una extensión de 2 780 000 kilómetros cuadrados, como un triángulo gigante, con base en el trópico de Capricornio, con una punta en Tierra del Fuego, con el lado occidental en las crestas de la cordillera de los Andes y con el oriental, de 2200 millas marítimas de largo, en la costa del Atlántico, el reflejo estaba condicionado por la presencia de unos restos humanos todavía sin identificar, de manera que el silbido de uno de ellos, utilizado en situaciones difíciles, el mismo para todos, los había reunido en el acto y en el espacio minúsculo de contorno cuadrangular que había constituido antaño una guarnición romana en un territorio inseguro. Se habían convencido de que aquella insólita rareza era justamente la realidad, se habían consultado sin testigos y habían decidido no divulgar a nadie lo que estaba más claro que el agua, luego, después de caer la noche, en la mesa de una terraza con farolas blancas, codo con codo con los tres arqueólogos y la amante del de la camisa a cuadros, habían elaborado una lista con infinitas variantes, habían imaginado guiones, habían bebido vodka y tequila, habían hecho todo tipo de comentarios. No obstante, el silbido difícil de imitar y su prisa por reunirse todos había provocado revuelo antes del mediodía, el forense, los fiscales, el teniente de gendarmes, el policía, los periodistas y unos cuantos soldados habían interrumpido sus tareas (hojear periódicos, como el teniente, no era una tarea propiamente dicha, era todo un trabajo), les observaban atentamente, algunos se acercaban y les hacían preguntas, les interesaba, naturalmente saber si habían encontrado algo nuevo en las bolsas selladas; un fiscal, el capitán, ofrecía insistentemente sus servicios sin sospechar que habían tenido que vérselas con decenas de lagartijas como él, también de uniforme, también amables y falsos, que se habían esforzado para ganarse su confianza. Habían calmado su curiosidad diciendo que no era nada importante, solamente una anomalía anatómica, la mujer de pelo castaño y con muchos brazaletes de cobre le había susurrado al capitán, un poco avergonzada por la confesión, que había visto un hueso púbico más grande que todo lo que había sido inventariado. Después los fiscales se fueron a comer a Casa Matilda, los argentinos a la casa de los arqueólogos (el doctorando había cocinado, en la cocina a gas butano, caldo de calabacín y un guiso), el jefe de policía se había ido a casa, los gendarmes se habían tumbado en la hierba y habían abierto unas conservas. Por la tarde, cada uno de los cinco se había mostrado preocupado por otra cosa, uno había

rehecho las mediciones de la fosa común y había anotado en una libreta el resultado, otro había tomado muestras del suelo y las había estudiado al microscopio, una de las mujeres, la morena, había utilizado utensilios y sustancias de un laboratorio químico de campaña, había echado gotas de ácidos y bases sobre esquirlas de hueso y había sumergido huesos enteros en soluciones reactivas, la otra se había dedicado a los registros y había resumido las anotaciones que habían tomado hasta entonces, y el último se había paseado entre los soldados y había observado cómo desprendían de la tierra y de los estratos apisonados las osamentas de aquellos muertos sin nombre ni edad. Los cinco, a pesar de las apariencias, se habían concentrado en una sola cosa: en averiguar si en la fosa común, en su zona virgen, que no habían tocado las espátulas de los gendarmes, había falanges de dedos meñiques. Y había. Ni más ni menos que falanges de los otros dedos. Estaba claro, en consecuencia (habían convenido posteriormente a la luz de las farolas blancas de la terraza), que las manos no habían sido mutiladas antes de su inhumación y que, por lo menos en lo que a eso respectaba, los que habían cavado aquella tumba y habían enterrado los cuerpos sin orden ni concierto no tenían nada que ver. Los dedos desaparecían ahora, en el presente, y la intriga policial que tenían delante era una intriga sin coartadas ni pistas falsas. Los primeros que tocaban aquellos huesos humanos eran los soldados, pero a ellos no se los podría tener en cuenta porque no habrían sabido diferenciar nunca las falanges del dedo meñique de las del anular o del índice; porque eran demasiados, un pelotón entero, y no habrían conseguido permanecer unidos ni que no se les escapara nada ni que no fueran vistos. Los huesos llegaban a continuación a las mesas de los fiscales jóvenes, a pleno sol, donde eran estudiados con lupa, divididos según unos criterios no demasiado claros e introducidos en bolsas transparentes. Pero tampoco ellos eran los infractores. En otra mesa, por la noche, una mesa con personas habituadas a revolver la tierra (antropólogos, arqueólogos y una chica que ayudaba a su abuela a cuidar el jardín), se pronunciaron los siguientes argumentos: a los fiscales jóvenes les faltaba un motivo para robar dedos meñiques; además, si lo hubieran tenido, les habría sido imposible identificar, separar y sustraer tantos huesecillos, ya que estaban vigilados prácticamente todo el tiempo por el forense y por el jefe de policía; suponiendo que el forense y el policía estuvieran también implicados, habría que elogiar su talento interpretativo, pues simulaban muy bien sus malas relaciones con los cómplices y el odio del uno por el otro; sin embargo, aceptando la idea del teatro, se llegaba sin embargo a los prejuicios de los periodistas y a su preocupación por no quitar

el ojo de encima a los fiscales; además, las cosas caían en el absurdo, al fin y al cabo solamente se trataba de las falanges de unos dedos y no de diamantes. En cuanto al coronel-magistrado, él lo coordinaba y comprobaba todo, en su mesa se detenía más pronto o más tarde todo lo que salía de la fosa común, él clasificaba las osamentas, él sellaba las bolsas transparentes, solo, no aceptaba que le asistieran o que le hicieran compañía, era viejo y estaba de vuelta de todo, a él no le controlaba nadie. Había bastantes personas por encima de él en la justicia militar que le habían encargado dirigir las investigaciones y le habrían podido pedir las cuentas, pero ellos no pisaban la fosa común. Además de los pómulos afilados, el coronel presentaba otra particularidad: era manco de un dedo, el dedo meñique de la mano izquierda. A treinta y cuatro grados, cuando, bañado en sudor, se había aflojado el nudo de la corbata y se había desabrochado los tres primeros botones de la camisa, se habían dado cuenta de cuánto apreciaba el dedo perdido. Lo llevaba al cuello, sujeto a una cadenita de plata, como un amuleto. ¿Quién podía coleccionar falanges de los dedos meñiques? La respuesta no se oyó en aquella mesa, no a causa de la música (una FM tranquilita) sino porque todos sabían la respuesta. Cuando el reloj de la emisora de radio dio las doce, el coronel-magistrado se transformó en un ratoncito, un hámster manchado con el que se podía jugar a placer. Le empujaron con una varita delante de un tribunal, pero temblaba como una vara, no de frío; le sacaron por compasión del banquillo de los acusados y lo pasearon por unas cuantas redacciones para ser fotografiado y filmado, pero allí se hacía pipí cuando centelleaban los *flashes* y cuando encendían las luces del plató; le ahorraron también el trauma de salir en los medios de comunicación, sobre todo porque manchaba las moquetas de importantes agencias de información, y lo llevaron a una tienda de animales pequeños para que viera cómo es la vida en jaulas y pajareras, para que mirara a los ojos a otros ratoncitos y chillara algo, pero miraba al suelo y no decía ni siquiera esta boca es mía, se había ablandado del todo; le ataron con una correa, una correa para hámsters, y lo estiraron afuera porque ya no reaccionaba a los golpecitos con la varita, el aire fresco le puso en marcha, olisqueaba asustado el empedrado, los canales, se dio con la nariz contra un corazón de manzana y siguió más allá, seguramente en otras circunstancias lo habría roído con rabillo y todo, intentó después escapar, buscar un escondrijo, tiritaba, no de frío, la correa se estiraba como una goma, algo le acechaba en las alcantarillas, en los cubos de basura, en los baches del asfalto, en los patios, debajo de algún coche aparcado, seguro que no un gato. Así como le habían sacado por compasión del banquillo de los acusados, le metieron en una bolsa

y, más tarde, cuando se acordaron de él, le dejaron salir entre vasos de vodka y tequila y lo ataron a una botella de agua. Daba vueltas sobre la mesa, loco de hambre. Le dieron a roer una servilleta en la que habían escrito que devolviera los dedos meñiques. Luego, cuando era cerca de la una, se levantaron para irse y el ratoncito se hizo invisible, y se encarnó en un jurista que estaba durmiendo en la habitación 211 del hotel.

Sin embargo, el verdadero problema con el que habían topado los buscadores de cuerpos desaparecidos era no obstante otro. La fosa común (descubierta también por un buscador, un chiquillo que cavaba en busca de lombrices) no tenía ninguna relación con la junta que había escondido sus galones, rombos, bandas, estrellitas, insignias y condecoraciones militares debajo de boinas y ropa proletaria. Habían cruzado el océano y el ecuador para officiar de árbitros de una exhumación controvertida en un país pequeño, que en el mapa parecía un pez anchote, con el morro hacia el centro del continente y la cola pegada a un mar, un país que, después del ocaso de la junta, había enviado a su equipo a tres campeonatos mundiales y que lo había obligado una vez, mediante hipnosis colectiva, a domar a Gabriel Omar Batistuta y ganar a las camisetas de rayas blanquiazules. Como no formaban parte del gremio de las camisas blancas sino de los infectados por el virus de «los desaparecidos», habían deseado ya desde la ribera derecha del estuario del Río de la Plata (en el aeropuerto) y habían esperado durante el vuelo (en un Boeing) que aquellos restos humanos, por su edad y descendencia, no decepcionaran a las personas que no merecían ser decepcionadas y no les dieran cuerda a los granujas. Y había ocurrido exactamente lo contrario. Se habían convencido desde el primer día de que los huesos y huesecillos no eran exactamente ollas ni vasijas pero habían cumplido o estaban a punto de cumplir dos siglos. No lo dijeron enseguida, tuvo que llover de lo lindo, tuvieron que entrar en un bar metido en un sótano y encontrar a los arqueólogos que habían bajado hacía mucho a aquella bodega y que ayudaban a que disminuyera su reserva de vino. Uno de los argentinos, el dueño de la camiseta con la cara del papa, vestido entonces con una camisa roja, no escondió su pasión por la quiromancia y estudió un rato sus manos. Por lo que distinguió, los buscadores de reliquias romanas se encontraban en un punto muerto. Comprendió junto con los otros, por los relatos, que los arqueólogos habían localizado con gran dificultad la armería del castro, habían estado a un paso de conocer su interior y su inventario, estaban a punto de ver y tocar las espadas, las corazas, las lanzas y los puñales de la época de los Antoninos, cuando les había parado un oficial de policía que solo parecía tener cerebro de

una gallina de Guinea, pero que de hecho tenía atributos de lobo. El mayor había fisgoneado un poco por la fosa común, había observado los huesos de dentro como un gigantesco hueso para roer, había aguzado los oídos, no para oír lo que le decían los historiadores (entre ellos un profesor de universidad) sino atento a lo que habría sido posible que se dijera (especialmente sobre él). Había cogido luego el hueso para roer y se había dejado conquistar por su propia imaginación auditiva, con lo que desencadenó la locura de aquellas osamentas, las disputas, las sospechas y las pasiones. Lo que es más grave, también había creado expectativas en aquel país doce veces y media más pequeño que la República Argentina, donde hacía mucho que se sabía dónde estaban las prisiones, pero donde se había perdido la cuenta de los muertos, donde la memoria se había despertado por poco que fuera del letargo y donde el rojo de la cara del gobierno se empeñaba en no desaparecer. Y ellos, justamente ellos (¿por qué, Dios mío, precisamente ellos?), los cinco buscadores de cuerpos desaparecidos, tenían que decirle a aquel señor viejo y agradable que les acompañaba a veces en las terrazas pero que se retiraba pronto, que además había utilizado el francés entre rejas, que no era el momento, ni tampoco el lugar, para erigir un monumento al lado de la fosa común. Las víctimas de la junta no podían ser homenajeadas encima de los muertos por la peste.

3

El artículo que describía a Onufrie celebrando un funeral al borde de la fosa común contaba catorce líneas y había sido encajado entre noticias diversas de verano en una página inundada de anuncios. Probablemente su relación con los periódicos habría empezado y habría acabado con aquel texto si al final no hubiera habido una cita, una frase pronunciada por él infinitas veces al día, y que era reproducida sin abreviaturas ni añadiduras. Gracias a aquel enunciado poco común, que tenía sin duda su público, un público importante, se habían impreso otros artículos más en los que se hablaba del monasterio que estaba erigiendo en Piatra Roșie, de la sacristía de al lado del abeto de nueve puntas, de las cicatrices acumuladas en su dedo índice, del sombrero de paja, de los obedientes discípulos, de su costumbre de leer por las tardes en una ladería soleada, de su manera lenta de hablar, del defecto de dicción, de cómo mezclaba la pintura y limpiaba los pinceles, de su choza y de infinidad de cosas que añadían otras tantas pinceladas a su retrato e incrementaban su aura. Onufrie había guardado silencio sobre bastantes episodios del pasado, como eran los años de su niñez, el pinchazo con las tijeras en la pierna izquierda del Niño, la evasión de la mina, la recomposición de los Evangelios sobre corteza de píceas, la amistad en las montañas con el hombre que ocultaba su cara y se portaba como san Jorge, el entierro de un oso en un parque de la mayor ciudad más grande, las conversaciones con la chica del carro, Sandica, a quien sus acompañantes alimentaban con pescado, envolvían con flores y creían la Trompeta de Dios, algunos temores y extravíos nocturnos, cuando le parecía que los días se deformaban. A su vez, el ayudante del carpintero no había olvidado su juramento y, asediado por las preguntas y la curiosidad de los buenos creyentes, no había dicho una palabra sobre el mechón de pelo negro azulado de la coronilla del padre. Aun así, a pesar de conocerse solamente fragmentos de su biografía, algunos secos, elípticos, como el período de vida anacorética, otros repletos de detalles, como su restablecimiento milagroso de la parálisis, alrededor del monje se había ido tejiendo una leyenda que le había atrapado en sus hilos como una telaraña. A la divulgación del nombre y

hechos de Onufrie había contribuido también un extenso reportaje, influido en buena medida por el lenguaje y las narraciones épicas de las *Vidas de santos*, escrito por un joven que, sin mostrar sus intenciones, había trabajado con la pala en los cimientos del futuro monasterio y había dormido junto a los novicios. El semanario en que había aparecido aquel reportaje abarcaba tratamientos naturistas, recetas cosméticas y culinarias, maneras rápidas de adelgazar, de regenerar el cabello y acabar con los granos, trataba temas como la falta de apetito sexual y la incapacidad para llegar al orgasmo, recomendaba lecturas y música, tendencias en indumentaria y viajes, ofrecía consejos para triunfar en sociedad, para las noches íntimas y para las buenas relaciones con los jefes, no evitaba nunca las previsiones astrológicas y prestaba especial atención a los sucesos y al calendario de la ortodoxia, con exceso de devoción y con gran disponibilidad para ver señales celestiales y milagros dondequiera que se hubieran apeado sus reporteros. Y así lo hizo también en aquel caso, mediante la fotografía que representaba al monje con sombrero de paja agitando el índice de la mano derecha, reproduciendo la pequeña sacristía y la iglesia rodeada de andamios, mediante el relato conmovedor en que las apariciones de la Virgen eran reinventadas, la primera era considerada la del sanatorio, descrita por la noche, en plena tormenta, cuando María Santísima se había deslizado por un relámpago, había tocado las rodillas del paralítico y le había vuelto a enseñar a andar, la segunda se situaba en el claro de Piatra Roşie, cuando Ella había señalado el lugar del monasterio mediante un rayo venido del Sol, no de las nubes, y había trazado en la tierra el contorno de los muros, y la tercera estaba relacionada con la fosa común, como si la Virgen María le hubiera susurrado al monje que bajara de la montaña y bendijera las osamentas derramadas entre las ruinas de la ciudadela. El relato, en dos páginas del periódico contenía además un sinfín de imágenes fantásticas, como por ejemplo la costumbre de una bandada de palomas de pernoctar en el tejado de la sacristía o la aparición de unas grietas en el tronco del abeto de nueve puntas que supuestamente trazaban el perfil de María. Tales cosas contenidas en una semejante publicación, especialmente en verano, cuando la gente está de vacaciones y viaja, cuando los días son largos y calurosos, había cambiado en muchos aspectos la vida de Onufrie. Llegaban al claro mujeres sudadas y sonrosadas después del camino por el bosque que confiaban en que la subida cuesta arriba sería como una prueba y borraría bastantes pecados; hombres irritados y escépticos, también extenuados por la abrupta pendiente, sedientos y deseosos de fumar; niños ruidosos y revoltosos contentos de encaramarse a los montones de arena y a

los andamios, de romper las flores de la puerta de la sacristía, de chapotear en la fuente con agua fría como el hielo, de gritar y silbar, de tirar piedras a los perros. Las mujeres querían ver con sus propios ojos lo que habían leído u oído, fisgoneaban, intentaban descubrir las huellas y el vaho de los milagros, ni que fueran migas de milagros que hubieran quedado en la hierba, encendían velas, hacían genuflexiones, se arrodillaban y se llenaban el pecho del aire incensado por el paso y la protección de la Purísima, cogían pan bendito y agua bendita, dejaban nombres para el obituario, contribuían a erigir el santo monasterio según su bolsillo y su corazón, según su vanidad y según su orgullo, unas ponían el dinero en el cepillo, otras no daban el brazo a torcer y querían que las apuntaran en la lista de fundadores u ofrecérselo al padre, todas tenían que decirle algo antes de pedir su bendición, que quejarse, que rogarle, que contarle, que agradecerle, que pedirle consejo, que enumerarle cotilleos, que mendigarle enseñanzas. Maneras y maneras de ser, gente y más gente habían arruinado la tranquilidad del lugar, habían cambiado los ritmos, los sonidos, los usos y el decorado. El río de visitantes, formado ya desde la aparición del artículo de catorce líneas, crecido después de que salieran otros artículos de la tipografía, no se había extinguido como un torrente impetuoso y pasajero sino que se había asentado en su cauce, como un arroyo que ya no se volvería a secar en ninguna estación. Y el río agotaba a Onufrie, que no podía esquivarlo. El monasterio era obra de Santa María Madre de Dios, Su voluntad, que él había aguardado casi medio siglo, paciente, humilde, esperando hasta que la paciencia, la humildad y la esperanza habían mudado y se habían debilitado, y fue apenas entonces cuando Ella conmovió, porque Ella tenía otros criterios distintos de los mortales, otro reloj y otras unidades de medida. Si hubiera levantado la ermita por propia voluntad, a toda prisa habría buscado otro techo y habría dejado que otros la terminaran, monjes deseosos de bañarse en el arroyo recién surgido, a quienes no parecería que los días se volvían grises. Sin embargo, el amor de un anciano supera los otros amores. Y considerándose una herramienta en Sus edificadoras manos, no se permitía marchar. Soportaba y se acostumbraba, estaba obligado a hacer cosas que nunca había pensado antes, poner a un discípulo en la puerta cuando rezaba y cuando descansaba, bendecir diez panes troceados y un bidón de agua para que el pan y el agua benditos llegaran a todos, colocar a la entrada de la sacristía dos bandejas gigantes como defensas contra el viento (demasiado se había ennegrecido la hierba por las velas), leer montones de nombres de difuntos y confesar almas hasta la mañana, encadenar un perro, blanco y peludo, el más nervioso, pedir que se cavara otra letrina, profunda y

espaciosa, detener todo tipo de aberraciones de los creyentes, porque ellos, aunque no habían visto la bandada de palomas ni tampoco el perfil de María, tiraban semillas y galletas al tejado de la sacristía hasta el punto de que había brotado trigo entre las tablas, hasta que se habían atascado los aleros y se había llenado la tierra con excrementos de otros pájaros, colgaban de las ramas del abeto de nueve puntas tantos iconitos, ramos, crucecitas, fotografías de enfermos y cartas con ruegos, que se había convertido en una especie de árbol de Navidad, se llenaban los bolsillos con piedrecitas de la grava de los cimientos, convencidos de que defendían de los males, traían suerte y curaban enfermedades. Para enderezar lo que crecía tan torcido, cerró un día de canícula de un portazo la sacristía, levantó de una manera distinta de la habitual el índice de la mano derecha y dijo imperioso, no despacio, que *tres veces ha descendido la Madre de Dios de entre los cielos para darle su apoyo y confianza a Onufrie*. Y se hizo el silencio, un silencio que zumbaba, apenas interrumpido por el perro blanco y peludo encadenado, cuando el padre lo desató con sus manos y prometió que no lo volvería a atar. Y el perro se puso a correr, corría en círculo, golpeaba con la frente y la cola las faldas de la sotana, gimoteaba y hacía fiestas, corría con la lengua a un lado, con las orejas al viento, le saltaba con las patas delanteras al pecho, le lamíó la barba y rompió con los dientes un cordón. Después los discípulos limpiaron el tejado, rastrillaron y barrieron alrededor de la sacristía, se subieron a una escalera y adecentaron el abeto de nueve puntas, vallaron la grava para los cimientos y la cubrieron con un toldo. Trabajaron hasta que oscureció y el claro de Piatra Roşie se vio por un corto espacio de tiempo, mientras la luz había sido cenicienta, como antes de la impresión del artículo de catorce líneas. Para el monje que había dejado atrás los ochenta años y una parálisis, las sombras del anochecer se juntaron con las cosas no salpicadas por el río de gente. Rezaba en su choza y amenazaba con el índice hacia la pared septentrional porque por la izquierda de los iconos y de la candela creía él que venían los espíritus malignos, se despertaba hablando a la Purísima, también se despertaba llorando, daba de comer al perro de su mano, se cortaba la mecha negra azulada cada cuatro horas y quemaba los pegujones para que no fueran encontrados y tratados como reliquias, escribía alguna que otra oración especial sobre corteza seca de píceas, utilizando una pluma de gavilán y aceite de arándanos, salía a veces de noche, a hurtadillas, se estiraba en la hierba y miraba la cortina de estrellas detrás de la cual dormía la Virgen, otras veces salía para ver el amanecer. Y una mañana, cuando el sol todavía no había superado la cumbre frondosa de más allá del valle, vio en el tronco del abeto

de nueve puntas unos sombrerillos grandes de hongo yesquero, fijados ni demasiado alto ni demasiado bajo para que pudieran ser observados por los ojos que entendían su significado.

4

Después, los tiempos verbales encontraron un cauce común, las personas de los narradores, primera y tercera (esta con tantas variantes e identidades), se convirtieron en una sola, y las cosas se apiñaron hacia un nuevo día que empezó vacilante y se quedó en indeciso, ni con sol abrasador ni con nubes pesadas, más bien con una capa gris claro tapando el cielo. La tía Paulina, cuya fiebre había entrado en razón y en cuyo tratamiento se había introducido la hidracina, dijo que un día tan insoportable no lo recordaba desde hacía mucho, que algo le apretaba la cabeza y casi que se echaría un rato porque notaba un hormigueo en brazos y piernas. Le pidió a su hermana Lucica que la abanicara con un periódico, rezó para que cayeran dos o tres gotas de lluvia y terminaran de una vez con la presión atmosférica, saltó como si se quemara cuando supo que en su armario, entre jerséis, había aparecido un sobre en el que estaba escrito en letras mayúsculas y redondeadas el nombre de su inquilino y que contenía veinte monedas de oro. Eres un burro, un burro de carne y hueso, le gritó a Petrus hacia las doce cuando llegó solo, con el portaviandas lleno. Comía la sopa de albóndigas y le regañaba por no haber aceptado el regalo, masticaba con prisa los trocitos de asado y las legumbres hervidas y no entendía el porqué de tanta tozudez, descargó su furia en el asentamiento arqueológico, en las estatuillas de bronce y en los brazaletes porque eso creía ella que debía de esconderse en la armería del castro y al final, chupándose los dedos después del hojaldre relleno de manzana, dijo que un regalo de boda no podía ser rechazado. Se quedó adormecida con una compresa fría en la frente, con las ganas de comer que asustaban a Eugenia Embury cada vez que le cocinaba y la visitaba, con la imagen rosada de una boda en la que nadie había pensado. Fuera el calor era sofocante, el aire no se movía en absoluto, así que también otros quisieron compresas. Los fiscales militares no estuvieron sentados ni un momento, vigilaron minuciosamente a los soldados, pidieron espátulas y trabajaron codo con codo con ellos, se consultaron entre ellos repetidas veces y tomaron un sinnúmero de notas, no entendían de ninguna de las maneras por qué aparecían aquella mañana tantas

falanges de dedos meñiques. No pudieron dar el parte de la situación ni tampoco recibir órdenes porque su jefe no estaba; según el parte de la tercera guardia, el coronel había recibido una llamada por la noche y había abandonado la habitación 211 antes de que clareara. En la casa de los arqueólogos, en cambio, estuvieron sentados todo el tiempo, siguieron desde la galería la agitación de la fosa común y bebieron té sin azúcar. No se levantaron de las sillas hasta el mediodía, frieron pescado bajo el mismo estrato fino de nubes y descorcharon una botella de champán cuando los argentinos quisieron brindar (y se contentaron con tazas y vasos) en su última comida allí. Por la tarde, en la conferencia de prensa improvisada en una pequeña sala del hotel, con todas las ventanas abiertas, los cinco antropólogos presentaron sus conclusiones. Como observadores extranjeros llamados a pronunciarse sobre un posible fraude relacionado con unas osamentas, a su juicio aquellos muertos tirados y enterrados juntos habían estado vivos mucho antes de la proclamación de la república, incluso mucho antes de la subida al trono del primer rey, en una época en que el comandante Manuel Belgrano, en otra patria, todavía no había aplastado a los españoles en las batallas de Tucumán y de Salta y en que las plagas, especialmente la peste, hacían estragos en ambos hemisferios. Añadieron que su opinión tenía únicamente carácter consultivo y que el veredicto lo darían los investigadores oficiales, quienes no habían concluido sus pesquisas. En la sala hacía bochorno, así que un señor entrado en años, que no era periodista y que no renunciaba a su traje de lino, se apresuró a salir, muy pálido, secándose la frente con el pañuelo y en busca de un vaso de agua. Antes de que terminase aquel día que había empezado vacilante y se había quedado en indeciso, rompió en trocitos ocho planos de un monumento, echó los papeles al inodoro y tiró de la cadena veintitrés veces. Por la noche, no la primera noche, sino la siguiente, lloviznó y sopló el viento. Por entre los muros de la ciudadela se escurrió una silueta, puede que fuera un perro, avanzaba despacio, sin ruido, escuchaba, se deslizaba, se acercó primero al único centinela de allí, debió de notar por el ritmo de la respiración o por la posición del cuerpo que el soldado estaba durmiendo, fue después en dirección opuesta, también con movimientos cortos y cautelosos, se paró al borde de la fosa común, no era un perro, era un hombre que caminaba agachado a pasos pequeños y rápidos, acababa de salir del escondite que había encontrado, pisaba con cuidado entre las osamentas y esparcía algo de dentro de un saquito por encima de ellas. Estaba tan oscuro que la silueta no solamente no tenía rostro, sino que tampoco tenía sombra. Por la mañana descubrieron las primeras balas viejas y oxidadas, fragmentos

de hueso que llevaban la señal de aquellas balas, incluso un cráneo en que la bala había perforado la frente y se había clavado en la bóveda craneal. También aquella mañana, Onufrie habría de escuchar la confesión de un hombre a quien no había visto ni había oído, pero a quien había confesado hacía mucho por medio de unas cartas.



FILIP FLORIAN (Bucarest, 1968), tras estudiar geología y geofísica, trabajó como periodista en Radio Free Europe y la Deutsche Welle. *Dedos meñiques*, su primera novela, ha recibido numerosos premios y fue declarada por la Unión de Escritores Rumanos mejor primera novela del año 2006, así como también mejor libro del año. Ha sido traducida a más de diez lenguas.

Florian es uno de los autores contemporáneos más conocidos de Rumanía.

Notas

[1] En rumano Holanda se escribe sin hache. <<

[2] Portile de Fier I es la mayor central hidroeléctrica del Danubio, explotada por Rumania y Serbia. <<

[3] El eslavo antiguo (escrito en cirílico) era la lengua de la Iglesia ortodoxa rumana. <<

[4] Monasterio situado en la Moldavia rumana, es el mayor y más antiguo de esta región; su nombre significa «Monasterio alemán». <<

[5] Mariscal Ion Antonescu En plena segunda guerra mundial, y aprovechando un decreto real de Carol II que le ordenaba formar un gobierno de unión nacional, se hace con el poder (1940-1944) y empieza una dictadura caracterizada por su política antisemita y su alianza con Alemania e Italia. Desde Mînaştirea Neamţ dio la orden a las tropas rumanas de cruzar el río Prut, lo que provocó el comienzo de la guerra de Rumania contra la URSS. El rey Mihai, sucesor de Carol II, que había destituido y mandado arrestar al mariscal Antonescu (fusilado en 1946), fue obligado a abdicar en 1947, momento en el que el Partido Comunista tomó el poder, con Gheorghe Gheorghiu-Dej como secretario general. <<

[6] Plato de verduras muy popular en Rumania, así como en otras cocinas de los Balcanes. <<

[7] Juegos de cartas. <<

[8] Ioan Gheorghe Caragiale (1754-1844) Príncipe fanariota bajo cuyo dominio estalló la peor epidemia de peste bubónica de Valaquia, contra la cual adoptó eficaces medidas. <<

[9] El canal Danubio - mar Negro, inaugurado en 1984 por Nicolae Ceaușescu y en cuya construcción fueron obligados a participar numerosos detenidos políticos de las prisiones comunistas. <<

[10] Célebre coche de fabricación rusa. <<